

Escritos de Oro

VOLUMEN VI
TOMO II

Obras Ganadoras

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2018 —

— 2019 —

— 2020 —



Escritos de Oro

VOLUMEN VI

■ © Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco), 2020

Escritos de Oro. Volumen VI: Compilación de las obras ganadoras 2016, 2017, 2018, 2019 y 2020

La Asociación promueve el uso justo de este documento. Se solicita que sea citado apropiadamente cuando corresponda.

Prohibida su reproducción parcial o total. Derechos reservados.

Esta publicación está disponible en formato electrónico (PDF) en el sitio web institucional

www.ageco.org

La autoría de las obras que conforman este volumen le pertenece a cada una de las personas mayores que resultaron ganadoras en las diferentes ediciones del Concurso Literario organizado por la Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO.

Las obras son transcripciones fieles de los textos presentados y el contenido de las mismas es responsabilidad de las personas autoras.

■ Compilación de las obras

XXVII Concurso Literario de Personas Mayores 2018:

“**Francisco Javier Pérez Hidalgo**”. Catalina Calvo Guevara, Coordinadora de Participación y Promoción Social, AGECO.

XXVIII Concurso Literario de Personas Mayores 2019:

“**Teresita Aguilar Mirambell**”. Catalina Calvo Guevara, Coordinadora de Participación y Promoción Social, AGECO.

XXIX Concurso Literario de Personas Mayores 2020:

“**Julieta Dobles Yzaguirre**”. María de los Ángeles Araya Picado. Gestora de Participación y Promoción Social, AGECO.

■ Coordinación editorial:

Isela Corrales Mejías, directora de Programas Gerontológicos

■ Diseño de portada y diagramación:

Ingenio, Arte y Comunicación S.A.

860

E748e Escritos de Oro. Volumen VI. Tomo II: Obras Ganadoras Concurso Literario de Personas Mayores 2018 - 2019 - 2020 [recurso electrónico] / Compilación Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO. – 1 ed. – San José, C.R. : Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, 2021.
1 recurso en línea (212 p) : ebook ; pdf ; 1.419 KB

ISBN: 978-9968-931-77-9 (Obra completa)

ISBN: 978-9968-931-79-3 (Tomo 2)

1. Literatura Costarricense. I. Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, comp. II. Título.

San José, Costa Rica
2020

■ Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco)

Apartado postal: 5956-1000 San José

Teléfono: (+506) 2542-4500 • WhatsApp: (+506) 2542-4501

Correo electrónico: ageco@ageco.org

Facebook: @AGECOCR • YouTube: AGECO Costa Rica • Instagram: asociaciongerontologicacr



Escritos de Oro

VOLUMEN VI

Contenidos

PRESENTACIÓN	7
--------------------	---

XXV Concurso Literario de Personas Mayores 2018: “FRANCISCO JAVIER PÉREZ HIDALGO” 11

JURADO CALIFICADOR.....	14
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS	16
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS EXTRANJERAS EN EL GÉNERO CUENTO	17
OBRAS GANADORAS.....	19

Cuento

Peregrina.....	19
Sucedió en Siria	25
Pasando el pasado.....	27
La hipersensibilidad el gato	33

Poesía

Fantasma en la garúa	38
Veinte años	40
Debate de colosos	42
Contrapunto.....	45

Poesía Infantil

Dino y el zancudo rescatista.....	47
-----------------------------------	----

Relato de experiencias

Vejez y sexualidad	49
Realidad, mitos y una leyenda	55
Mitos sobre la sexualidad en la vejez	60

Cuento Extranjero

La ventana verde.....	63
El aniversario	67
El té de las cinco	72
Juego de vanidades	77

XXVI Concurso Literario de Personas Mayores 2019:

“TERESITA AGUILAR MIRAMBELL” 83

JURADO CALIFICADOR.....	86
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS	88
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS EXTRANJERAS EN EL GÉNERO POESÍA	89
OBRAS GANADORAS.....	91

Cuento

Fantasmas del guaro	91
El misterio del tiempo.....	95
Demasiado tarde.....	98
Migrantes	102

Poesía

Consejos para vencer los años.....	104
El verbo	106
Bendición a los niños de la calle	108

Cuento infantil

Manchitas y el miedo.....	110
El bendito	115
La magia del arco iris en el Irazú.....	117
¡Qué torta!	123

Relato de experiencias

Autobiografía de un emprendedor adulto mayor	126
Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora.....	131
Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora.....	136

Poesía Extranjera

Salmodia esperanzada sobre el hombre.....	139
La muerte.....	141
Así quedamos: Mirando como vuelan los anhelos	143
Poeta, vuelve a las escaleras.....	145

XXIX Concurso Literario de Personas Mayores 2020: “JULIETA DOBLES YZAGUIRRE” 149

JURADO CALIFICADOR.....	152
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS	154
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS EXTRANJERAS EN EL GÉNERO	
CUENTO	155
OBRAS GANADORAS.....	157

Cuento

Leonora.....	157
Querida novia de mi alma, no sé por qué te dicen Selva.....	163
El muerto ajeno	168

Poesía

La levedad del tiempo	172
Pasión, muerte y resurrección del amor.....	174
Raíces.....	176

Poesía Infantil

Magna celebración.....	178
La felicidad.....	181
Mamá.....	183

Relato de experiencias

El asesino que vino de Oriente.....	184
Marañón de la marañonería.....	190
Lila	194

Cuento Extranjero

El beso de Emma Zunz	197
La Kennedy	202
De no creer	208

Presentación

La Asociación Gerontológica Costarricense, desde su creación en 1980, ha dirigido sus acciones a propiciar espacios para la participación social de las personas mayores por medio de la creación de programas y acciones tendientes a incentivar el empoderamiento y el protagonismo de estas, así como a posicionar en el imaginario social, una visión positiva del envejecimiento y la vejez.

Las personas mayores encuentran en estos espacios las oportunidades de realizar actividades para el desarrollo de destrezas, el aprendizaje, la reflexión y el análisis en áreas educativas, culturales, recreativas, espirituales, artísticas, y todas aquellas otras en las que se promueva su desarrollo como persona y se deje de manifiesto su potencial independientemente de la edad.

Una de las acciones más destacadas dentro del área artística ha sido la realización del Concurso Literario de Personas Mayores desde el año 1991, el cual busca potenciar las habilidades literarias de las personas para que desde distintos ámbitos de su cotidianidad, puedan manifestar sus opiniones, creencias y aportes a la sociedad mediante la producción literaria a escala nacional e internacional.

Las personas mayores deciden presentarse al concurso con sus producciones literarias las cuales analiza un jurado calificador integrado por personas expertas en el campo de la literatura, quienes de manera comprometida revisan cada una de las obras en los diferentes géneros: poesía, cuento y relato de experiencias, y determinan aquellas que resultan ganadoras.

De esta forma Escritos de Oro volumen 6 es la compilación de las obras ganadoras de las ediciones 2016, 2017, 2018, 2019 y 2020 y se constituye en el espacio para dar conocer y posicionar la producción literaria como una manifestación artística a lo largo de la vida.

Esta compilación es un esfuerzo de AGECO, en su 40 aniversario, por plasmar, una vez más, la creación literaria de las personas mayores y contribuir a dejar su huella en la sociedad por medio del arte literario.

Es nuestro deseo que la producción artística de las personas mayores, plasmada en este escrito, alcance a muchas personas y que la lectura sea amena, satisfactoria y demostrativa de las posibilidades de expresar las ideas, las emociones y los sentimientos por medio de la palabra; pero sobre todo deseamos aportar a la desmitificación del significado de envejecer en la sociedad actual y de lo que significa ser una persona en igualdad de condiciones, posibilidades y derechos en todas las edades.

Isela Corrales Mejías

*Directora de Programas Gerontológicos
Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO*

XXVII
Concurso Literario de
Personas Mayores
—2018—

XXVII

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2018 —

“Francisco Javier
Pérez Hidalgo”

La edición XXVII del concurso literario estuvo dedicado al señor Francisco Javier Pérez Hidalgo, por su participación activa en Programas para personas mayores de la Universidad Nacional y participante del Concurso Literario de AGECO desde el 2014, siendo ganador de Mención de Honor, primer lugar en poesía y dos veces ganador del primer lugar en Relato de experiencias.

Los géneros para participar en la **modalidad nacional** fueron:

1. Cuento (tema libre)
2. Poesía (tema libre).
3. Poesía Infantil (tema libre).
4. Relato de experiencias con el tema “Mitos sobre la sexualidad en la vejez”.

En la **modalidad extranjera** el género para participar fue: Cuento.

La cantidad de participantes este año fue de 194 personas mayores de 60 años, entre estas 111 nacionales y 83 del extranjero, y un total de 223 obras dado que algunas personas nacionales participaron con dos obras.

Las personas participantes en el extranjero fueron de Argentina, Chile, Colombia, Cuba, Uruguay, España, Estados Unidos, México e Italia.

Jurado calificador

Floria Jiménez Díaz

Licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Es Catedrática de esa casa de estudios y fue candidata para Profesora Emérita. Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix en el 2019 por la Universidad Católica de Costa Rica en donde trabaja actualmente. Ocupó la presidencia de la Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español y Lenguas Aborígenes. (2002-2004).

Premio Carmen Lyra de poesía (1976-2004- 2007). También ha recibido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1978 entre otros.

Ha publicado más de veinte libros de literatura para niños y obras didácticas. Muchos de sus textos aparecen en libros extranjeros y su libro *Tres cocodrilas del cocodrilar* fue incluido en el 2006 por la Secretaría de Educación Pública de México en la colección de lecturas obligatorias del nivel preescolar.

Ani Brenes Herrera

Maestra de vocación, madre, abuela y escritora alajuelense de cuentos, poesías y canciones para niños de todas las edades. Imparte talleres y charlas a estudiantes, docentes y universitarios, dentro y fuera del país; actividad que disfruta plenamente como parte de su intención de rescatar el sentimiento, la palabra y el papel de la literatura en las actividades cotidianas.

Ha participado en proyectos sobre el mejoramiento del léxico en estudiantes de educación primaria en el Instituto de Investigaciones Educativas (INIE) de la Universidad de Costa Rica, y ha sido miembro del Consejo Editor de la revista Umbral del Colegio de Licenciados y Profesores. Tiene a su cargo la Sección de Pedagogía de la revista Magisterio desde el año 2000 y colabora con proyectos del Ministerio

de Educación y de Cultura en el tema de la promoción de la lectura con estudiantes de primaria y secundaria.

Actualmente, forma parte de la Comisión Alajuelense de Defensa del Idioma, de la Asociación Costarricense de Escritoras (ACE) y de la Asociación Costarricense Consejo de Lectura.

Sus trabajos están presentes en diversas antologías, nacionales e internacionales, y en sus libros de cuento y poesía de las diferentes editoriales del país.

Marlene Ramírez Berrocal

Periodista Egresada de la Universidad Federada San Judas Tadeo, Licenciada en Producción de medios audiovisuales, Vice- presidenta Asociación Costarricense de Escritoras (ACE) 2012-2014, Profesora de fotografía, Directora de M.R. Producciones. Productora y promotora de cultura.

Directora del canal por internet “Marlen Ramírez Youtube”, dedicado a promover la cultura y las actividades de las mujeres lideresas de Costa Rica y el mundo.

Directora y productora del programa de radio, “Mujeres lideresas” se transmite por Radio Victoria, Participante “Taller Café Literario Francisco Zúñiga Díaz”, coordinadora del Primer festival “Puertas Abiertas al Arte 1999”, Jurado Calificador en el II Concurso de Poesía SEC 2006, Participante activa del Grupo Taller Literario Poiesis, Director Ronald Bonilla y Julieta Dobles, Organizadora del recital de poesía “Poesía para enamorar” Casa Cultural de Heredia 2007.

Entre sus obras publicadas se encuentran *Pedazos del alma* 2008- Poesía biográfica sobre violencia doméstica, *La casa de mi madre* 2012- Poesía sobre abuso infantil, *Anclado a mí* 2012- Poesía erótica 2012, *¿Cómo nacen los bebés, abuelita?* 2015, Compilada en el libro “Pregoneros de La Memoria”, auspiciado por Alianza Francesa 2008.

Resumen de obras ganadoras

CUENTO

- 1** ▶ **Peregrina**
Lugar Escrito por: Juan Bautista Castro Elizondo
- 2** ▶ **Sucedió en Siria**
Lugar Escrito por: Flora Marta Kepfer Gámez
- 3** ▶ **Pasando el pasado**
Lugar Escrito por: Albar Brenes Chacón
- * ▶ **La hipersensibilidad del gato**
Mención de Honor Escrito por: Fausto Pacheco Brenes

POESÍA

- 1** ▶ **Fantasma en la garúa**
Lugar Escrito por: María José Calatayud Ponce de León
- 2** ▶ **Veinte años**
Lugar Escrito por: Abel Antezana Palacios
- 3** ▶ **Debate de colosos**
Lugar Escrito por: Leonardo Marín Mora
- * ▶ **Contrapunto**
Mención de Honor Escrito por: Ana Patricia Urrutia Pérez

POESÍA INFANTIL

- 1** ▶ **Dino y el zancudo rescatista**
Lugar Escrito por: Edgar Chavarría Solano

RELATO DE EXPERIENCIAS

- 1**
Lugar ▶ **Vejez y Sexualidad**
Escrito por: Albam Brenes Chacón
- 2**
Lugar ▶ **Realidad, mitos y una leyenda**
Escrito por: Rafael Ángel Abarca Jiménez
- 3**
Lugar ▶ **Mitos sobre la sexualidad en la vejez**
Escrito por: Marta María Hernández Mendoza

Resumen de obras ganadoras extranjeras

CUENTO

- 1**
Lugar ▶ **La ventana verde**
Escrito por: Brenda Gladys Alzamendi Martínez
País de origen: Uruguay
- 2**
Lugar ▶ **El aniversario**
Escrito por: Manuel Guillermo Carvajal Díaz
País de origen: Ecuador
- 3**
Lugar ▶ **El té de las cinco**
Escrito por: Nidia Mabel Beltramo Iglesias
País de origen: España
- ***
Mención de Honor ▶ **Juego de vanidades**
Escrito por: Raúl Héctor Lombardi
País de origen: Argentina

Obras Ganadoras

Cuento

Peregrina

Autor: Juan Bautista Castro Elizondo

Planeó el viaje sin decírselo a nadie. Sabía que, de comunicarlo, aparecerían mil obstáculos y prohibiciones, argumentado su avanzada edad o su frágil salud. Tampoco era la primera idea descabellada que se le ocurría. La mayoría era fruto de sus sueños que, por cierto, no los contaba sino hasta después del mediodía, para que se cumplieran.

En contraste con su cuerpo, menudito y frágil, abrigaba ilusiones titánicas. Así, hubo en su mente inventos para curar el cáncer, perder peso, vencer el insomnio, remediar la calvicie, aumentar la productividad en la cría de ovejos, modificar las reglas del fútbol y, desde luego, desarrollar negocios tan infalibles como estafalarios.

Esta vez, cuando todo estuvo listo, segura de que ya no había marcha atrás, lo anunció con voz muy baja: “la próxima semana me voy a conocer al Papa”.

Mi madre se acercaba a los ochenta años. Su primer viaje, cuando apenas tenía tres años, fue de Puriscal a San José. Sus padres fallecieron dejando a una caterva de güilas en el orfanatorio a cargo de las monjas. Desde entonces, no había vuelto a viajar una distancia mayor que aquella interminable travesía a caballo primero y en tren después, hasta la breve y mustia capital, incrustaba en los años veinte del siglo pasado.

Por supuesto que, inmediatamente después del anuncio, vinieron los ¡cómo se le ocurre!, ¿oíste, la nueva locura de tu mama? ¡Y pretende irse a confesar con el Papa! ¡Ahora sí está de atar!

Un curita, organizaba un viaje redentor al Vaticano, pasando por Tierra Santa y con escala en las pirámides de Egipto. El costo incluía los pasajes, los hoteles, las comidas, las indulgencias y las estampitas. Todo bajo la guía experta de aquel párroco que vendía el paquete como la peregrinación salvadora de las almas.

De este propósito y su itinerario, mi madre no dudaba. Y menos aún de la oportunidad de conocer al Papa en persona.

Juan Pablo II, había convencido a mi mamá que un hombre podía ser santo. Le devolvió la esperanza que las monjas le habían arrebatado desde niña. Nada la detendría de esta promesa de recibir el perdón directamente de sus manos.

Con su humilde pensión, tras una larga vida de trabajo como enfermera, pagó su viaje. Mi madre no había podido ahorrar un cinco mientras laboró en sanatorios y hospitales. Pasó del Hospicio de Huérfanos al San Juan de Dios, bajo la tutela de las monjas. Luego, al naciente Policlínico, que abría sus puertas a la luz de la quimera del seguro social. De ahí, a dispensarios rurales hasta su forzada jubilación, sin descanso. Sin decidir nada para ella, la vida se le vino encima, a ventarrones y borrascas. Ver al Papa en persona, venía a ser lo único que habría podido darse desde que recordaba. Así que, esta vez, nada ni nadie la detendría.

Convertida en la abuelita de todos los pasajeros, ahí estaba, permanentemente chineada y protegida, desdeñando los otros recorridos y visitas que el tour contemplaba, con la fe puesta en arribar lo antes posible a Roma.

La mayoría de los excursionistas venían en grupos familiares, gente sencilla, de provincia, que hacía su primer viaje largo y que seguía al moderno pastor, en su rol de guía turístico, pendientes de sus explicaciones sobre los sitios históricos, con la misma devoción conque atendían una misa de obispo.

-Parece una chiquita de esas que preguntan: ¿ya vamos a llegar?, ¿ya vamos a llegar?, y apenas estamos empezando -dijo Carlos Christian en voz alta, a medio vuelo. Era un niño tequioso que

había hecho buenas migas con mi madre, a pesar de una obstinada hiperactividad que le granjeaba el rechazo del resto de los pasajeros. Con él, mi madre ensayó sus teorías sobre el abordaje psicológico del desasosiego infantil y terminó con la compañía de un inesperado amigo, durante el resto del viaje.

Ya en Italia, el cura hizo el anuncio fatídico, con la solemnidad de sermón de viernes santo: no podrían ver al Papa.

De todos los pasajeros, mi madre fue la más impactada con aquella noticia. En el fondo, el resto de los viajeros no esperaban tenerlo frente a frente. A lo sumo, aspiraban a una bendición fugaz desde el balcón de su apartamento pontificio; por lo tanto, no representó más que los consabidos acharitas y el llamado a las oraciones por el pronto restablecimiento de la salud del Vicario de Cristo, que permanecía internado en el Policlínico Agostino Gemelli.

-Se nos enfermó el Papa, doña Esther, recemos por su salud y usted en especial, que Dios la escucha de primero -respondió el cura ante la mirada incrédula de mi mamá, a punto del llanto.

La salud del Papa había empeorado, mientras el grupo de turistas paseaba, ayuno de noticias, por otras atracciones que contenía el programa. Cuando llegaron al Vaticano, les explicaron la inusual presencia de periodistas, arzobispos, congregaciones, cardenales, que pululaban compungidos en recorridos erráticos con prisa en sus pasos.

Mi madre sintió que las gigantescas columnas de la Basílica de San Pedro se le venían encima. Hecha un puñito en una de las bancas de la nave central, al margen del tropel de visitantes, lloraba silenciosa y sin consuelo. Se había negado a continuar el recorrido por los diversos sitios del Vaticano y permanecía separada de su grupo. El último en abandonarla fue Carlos Christian, que insistía en quedarse con ella y terminó regañado para que volviera al lado de sus padres.

-¡Váyase con los demás, chiquillo, que el padre me encargó rezar por el Papa!- le dijo en tono severo, mientras gesticulaba con una de sus manos, hasta asustarlo.

Ya sola, lloró y lloró todo el dolor de tantos años. Juan Pablo II se le negaba. No volvería a tener otra oportunidad. Algún castigo por pecados olvidados.

Se consideraba pequeña, puesto que su estatura apenas sobrepasaba el metro cincuenta, pero en aquel lugar sentía que se le encogía el alma hasta convertir la respiración en un tormento. Las imponentes esculturas bronceas, la cúpula infinita, los altares, relieves y ángeles en suspensión perenne, constituían un entorno amargo para ella. Hasta le pareció ver a las cuatro columnas del Baldaquino de San Pedro retorcerse ennegrecidas por el sufrimiento que sentía. Rezaba por ratos, por la recuperación del Papa, según le había encomendado el cura, pero el llanto regresaba como aluvión inclemente.

Ya ni sabía por qué lloraba.

Había sido una mujer abnegada. Como tantas. Sin heroísmos. Sin más reconocimiento que el silencio. En tiempos en que renunciar a sus deseos a favor de los otros ni siquiera era una virtud. Era un hecho natural, así era ser mujer. Comprendió la vida como una cruz a sus espaldas, sin derecho a cirineos. Parloteó con la muerte en los pabellones hospitalarios, ora con heridos de bala de la última guerra civil costarricense, ora con campesinos explotados de bananeras plagadas de serpientes. Fue peregrina sí, pero de casa en casa, entre los caseríos empotrados en las montañas, vacunando niños o curando llagas. Esas fueron sus romerías y esos sus santuarios. El agua bendita venía en los frasquillos de penicilina y los milagros los hacía el mertiolate sobre la carne viva.

-Signora, sei italiana? -escuchó que le preguntaba una voz con tono apacible. Ella no respondió ni con la mirada. Habría pasado quién sabe cuánto tiempo e imaginó que iban a cerrar la basílica y llegaban a invitarla a salir.

Desde cierta distancia, un hombre había visto a mi madre casi acurrucada en la banqueta y algo le conmovió profundamente.

La gente se movía nerviosa entre pilares y hornacinas, olvidándose de las plegarias y jaculatorias, para dar lugar al asombro. Bajo los gigantes de piedra, condenados a sus puntos de atadura en las paredes monumentales, era perceptible el gemido de los mártires entre el rechinar de los pasos sobre los mosaicos heridos de luz.

En medio de una atmósfera tan confusa y atribulada, este sujeto fue el único que reaccionó piadoso ante aquella viejita a la que había observado por intervalos, interrumpiendo sus propias oraciones.

-¿Sos española? -insistió.

-No, qué va... de Costa Rica -contestó mi madre sin volverlo a ver. Hizo el gesto de limpiar y detener sus lágrimas, aunque lo sabía inútil. Y se arrodilló para santiguarse por última vez, antes de marcharse. Él, se postró a su lado.

-¿Por qué has estado llorando tanto? -inquirió.

Mi madre le miró. Se encontró con unos ojos profundos y serenos y un rostro que sonreía sin que se dibujara mueca alguna en los labios. El hombre vestía una sotana simple y negra. De contextura gruesa y de rostro amable. Era mayor y, sin embargo, parecía contener la fuerza y la energía de un jovencito.

-No, padre, he estado rezando... por la salud del Papa, usted sabe...vine desde tan lejos para confesarme con él y no lo voy a poder hacer... está enfermito.

El hombre posó sobre la cabeza de mi madre su mano grande y compasiva.

-Yo puedo confesarla. No soy el Papa, por supuesto, pero si usted deja que Jesús se acomode en medio de nosotros...-le dijo mientras con el gesto la invitó a sentarse.

-Ay, padre, qué pena. No es que no quiera confesarme con usted... es que mi única ilusión era hacerlo con el Papa. Pero vea

usted, Dios me castigó por soberbia y presumida -le dijo cortando el llanto, al tiempo que se sentaba junto al sacerdote.

-No, Dios no la castigó por eso. Él no castiga -replicó el cura en tono compasivo, yo vine también por lo del Santo Padre, pero estoy seguro que voy a regresarme a mi país muy pronto, tengo la fe de que habrá Juan Pablo II para rato...

Y por largo rato se extendió aquella plática con mi madre. No se parecía a una confesión, porque no hubo regaños ni penitencias, pero poco a poco ella sintió que todo su ser se aliviaba. Tal vez fruto del acento tan musical conque aquel padre vocalizaba cada palabra, o quizá, más bien, por esa forma envolvente y tranquilizadora de escucharla. Como fuera, el sentimiento que empezaba a dominarla no era nuevo. Más familiar que muchos otros. El de siempre: la resignación. Mi madre, una vez más se resignaba. Pensó que, en esta ocasión, había ido demasiado lejos con sus sueños. Tendría que conformarse con ese sabor amargo hecho costumbre de la derrota personal, que solía tramitar callada y ahogar a punta de nuevas ilusiones.

Carlos Christian se apareció sobresaltado: en el autobús de la excursión ya tenían horas de estarla buscando y no esperarían más. Mi madre se levantó de inmediato.

-Soy Esther, Esther Elizondo, padre, por si algún día le dan ganas de ir a pasear a Costa Rica, -dijo a modo de despedida, mientras le tomaba las manos. El sacerdote se las cubrió delicadamente con las suyas. La bendijo mientras cerraba sus ojos y pronunciaba algunas locuciones en latín.

-Soy Jorge, Jorge Bergoglio, por si algún día le dan ganas de ir a pasear a Buenos Aires -se despidió dulcemente el religioso.

Mi madre ya no lloraba.



Cuento

Sucedió en Siria

Autora: Flora Marta Kepfer Gámez

El chiquillo desarrapado me miró con insistencia.

-¿Tiene miedo, señor?

Aturdido en medio de la tos provocada por la polvareda asentí con la cabeza.

Mis compañeros y yo habíamos llegado apenas la noche anterior como refuerzos.

-Deme la mano, señor. -Con gran naturalidad tomó entre sus manos pequeñas, sucias y callosas la mía para darme ánimo.

-¿Y vos no tenés miedo? -La pregunta fracturada saltó cuando pude aclarar mi garganta.

-No. Desde que estaba en la panza de mi mamá estoy oyendo los balazos y las explosiones.

-¿Cuántos años tenés?

-Cinco. Dice mi mamá que soy lindo, pero ahora ando muy sucio.

Fijé la mirada en aquella figurita pálida y enjuta. El chiquillo me seguía hablando con una voz chillona que sobresalía por encima del estrépito.

-Los soldados son buenos. Nos dan agua; pero dice mi mamá que esa agua es sólo para la sed.

Entonces se hizo una pausa larga entre nosotros. Una especie rara de intimidad.

-¿Le cuento un secreto, señor? -Y en voz muy baja: -Mi mamá tiene tres botellas de agua escondidas por si no nos dan más. -Entonces sentí que al apretarme la mano había sellado el gran secreto en un acto de complicidad.

-Dice mi abuela que allá había tres árboles de melocotón en un jardín.

Había que tener una imaginación feroz para poder visualizar un jardín con tres árboles de melocotón en aquel suelo arrasado por la guerra.

Los disparos y las bombas se acercaban. El chiquillo impávido seguía hablando con mi mano fuertemente apretada entre las suyas.

-¿Usted ha visto las flores, señor? Yo un día vi una. Se la di a mi hermana. Ella se la puso en el pelo. Se veía linda.

-¿Dónde está tu hermana?- Le pregunté mirando ansiosamente alrededor en busca de algún lugar para parapetarme ante el fragor de aquel ataque que avanzaba inexorable hacia nosotros.

-No sé señor. Ese día la mataron.

El chico, conocedor de las circunstancias, me soltó y corrió a esconderse en una zanja pequeña.

A pesar del ruido todavía pude escuchar lo último que me dijo.

-Señor, ¿usted sabe a qué saben los melocotones? Un día yo me voy a comer uno.



Pasando el pasado

Autor: Albam Brenes Chacón

Yolanda se despierta con una sensación de aturdimiento, y descubre que está en una cama de hospital rodeada de aparatos médicos. A su lado hay una enfermera joven y junto a esta hay una mujer adulta, que le dice: - ¡Gracias a Dios, Mamá... ¡Ya pudiste despertarte!

Su confusión se hace más grande. ¿Por qué estoy en un hospital y por qué no podía despertarme? ¿Quién es esta mujer que me parece conocido y por qué me llama “mamá”?

¿Dónde están mi esposo y mis hijos?

Intenta moverse en la cama y se da cuenta de que tiene su pierna derecha casi totalmente enyesada, al igual que la mitad de su brazo izquierdo. Se toca su cabeza y palpa una especie de turbante de vendas. El cuerpo le duele mucho cuando intenta moverse. Trata de hablar, pero sólo le salen una especie de balbuceos.

Rocío, su hija, nota los esfuerzos que Yolanda hace y el darse cuenta de que está confusa, le explica: - Hemos estado angustiadísimos toda esta semana al ver que no te despertabas. Los médicos nos advirtieron que en un estado de coma no se sabe cuándo la persona va a despertar, y que en tu caso, con los golpes y fracturas que tuviste, era esperable que la recuperación fuera aún más difícil... Carambas, ¡es que ese condenado rayo hizo que te cayera encima una buena parte del cuarto de pilas!

Yolanda no entiende de qué le están hablando. Por más que intenta recordar, su memoria parece más maltrecha que su cuerpo.

Tiene algunos recuerdos de un gran estruendo y una luz que la cegaba, pero no sabe si era un rayo, ni dónde estaba ella, y mucho menos que le hubiera caído encima toda una estructura de la casa.

Mientras piensa, su mirada se posa en la piel de sus brazos y manos. No la reconoce. Le parece la piel avejentada de una mujer mucho mayor que ella, porque recuerda muy bien que apenas hace un par de meses le celebraron sus 45 años. Por eso le parece extrañísimo que la llame “Mamá” esa mujer que parece casi de su misma edad. ¡No es su hija veinteañera!

De nuevo intenta hablar y esta vez sí logra articular unas palabras: -¿Dónde está Raúl, mi esposo? ¿Ya él sabe lo que me pasó? ¿Irá a venir a verme? -Se detiene porque le surge un recuerdo doloroso que la hace murmurar para sí misma: “¡Cómo va a venir si yo misma le dije que no quería verlo hasta que no arreglara ese “enredito” que se tiene con esa fulana del trabajo!”

Para mayor sorpresa suya oye la respuesta de Rocío: -Sí, Mamá, ahorita llega a Papá a quedarse aquí con vos, como todos estos días. De hecho, yo sólo vine a relevarlo por un rato, porque él tenía que ir al dentista. Pero estoy segura de que en cuanto llegue me manda otra vez a la casa para que yo reciba a los chiquitos de la escuela...Él no sabe que hoy Joaquín me dijo que él recogería a los niños, que yo no me preocupara.

-¡Cómo, cómo...un momentito...qué está pasando aquí! - interrumpe Yolanda con cara de estupefacción y ya con mayor capacidad de lenguaje - Yo estoy hablando de Raúl Barboza, mi marido. ¿Quién es usted y por qué lo llama Papá? ¿Quién es ese Joaquín y quiénes esos niños?

-Ay Mamá, ¿a qué viene esa pregunta? ...Me asusta que no me estés reconociendo, a mí, Rocío, tu hija, la hermana mayor de José Luis...Joaquín es mi marido desde hace 15 años y los niños de los que hablo son tus nietos mayores...Porque también tenés a Amandita, la de José Luis que es tu nieta menor.

Con cara de enojo y preocupación, y en un tono caso lloroso, Yolanda la confronta diciendo: - No sé qué es lo que pretenden ustedes en este lugar, pero no me hace nada de gracia. Asumo que debo haber tenido un accidente serio porque estoy en una cama de hospital llena de vendas y yesos. Pero me parece cruel que me cambien la historia... ¿Me van a decir que la piel de mis brazos se ve arrugada porque soy más vieja? ¿O que mis padres todavía están vivos y no murieron hace pocos meses en un accidente automovilístico? ¿O que mi mejor amiga Mireya todavía está viva? ¿O que en el trabajo no me degradaron técnicamente, al quitarme responsabilidades por puras majaderías?

-Ay Mamá, no entiendo por qué me decís esas cosas. Imagino que haber estado en coma pudo alterarte la noción del tiempo y el estado de ánimo. Voy a intentar aclararte las dudas, pero por favor tómalolo con calma...Efectivamente soy tu hija Rocío y tengo 42 años. Nací cuando vos tenías 23 años, lo que significa que ahora tenés 65 años - Haced una pausa para esperar a que Yolanda asimile esa información, porque la expresión en su cara refleja una gran incredulidad ante lo que está escuchando.

Sin embargo, Rocío decide continuar con su explicación. - Efectivamente los abuelos ya murieron, lo mismo que tu amiga Mayela, pero de eso hace unos 20 años...Fue un período durísimo en la familia. Te deprimiste mucho y todo el tiempo repetías que te estaba quedando sola en el mundo. Yo estaba a mitad de la carrera en la Universidad y no podía darte mucho apoyo, lo que me hacía sentirme muy culpable. José Luis, tu otro hijo acababa de terminar el colegio y estaba sumamente desubicado en su vida. Estaba para ser ayudado y no para ayudar en nada. Por cierto, él ahora tiene 38 años, está separado de su esposa Ana Luisa, con quien tuvo a su hija. Papá también parecía estar muy desubicado y yo no sabía si algo más estaba pasando entre ustedes. Incluso, un día lo escuché decir que no sabía cómo relacionarse con una esposa que le parecía irreconocible e intratable: cuando no estaba llorando estaba enojada.

En ese momento Yolanda la interrumpe otra vez y deja salir una angustia que ya no puede contener más. Casi a gritos le dice: -Me

estás pidiendo que tome con tranquilidad estas cosas terribles que has dicho. Que tengo 65 años y que he estado en coma los últimos 20 años de mi vida. Que perdí mi rumbo cuando ustedes entraron a la vida adulta y se casaron. Que me hicieron abuela y no me acuerdo -. Sus ojos se llenan de lágrimas, comienza a mover su cabeza rítmicamente hacia los lados y a emitir sonidos guturales, que primero parecen gemidos, pero pronto se transforman en verdaderos aullidos, a la vez que repite una y otra vez: - No, no, no, no...esto no puede ser...no puedo aceptarlo...no, no, no...no quiero...

Rocío contempla la escena y no sabe qué hacer. Primero intenta tranquilizarla diciéndole también casi a gritos: - No, Mamá, no has estado en coma por 20 años-. Pero al ver que su madre no parece escucharla y más bien sigue gimiendo y aullando, Rocío se voltea hacia la enfermera que aún estaba allí para rogarle que de inmediato busque a un médico.

Por suerte el médico jefe del servicio estaba muy cerca, en la estación de enfermería, revisando algunos expedientes. La enfermera le hizo un muy eficiente resumen de la situación y de una vez le pasó la hoja clínica de Yolanda. De camino pudo ampliarle un poco más lo sucedido, por lo que el médico al llegar no se sorprendió de ver que la situación era bastante caótica: Yolanda daba alaridos angustiosos y se movía casi espasmódicamente, mientras Rocío lloraba desconsolada a su lado sin saber qué hacer. Hizo una rápida revisión de signos vitales de ambas y decidió poner a dormir a la madre y darle un tranquilizante a la hija.

Yolanda se mantuvo dormida durante casi 24 horas más. Raúl, Rocío y José Luis montaron una guardia permanente alrededor de su lecho, de manera que siempre estuvieron uno o más de ellos junto a su cama. Cuando al fin se despertó parecía bastante tranquila, mostrando una gran sonrisa de reconocimiento al toparse con la cara de Raúl y Rocío que en ese momento eran sus acompañantes. Ellos también mostraron una sonrisa, aunque insegura y expectante. Yolanda intentó moverse en la cama para tenerlos más de frente, pero descubrió que el yeso que tenía en algunas partes de su cuerpo,

estorbaba sus movimientos. Sintió cuando su marido tomó su mano derecha y de inmediato le preguntó, con tono de duda: -¿Dónde estoy, Raúl... qué me pasó. ¿Hace cuánto estoy aquí?

Ay amor, qué bueno que ya te despertaste... ¡Bienvenida! Estás en el hospital... Lo que pasó fue que un día estabas alistando ropa para llevar, y comenzó un aguacero terrible. De pronto un rayo destrozó el árbol del patio y una de sus gramas, grandísima, cayó sobre el techo del cuarto de pilas dejándolo medio aplastado, ¡precisamente cuando vos estabas allí!...No te mataste de puro milagro, pero sí recibiste un golpe muy fuerte que te dejó inconsciente y tuviste dos fracturas serias. Además, la inconsciencia resultó ser un estado de como que duró casi una semana... Pero ahora ya estás Bien, y será cosa de un tiempito para que las fracturas sanen y podas llevar vida normal, porque, tampoco hubo ningún daño interno serio en tu cabeza...

Yolanda con cierta cara de perplejidad, le interrumpió para preguntar: -¿Será por eso que me cuesta recordar detalles de lo sucedido? Lo único que recuerdo es un gran estruendo y una luz muy fuerte...Aunque también me parece que soñé que tenía cuarenta y pico de años. Rocío y José Luis eran jóvenes...Vos y yo teníamos... teníamos algunos problemas de pareja...Además, hacía poco papá y mamá había muertos en un accidente, y muy poco después también murió Mireya. Yo tenía un dolor insoportable en la vida. Creo que deseaba morirme. No quería llegar a vieja... y en el sueño, precisamente, era una vieja llena de dolor y amargura

En ese momento Rocío tuvo la tentación de contarle del evento del día anterior, cuando se había despertado desorientada en tiempo y espacio. Pero su sentido común le hizo pensar que si ese recuerdo se le había borrado, por algo sería

Se limitó entonces a decirle: -Tranquila, Mamá. Tus últimos 20 años los has vivido bien despiertas y lo has hecho muy bien. Lograste deja atrás todo ese dolor. José Luis y yo crecimos, hicimos nuestras vidas, te dimos nietos y te convertiste en una abuela increíble, como de cuento. Y para rematar, Papá y vos tienen la pareja que muchos quisiéramos tener...

Yolanda se quedó silenciosa por un ratito, como si estuviera procesando toda esa información. Luego, muy pasativa, comentó: -Si, hijita, tengo una vida que de joven ni me hubiera atrevido a soñar. Creo que el sueño que tuve fue tan angustiante precisamente por verme retrocediendo a mis 40 y pico años... Por nada del mundo quisiera volver a esa edad, aunque no hubieran existido esos eventos tan dolorosos. Yo adoro mi presente. No cambio por nada la edad que tengo ni mi circunstancia. Comparto plenamente aquello de que el mejor tiempo es el ahora-. Hizo una pausa, y con una gran sonrisa pícaro le dijo a Raúl:-Cielo, ¿podrías ir a traer a los nietos y de paso compran helados para todos, incluyendo para mí, si es que los doctores me dejan comerlos?

Rocío se sonrió para sus adentros y pensó: “qué capacidad de auto sanación tiene Mamá. Ya era una gran mujer antes de este accidente del rayo, y sin duda va a ser todavía mejor...”

Luego, en tono de broma e imitando una voz de niñita le dijo a Yolanda -Mami, yo voy por los helados... ¡pero con la condición de que me enseñé a ser como vos cuando sea grande!

Yolanda y todos los presentes se carcajearon estruendosamente, con alivio de felicidad.



La hipersensibilidad del gato

Autor: Fausto Pacheco Brenes

“¿Dónde estoy? ¿Y esta casa? ¡Ah, sí! Es la funeraria “The Last Beautiful Trip”. En ese salón hay un velorio... casi toda esta gente me es conocida. ¿Qué está sucediendo? Mi esposa y mis hijos tienen los ojos llorosos y están muy cerca del ataúd. Veamos, en ese atril hay un cartel... y tiene mi nombre. ¡Entonces, yo soy el muerto! Sí, recuerdo que me llevaban de urgencia a la clínica, con síntomas de paro cardíaco. ¡A la gran diabla! Ahora sí que me jodí. Bueno, claro, yo era cardiópata y ya me había dado un leve infarto. Pero antes yo estaba subido en una escalera altísima, instalando las luces de navidad en el alero del techo del segundo piso. Mi esposa insistió en ponerlas y como no apareció Martín, el nicaragüense que me ayuda en los trabajos de mantenimiento, yo mismo me encaramé. Entonces no fue el corazón, si no el tremendo costalazo que me di al caer, lo que me provocó el paro.

Pero es raro, me invadió una sabrosa sensación de libertad, no me siento mal, ni estoy triste. Espero que no les afecte mi ausencia. Creo haber cumplido con mis hijos. Con mi esposa me llevé bien, íbamos a cumplir cuarenta y seis años de casados. Nunca la agredí. Bueno, dicen que hay muchas formas de herir. Al menos, había ordenado mis asuntos y mi familia no quedará mal. Pero, a los setenta años, la verdad es que no estaba tan viejo, todavía podía haber hecho más cosas y concluir algunas pendientes. Por cierto, nunca le remodelé la cocina, era el mayor deseo de mi mujer y me lo pedía constantemente, desde hace años. También era urgente que arreglara la fuga en la tubería del fregadero y coger algunas goteras.

¡Carajo! Lo que nunca les dije fue lo de los derechos de autor. El asunto fue que hace años una pequeña editorial me publicó

un libro, usando un seudónimo. Resultó un éxito en ventas. No lo esperábamos, pero logré interrelacionar los temas que más le interesan a la gran masa de ticos: el fútbol, los chismes de la farándula criolla y los escándalos políticos, todo aderezado con algunas aventurillas amorosas y sexuales. La demanda fue inmensa, la obra se vendió como pan caliente. Como no me urgía ese dinero y no estaba muy orgulloso de los contenidos de mi obra, lo mantuve oculto. En mi casa tengo escondidos los documentos probatorios del fideicomiso bancario, en el que se me depositan los ingresos provenientes de los derechos de autor y la forma de retirar esos dineros, por mi o por mis herederos, en el caso de que yo falleciera. Ya debe de haberse acumulado un capital interesante. Qué problema, ahora nadie sabe nada de esto. ¿Qué podré hacer? Bueno, por el momento voy a ver lo que ocurre aquí.

En estos sillones hay más familiares y conocidos. En la cafetería, algunos amigos, colegas y compañeros, estarán contando anécdotas mías, las buenas, aunque también las malas, claro.

¿Pero qué hace este sinvergüenza aquí? Si me estafó. Éramos tan amigos que hasta lo puse de padrino de mi hija. Se enteró de que yo tenía algún dinero y me rogó e insistió en hacerme su socio; su negocio pintaba bien, pero había alterado su contabilidad, me engañó y perdí bastante plata. Para peores, yo me consideraba un buen profesional, pero mi cuñado se burlaba de mí diciendo que mi título de MBA (Master in Business Administration) significaba Más Bruto que Antes.

Más allá están las viejas chismosas del barrio y también algunas buenas amigas de mi esposa. Conversan callandito y a veces se ríen con disimulo.”

-Decime vecina ¿De qué murió?

-Debe haber sido por el corazón, seguro que fue un infarto. Ya había tenido antecedentes, alguna operación en las arterias, entiendo.

-Pero a mí me habían dicho que se cuidaba mucho y hacía bastante ejercicio. Jugaba tenis en un club.

-Mirá, yo creo que eso era más por aparentar, que otra cosa.

-No mujer, si vivían más o menos bien.

-Quien sabe si habría conseguido puestos por política. Ahora, a como está la cosa hay muchos que logran beneficios choricados.

“Que concepto más bajo tiene esta señora de mí. Si yo que nunca me metí en política. Más bien me jactaba de mi honradez. Me consideraba un orgulloso ejemplo de movilidad social. Mi papá no nos ayudó mucho y fue mi madre, con gran sacrificio y esfuerzo, quien logró darme el bachillerato. Después de terminar la secundaria, tuve que fajarme a trabajar y a estudiar. Solo así pude superarme profesional y socialmente.”

-Muchacha, vos sí que sos atrevida. Acordate que no hay que hablar mal de los difuntos.

-Saben, yo nunca lo vi en misa. ¿No era cristiano?

-Ves, es que no tienen temor a Dios y ahí es donde empiezan todos los problemas.

-Pues a mí me dijeron que era buen esposo. Si siempre andaban juntos. Se cuidaban uno al otro en sus enfermedades.

-Que va. Eso no quiere decir nada. Me enteré de que tuvieron algunos conflictos. En algunas épocas él no fue muy bien portado. Parece que tomaba y era fiestero.

-Y de seguro medio perrillo.

-Yo no sé, pero siempre he dicho que esos desordenes son los que enferman a los hombres, se meten en enredos y preocupaciones, además de que afuera toman y comen cualquier cochinada.

-Vieran, yo supe que no dormían juntos. Pero mejor no digan nada.

-Otra vez vos suponiendo cosas. El caso es que ella es operada de la columna y tuvo que comprar una cama individual de esas, como de hospital, con motor eléctrico.

“Que mujeres más habladoras, vale que mi esposa las conoce y no les hará mucho caso. Aunque, pensándolo bien, en esto de dormir separados podrían tener razón. Desconfié, en algún momento, de si mi adorada compañera se inventó lo de la cama especial por sus operaciones o por alejarse de mis crecientes ronquidos y achaques, con menoscabo en disfrutes y placeres. Desde entonces se la veía dormir profundamente, con aquella sospechosa sonrisa de satisfacción.

Qué extraño, percibo algo a mi lado, pero no veo nada. Es como sentir la presencia de alguien.”

«Hola, soy yo, el muerto del funeral del salón de al lado. Pero no se asuste, ya estamos liberados de nuestras preocupaciones y responsabilidades terrenales. Eso sí, averigüé, por el fallecido que estaba antes en la sala donde está ahora su cuerpo, que la vida del ente espiritual permanece por algunas horas más que su cuerpo inerte, luego se va extinguiendo hasta que se disipa. Después de eso no sé lo que pasará »

“Pero qué contrariedad. Yo todavía tengo un asunto importante que resolver, en mi casa.”

«Si usted quiere ir a su casa, puede hacerlo de inmediato, con solo desearlo estará allá. Pero, lo siento mucho. Tenemos que aceptar que ya no podemos influir en nada, no podemos comunicarnos con nadie, ni tocar o mover objetos. Sinceramente no creo que pueda resolver nada más.»

“Que finado más negativo. Bueno, ya estoy en la casa. Escondí esos papeles en un jarrón de barro, de esos guanacastecos de Guaitil. Está allá, en lo más alto de la biblioteca de mi oficina, al lado

de esos caballos de cerámica que sostienen los libros que ya nunca usaba.

Aquí no hay nadie. Solo quedó el gato. La verdad es que no nos queríamos mucho. El felino se asustó, arqueó la espalda hacia arriba y tiene los pelos erizados. ¿Será que detectó mi presencia? Ahora se sube al armario, parece que me huye. Voy a hacer el ademán de agarrarlo. Se escabulló, asustado saltó sobre la biblioteca. Ahí no tiene mucho espacio, está desesperado, buscando alejarse. En su intento, botó un caballo, algunos libros y el jarrón, que cayó y se quebró en el suelo. Dichosamente los documentos quedaron expuestos.

Regresaré ahora a la funeraria, para estar lo más que pueda cerca de mis seres queridos. Desgraciadamente, siento como que estoy perdiendo energía. Me está invadiendo un profundo sueño. Es como lo que sentía en el momento justo antes de quedarme dormido...”



Poesía

Fantasma en la garúa

Autora: María José Calatayud Ponce de León

La niebla se hace piel sobre el paisaje
y perfila los brotes
de inagotables verdes
que la humedad refleja;
el canto de las aves
armoniza, en sus notas infinitas,
la danza en la espesura
del vaivén de las hojas
cuando cimbran los árboles.

Esta tierra de color vestida,
claroscuro de luces que realza
el matiz de las flores
y senderos marcados por el rastro
de pies entretejidos con la noche,
hoy siente una tristeza sometida
a los pasos ajenos que recorren su patria,
como únicos dueños bajo el cielo
de los vientos y el sol.

Y muy dentro de ella
se encona el silbo que brota de su entraña
evocando la esencia
del espíritu indígena.

Desnudada esta tierra de su manto
cae infinita en surco desabrido
y no da el pan que piden sus retoños.

Es una siembra inútil
de ausencias sin regreso.

Lluvia que resuena en las altas cimas
que guardan chamanes
de arcaicos secretos,
donde el canto del ave es un glifo
cincelado en la roca,
que resiste el olvido entre la bruma.

Y el hijo de la tierra
camina entre un ayer y un hoy,
fantasma en la garúa
sin la firma de nadie.

Mano a mano
las sombras conocidas se entrelazan
y siguen su camino
enervados los pulsos,
por el surco perfecto de su tierra
hacia un horizonte
de círculos sin fin.



Poesía

Veinte años

Autor: Abel Antezana Palacios

Todavía estoy aquí,
Pero ya no soy el mismo.
Pronto arderán los sirios
En los árboles vitales
De otras lentas soledades.
Si supiera, si intuyera,
Por qué estoy aún aquí,
me daría cuenta de que
más allá del horizonte
se esconden las deshojadas
mañanas de mis quimeras
ahuyentando sordamente,
como a las dulces tángaras,
las vigiliadas obstinadas.

Todavía estoy aquí,
pero créeme, vida mía,
ya no soy el caminante
oteando faros boreales
tan taciturnos e irreales
como nuestras proyecciones
de hace más de veinte años.
Aquí, sin embargo, todo
Ha cambiado ferozmente;
Como las palabras grises,
Como las teorías densas
o como los laberintos
del amor y del desencuentro.
Pero brotan nuevos salmos,
sutiles remozados,

salimos luciendo alboradas,
entornos y galucas luces
de secretos escondidos
-un océano olvidado,
Algún nuevo itinerario;
No sé si alguna esperanza-...
No me importan estar aún aquí.
No me importa haberlo hecho
Por esta doble década;
lo cual hace que la brisa
nos traiga en su evocación
aquella rapsodia intensa
de ansiedades prolongadas:

Te fuiste como lágrima
rodando lenta del alma,
rodando... rodando trágica,
cuando algunas metáforas
pretendían crear mágicos
pensamientos cotidianos
para agarrar el más allá...
(No sabemos qué sabemos)
Te fuiste como una lágrima
rodando lenta del alma.
Por eso, sólo tú puedes
ver la cuestión emergida.
Una orgánica pregunta:
¿Ya empezó mi vida eterna?



Poesía

Debate de colosos

Autor: Leonardo Marín Mora

Doy vida a los huertos y maizales,
¡Sin mi todo se muere en el planeta!
Por eso me declaro
la más potente diosa de lo creado.

Y estimando que mi turno ha terminado
doy la palabra al viento vagabundo.

El viento suspiró, exhaló un poco de aire,
saludó respetuoso, e inició su turno en el debate:
tengo fama de andariego
porque lleno de caricias los jardines
y me robo el perfume de las rosas.

Algunos me acusan de atrevido,
porque soy un viajero hiperactivo,
y me enredo en los vestuarios de las damas.

Se declaró el rey de las potencias
y perfumando el escenario,
dió la palabra al mar:
saludó:
soy el mar:
espejo de los astros vanidosos,
donde la luna viene a maquillarse
y el sol viene a bañar su cabellera.

El universo me ha bombardeado con meteoros,
y el sol amenaza con secarme.

Soy refugio de amantes viajeros,
en mi entraña hay una tumba de secretos.

Mis olas se abrazan a los barcos,
al recordar las promesas,
que se han hecho los amantes en mis aguas.

No quiero violentarme, mi fuerza,
alcanzaría para inundar la tierra,
y destruir a la humanidad entera,
soy el más potente,
en el inmenso engranaje del planeta.

Encrespó sus olas, miró al sol,
y lo invitó a ocupar el escenario.

Mostrando su bronceado rostro,
regaló una sonrisa al horizonte,
y saludó amablemente al universo,
soy el sol,
príncipe del espacio, rey del orbe
no en vano ostento mi áurea como premio
a mi grandeza.

Mi luz y calor son un tesoro,
que doy a la tierra y sus especies.

Exijo respeto:
No más gases nocivos para el orbe,
podría freír la tierra y sus criaturas.

Hasta ahí el bronceado discurso:
Alguien hizo temblar el mundo y cerró de un
zarpazo el escenario.

El sol se quedó ciego
deslizándose por las paredes de las nubes,
buscando a través del horizonte
su dormitorio de costumbre.

Ardió en su propia fiebre,
dejó caer lágrimas de fuego,
reconoció que hay una mano inmensa,
superior a todas las criaturas.

¡Que palpitan al ritmo de la vida!
Entonces Dios sonrió
y al verlo arrepentido, le devolvió la vista,
sonriendo al universo,
y repartiendo sus abrazos a cada criatura del planeta.

El mar había grabado en sus cristales
la escena arrepentida,
sintió congelada su conciencia
que le acusaba de soberbio y prepotente,
en ese enfrentamiento de colosos.

¡En los campos había un lenguaje nuevo!
Las espigas hacían coro al viento.
¡El amor fue derramado!
La lluvia bendecía,
llenando de caricias los objetos.

El mar sintió amor en sus aguas,
¡El amor llegó hasta el océano!
Abrazándose a sus olas
y llenando de caricias
las criaturas.

Había fragmentos de cielo en cada espiga,
Cristo caminaba entre los surcos,
Dios se había emocionado.

Los bosques cantaron sus versos de savia,
el mar y la lluvia, canciones de nieve,
el viento poemas con aroma a rosas,
y el sol hacía versos y estrofas doradas
para declamarlos al creador.



Poesía

Contrapunto

Autora: Ana Patricia Urrutia Pérez

En el menguante de luna nueva
canto sin voz ni permiso
y trazo mudos pentagramas
con acordes callejeros
en los soles invernales.

Acoso a los ateos
con el llanto de mi risa
en cada sepelio farandulero,
mas también sorprendo
a los creyentes de pacotilla
horadando los compases
de sus propios laberintos.

Me asomo en el “tic” del tiempo
con farola y sin zapatos,
luego me descuelgo en cada “tac”
desde la aguja minutería
a ritmo de noctámbulo en vigilia;
nadie escapa al hechizo silente
de todas mis sonatas.

Esta paradoja que grito
es la melodía en ruta y sin camino,
el eco cromático del dolor gozoso
y el crujido de leyes incólumes
que se rompen al doblar la esquina.

Nadie comprende mi existencia,
mas soy el inquilino permanente
de todas las penumbras que anidan
en nuestra larga, larga sombra.



Poesía Infantil

Dino y el zancudo rescatista

Autor: Edgar Chavarría Solano

Un pequeño dinosaurio
perdido en un jardín,
sin brújula, sin mapas,
no sabía a dónde ir.

Buscó a la Cruz del Norte
mas no estaba por ahí.

Buscó a la Cruz del Sur
pero no la vio salir.

Extraviado entre las flores
rompió de pronto a llorar
lagrimitas de colores,
lagrimitas de cristal.

Vino entonces desde el cielo
un zancudo verde mar
con la insignia de la Cruz Roja
bien bordada en su gabán.

-Ya no llores, bueno mío,
le decía con amor;
-¿tienes hambre, tienes frío?
-No, señor zancudo,
sólo quiero regresar.

-Pues bien, Dino querido,
no hay tiempo que perder;
si obedeces lo que digo
a tu casa llegarás
en un solo santiamén.

-Diga pues, señor Zancudo,
estoy presto a obedecer.

-Date vuelta.

-¿Panza arriba?

-¡Nooooo... Qué cosas!

-Solo gira, gira,
sin cambiarte de lugar.

No fue fácil, mas sí pudo
poco a poco y con paciencia
darse vuelta ¡y qué sorpresa!:
justo ahí, en frente suyo,
vio su casa, su balón,
su tambor, su tobogán
y apoyada en la pared,
se reía a todo dar
Doña Dina, su mamá.

-Señor Zancudo, mil gracias-,
le quiso agradecer,
pero el zancudo rescatista
ya volaba a su cuartel.



Relato de experiencias

Vejez y sexualidad

Autor: Albam Brenes Chacón

Parece claro que existen muchos mitos acerca de la sexualidad en la vejez, y sospecho que bastantes de ellos han sido acuñados por personas que a pesar de no haber alcanzado esas etapas de la vida, por alguna razón se sienten con la prerrogativa de dar sus puntos de vista.

Algunas veces son personas que por su formación profesional han leído el tema en diferentes libros académicos; libros que a menudo son una simple compilación de los más personales o subjetivos criterios de sus autores. Otras veces son personas que han vivido o trabajado con adultos mayores, y por eso creen saber todo lo que se puede saber sobre el tema, sin pesar que en realidad sólo conocen una muestra de esa población. Y las más de las veces, me temo que son personas que al igual que muchos aficionados al fútbol, creen que por haber visto mucho partidos saben tanto o más que un entrenador, un árbitro un jugador.

No me parece que abunden las opiniones de adultos mayores propiamente dichos, quizás porque muchos podrían ser víctimas de los mismos prejuicios que hay en la población general. Por tanto, algunos quizás reaccionan con timidez: “no hay nada de especial en la sexualidad de los viejos; la de los jóvenes es la que realmente interesa” Otros con miedo a la crítica: “qué tal si tengo que hablar de mi propio grado de funcionamiento sexual” U otros cuidado su imagen: “alguien va a pensar que soy un perverso o un perversor”

Supongo que sentirse inhibido al hablar sobre este tema es razonable e incluso esperable. De hecho, confieso que me costó decidirme a escribir este texto, porque entre lo primero que se me

vino a la mente se encontraba una frase irónica que escuché hace muchos años: “envejecer es pasar de la pasión a la compasión”. Una frase que al principio me hizo gracia y que luego me impactó por el uso de la palabra “compasión”. Me resulta chocante la idea de que, por reducir su pasión e ímpetu juveniles, un adulto mayor se pudiera convertir en digno de compasión, sobre todo si intentara mostrarse muy apasionado. Incluso, después hasta llegué a pensar que la tal frase contenía una advertencia tácita: “si usted es adulta mayor y no quiere que lo compadezcan, evite hablar de la vida sexual propia o la de sus contemporáneos”

Hoy en día no dudo de que esa clase de chistes o ironías pueden resultar hostiles, y provocar el silencio en muchos adultos mayores, que tal vez piensen que “en boca cerrada no entra burla”. Tampoco dudo de que quienes hacen mofa sobre estos temas suelen ser personas jóvenes, que en ese momento ni siquiera piensan que su juventud es tan transitoria como lo fue la de esos viejos que hoy son blanco de sus burlas. Jóvenes cuyas burlas podrían ser muestras de humor negro; una especie de “me río por no llorar”. Jóvenes que al mofarse quizás están exteriorizando su propio temor al momento en que ellos presenten esos rasgos que ahora son partes de sus chistes: piel arrugada o demasiada estirada en ciertas partes, senos caídos, pen achicado, nalgas aplastadas, resequedad o reducción de ciertas secreciones lubricantes, lentitud o torpeza motriz, alteraciones de la memorias reciente, etc.

Lo anterior, además, puede explicar el origen de muchos mitos acerca de la sexualidad en la vejez. Me refiero a que el hecho de poner tanta atención a los rangos de envejecimiento como los citados, fácilmente lleva hacer una generación perceptual errónea: “si el cuerpo de una persona pierde su apariencia juvenil, y en algún momento también pierde la capacidad reproductiva, lo mismo debe estar sucediendo con su disfrute sexual”.

Por supuesto, se trata de una forma solapada de perpetuar la primitiva idea de que el deseo sexual es simplemente un instrumento de la naturaleza para mantener la reproducción de la especie: “Si ya no puede haber más reproducción, entonces ya no es necesario el deseo”

El problema es que una generalización así puede llevar a considerar a los adultos mayores como “asexuados”, entendiendo por tal que ya no tienen interés o deseo sexual. A considerarlos personas que ya ni siquiera tienen (o no deberían tener) pensamientos eróticos que puedan sugerir que están sexualmente activos. Personas que solo están para admirar el cuerpo de los jóvenes y añorar época en que el suyo también fue joven y atractivo para alguna persona igualmente joven. O sea, una generalización que incluye un montón de suposiciones discutibles, a partir de un cuestionable concepto de sexualidad.

La verdad es que muchos adultos mayores podrán contradecir suposiciones como las citadas y otras semejantes, a contrapelo de lo que piensen o digan personas que se ufanan de saber todo lo q hay que saber sobre la sexualidad en edades avanzadas. O quizás no las contradigan porque simplemente no les da la gana tratar de explicar cosas que sólo entenderían bien los miembros de su generación. Como, por ejemplo:

- Que el interés sexual o el erotismo en realidad acompañan a una persona durante toda su vida, y se mantienen vigentes en tanto esa persona tenga consciencia. (Hasta puede que persistan si se pierde las consciencias, pero obviamente es difícil saberlo)
- Que las manifestaciones de la sexualidad van cambiando a lo largo de la vida, con un ritmo e intensidad que es absolutamente personal y subjetivo. Todo ser humano, sin importar su edad, tiene un tiempo propio para iniciar, modificar o abandonar sus prácticas sexuales.
- Que a mejor calidad de vida sexual en la juventud, mayor calidad puede en la vejez, puesto que la persona habrá acumulado una gran diversidad de experiencias sexuales.
- Que la vida sexual en la vejes puede tener dimensiones físicas, emocionales o sociales, muchos más amplias que en la juventud. Por eso hay tantos adultos mayores que llegan a descubrir que el erotismo es una herramienta para explorar una multiplicidad de fuentes de disfrutes, y que el placer no es una respuesta corporal exclusiva del coito normal y corriente.

- Que la cantidad de experiencia sexual acumulada en la juventud puede ser un arma de dos filos. A algunos sólo les servirá para lamentarse por dejar de tener la vida sexual juvenil, mientras que a otros les permitirá apreciar que en esta de oro, el sexo se mide por la calidad y no por la cantidad, igual que ciertos alimentos preferidos u otros placeres entrañables.
- Que el erotismo en la tercera edad, gracias a la experiencia acumulada, podría adoptar un grado de refinamiento desconocido e incomprensible para muchas personas más jóvenes, que tal vez ni siquiera lo pueden identificar, como les podría suceder al ver una de aquella película de los inicios del cine, donde un simple beso en un ascensor robado atrevidamente, se convertía en algo erótico gracias a una muy bien entrenada imaginación del espectador.
- Que hay adultos mayores con una condición mental y espiritual quizás mejor que la física, que casi intuitivamente desarrollan formas adicionales de concebir una relación sexual mucho más apropiadas para su condición (al estilo del llamado “sexo tántrico”).
- Que un elemento muy importante en la sexualidad del adulto mayor poder compartirla de manera selectiva, con alguien realmente valioso en su vida. Por eso no es extraño que prefieran alguien de su generación, con quien pueda compartir muchas acciones de otros niveles de importancia, más allá de la edad o la apariencia de sus cuerpos.

Los postulados anteriores podrían ser aclarados y explicados en algún “tratado o manual de sexualidad en adultos mayores”. Si es que éste existiera. Un manual o tratado que pudiera ayudar en la lucha contra los tantos prejuicios que debe enfrentar un adulto mayor, incluyendo a veces los de sus propios contemporáneos. Prejuicios, por ejemplo.

- Si usted es un hombre mayor y le dice un cumplido a una muchacha joven, no es raro que lo califiquen de “viejo verde”. Si es mujer y dice un halago a un muchacho joven, quién quita que le digan “vieja robacunas” o algo peor. Y en ambos, puede

que comience a circular e rumor de que hay que alejarse de esos “ancianos pervertidos”.

- Si usted es un adulto mayor y forma pareja con alguien visible y notablemente menor, téngalo por seguro que el más joven busca aprovecharse de usted pensar en otro motivo es una perfecta ingenuidad que le puede salir muy cara. Recuerde que es mejor estar solo que mal acompañado.
- Si a su ciudad llega el Spencer Tunick, conocido por sus fotografías de desnudos totales públicos y multitudinarios en tantas ciudades del mundo, no se le ocurra ofrecerse a participar en ellas y ni siquiera comentar su idea con nadie. Tampoco se le ocurra ir a una playa nudista.

Hacerlo sería prueba de que es una persona exhibicionista o pornográfica, que pasa por alto que la desnudez en las personas mayores es inmoral y de mal gusto; tan desagradable como la de personas feas, o con defectos físicos. Más bien, trate de esconder cualquier desagradable señal de imperfección bajo tantas telas como sea posible, no por razones religiosas (como sucede con los burkas y otros velos islámicos) sino porque lo exige el decoro.

Todo los anteriores son ejemplos de diversos prejuicios que pueden haber surgido a partir del mito central de que la vida sexual se acaba cuando se llega a la tercera edad, mito que sorprendentemente aún sigue demasiado vigente en el imaginario popular.

Lo digo de esa manera porque no hay duda de que el mundo ha cambiado muchísimo en los últimos 100 años. Basta con pensar en los tantos cambios tecnológicos actuales, que a su vez han provocado cambios en casi todas las demás áreas de la vida. Por ejemplo, tecnológica ha permitido que la gente extienda su esperanza de vida, estudie más, se alimente mejor, se mantenga más saludable o mejore su apariencia física. Y como si fuera una cadena interminable, todo lo anterior también ha llevado a revisar los conceptos de amistad, familias o pareja, de maneras insospechadas e incluso no plenamente aceptadas por toda la gente de la comunidad donde uno vive.

No obstante, todavía los adultos mayores deben luchar contra muchos prejuicios en lo concerniente a su sexualidad, incluyendo aquellos en que se les ve como personas dignas de compasión. Y esto sucede a pesar de que en muchos de nuestros países occidentales ha ido aumentando la esperanza de vida, de manera que se defina como adultos a quien alcance los 65 años, y se sabe que aún le queda bastante tiempo por delante.

Difícil es saber cuándo se erradicarán esos prejuicios. Como bien lo dijo Albert Einstein: “Triste época la nuestra... Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio” Quizás pasen muchos años antes de que algunos de los “prejuiciados” revisen su propia concepción acerca de los adultos mayores. A lo mejor habrá que esperar a que ellos mismo envejezcan.

Por eso creo que la lucha por cambiar cientos prejuicios sobre la vejez es una meta previa y mucho más importante que la de extender indefinida e imprudentemente la duración de la vida; la de encontrar “el elixir de la inmortalidad” o algo que se la aproxime.

En lo personal, al igual que muchas otras personas, solo quiero vivir los años realmente necesarios. Entre otras razones, porque tengo muy algo claro que no me gustaría llegar a tener más de 100 años de edad, admirarme de que podemos ir de vacaciones al espacio exterior para conocer mundos nuevos, y lamentarme de que todavía viajamos cargando en nuestra “maletas mentales” el peso de esa ropa sucia que son nuestros prejuicios.



Relato de experiencias

Realidad, mitos y una leyenda

Autor: Rafael Ángel Abarca Jiménez

La gerontología es la ciencia de la salud que cuida del adulto mayor. Describe problemas reales como los originados por la próstata, poca eyaculación, reducción de los testículos y los achaques propios de una edad muy avanzada donde en forma natural se va perdiendo el deseo sexual.

Además de estas realidades existen muchos mitos acerca de la sexualidad en el adulto mayor. Por ejemplo, los hombres mayores no tienen erección o que no producen testosterona ni semen. Solo los hombres tienen deseo sexual y las mujeres no. El sexo es malo para la salud. Los hombres adultos son “viejos verdes” por desear tener sexo con jóvenes. No desean tener sexo con sus parejas de la misma edad. El adulto mayor no puede tener hijos y si los tiene es porque la mujer lo engañó. No falta el dicho popular que reza: “billetera mata galán” o sea, los adultos solo pagando pueden tener sexo. El peor de los mitos y el más falso de todos es que los adultos mayores pierden el romanticismo con la pareja que les ha acompañado toda su vida. Todo lo contrario, porque precisamente a la edad madura es cuando todos los errores son cosa del pasado y si lograron superarlos es señal de que el futuro es más prometedor.

Tengo 72 años y nunca he perdido el concepto del romanticismo. Muchos amigos y amigas aún mayores que yo, lo vivimos a plenitud. Cuando hablamos del tema llegamos a la conclusión de que el romanticismo es más placentero porque lejos de disminuir con los años, vivimos la pasión con más intensidad. No tenemos que vivir el sofocamiento y la tensión de pensar en los hijos pequeños ya que la familia ha crecido y se puede sostener sola.

En la condición de jubilados, tenemos todo el tiempo a nuestro favor para renovar cada instante ese amor con la pareja llenándola de besos, caricias íntimas, posiciones exóticas y mucho sexo. La comprensión entre las parejas es lo más importante y romper con aquellos mitos que los han esclavizado toda una vida.

Muchos de mis amigos tienen por pasatiempo ir a bailar solos o acompañados con su pareja hasta dos o tres veces por semana. Las parejas deben de ponerse de acuerdo para aventurarse a hacer cosas diferentes como ir de vez en cuando a cenar, ir a fiestas, tomarse unos tragos con los amigos de siempre y terminar en un motel sin importar los comentarios de los hijos o familiares. Nosotros los adultos nos preocupamos por las enfermedades venéreas y no estamos dispuestos a arriesgar nuestra salud por un rato de placer y esa es la gran diferencia de hacerlo con nuestra compañera de siempre.

Quiero enlazar este tema de la sexualidad con una leyenda que oí cuando yo era muy niño, hace más de cincuenta años.

Llegaba un hombre llamado Sirius que venía de Sur América a dar charlas de sexualidad a los adultos mayores. Tenía una barba blanca como una montaña de nieve que le tapaba todo su pecho. Siempre le acompañaba su bella esposa de trenzas largas y blancas.

Invitaba a los vecinos a comer y aprovechaba para educarlos un poco. Les contaba el modo de vida sexual de su pueblo natal que según él era digno de aprender. En esas reuniones exclusivas para adultos, los niños comíamos galletas polacas con agua dulce y nos mandaban a jugar mientras ellos le ponían atención con su inseparable trago de contrabando, cigarrillos y su naípe. Mientras los otros niños jugaban a las escondidas y me buscaban yo me escondía entre los adultos para oír a don Sirius con sus conversaciones prohibidas para mí. Un día contó una leyenda que jamás podré olvidar. Hablaba sobre un pueblo ubicado en la cima de una montaña a 3.500 metros de altura, conocido como “La Catedral del Cielo”. Tenía solo 611 habitantes, eran hacendosos, buenos, inocentes y no conocían la malicia. Allí vivía un anciano viudo llamado Florencio de 72 años. El pintaba mándalas, escribía poemas, tocaba guitarra y le hacía honor

a su nombre porque también cultivaba flores. Cada día de su vida en los últimos 20 años recordaba a su amada esposa con amor y pasión. En las madrugadas soñaba con ella, la abrazaba, besaba, acariciaba su suave y esbelto cuerpo. Al despertar se acariciaba a sí mismo y comenzaba cada día su rutina yendo al campo a sembrar sus flores para venderlas en el mercado y se guardaba el mejor ramo para llevarlo a la tumba de su amada.

En las noches de luna llena se alejaba de su parcela, se dirigía montaña arriba al ojo de agua donde nace el Gran Río y se bañaba desnudo pensando en su difunta mujer. Con su guitarra, poesías, suspiros y lágrimas de pasión mortal le pedía al Cielo que le mandara la muerte para estar junto a ella.

En el valle a unos 55 kilómetros abajo, había otro pueblo llamado “Betel” de 334 habitantes. Era gente indígena que vivían muy felices y eran aún más inocentes que sus vecinos de arriba. Eran tan naturales que en tiempos de calor se bañaban desnudos en las pozas de los ríos. Divertidos se pintaban sus cuerpos de colores con el polvo de las piedras del río, de plantas de los manglares y de achiote. En invierno los hombres apenas cubrían sus genitales con taparrabos que ellos mismos fabricaban con mecate de cabuya y gangoche. Se dedicaban a los cultivos y la cacería, mientras las mujeres tejían hermosos vestidos multicolores. Cuando se acercaba alguno del pueblo “La Catedral del Cielo” se escondían, porque tenían la creencia de que, si se les veía a los ojos, ellos le atrapaban su alma.

El pueblo de Betel, tenía en profundo del bosque una princesa virgen llamada Flor Ninfa. Los sacerdotes de la tribu la invocaban para curar algún enfermo o para pedirle que les levantara el ánimo sexual. Ella les enseñó el secreto y el poder que tienen las plantas para vigorizar y fortalecer la sexualidad. Comenzó explicándoles que las plantas de anchua, moras amarillas y el matasano hacían que la erección fuera más consistente. El aguacate con cebolla, especial para que las mujeres lubriquen y tengan orgasmos energéticos y placer sin tiempo. La cáscara de la sandía servía para levantar el sexo de un adulto como si fuera un joven de 20 años. La jalea real de la avispa “quita calzón”, mariscos frescos, miel de abeja, larvas de hormigas, frijol de soya, el polen de la floresta, ancas de rana,

ceviche, vino de coyol, vino de uvas, chicha, chinchibí y un trago de aguardiente todos los días.

De la enigmática Flor Ninfa nadie sabía nada. Algunos decían que era más vieja que cualquiera de los ancianos, pero tenía cuerpo de joven. Otros aseguraban haberla visto en las noches cabalgando desnuda rumbo a las cataratas que había en lo más profundo del bosque donde estaba vedado para los demás mortales. Se creía que en esas aguas adquiriría la belleza y su inmortalidad.

Flor Ninfa no era feliz. Los mismos espíritus que ella invocaba para curar a sus hermanos, le habían dicho en sueños que estaba enferma de amores, enferma del corazón y se curaría cuando conociera al amor de su vida. El amor, la pasión y el sexo duele y la cura de su mal vendría de La Catedral del Cielo.

Una noche de setiembre, en el Cosmos se alinearon los planetas y la luna llena estaba más grande, más hermosa y bella que nunca.

Florencio contempló la luna y se enamoró. Olvidó sus tristezas y por primera vez desapareció la imagen de su mujer. Ésta vez no lloró. Le bañó su rostro una brisa suave con olor a tierra mojada pidiendo la siembra de cultivo nuevo. Corrió desesperado río abajo, una gran fuerza le impulsaba a hacerlo. Corrió por muchas horas, por veredas agrestes, por senderos largos y tortuosos. Cayó extenuado en un playón de la ribera del río, en un lugar en donde nadie había llegado jamás. Sintió que la luna lo había escuchado y se sentó a esperar la fuerza de su destino.

En Betel, la princesa virgen se bañaba en su catarata preferida. Vio hacia el cielo y observó las estrellas alineadas y la luna enrojecida llena de amores. Su cuerpo se estremeció. Una energía salió de ella y un deseo entró a su cuerpo. De repente observó por primera vez su cuerpo desnudo. Nunca había reparado en su propia belleza. Se descubrió a sí misma. Se sintió diferente, feliz, natural. Caminó lentamente y vio su imagen reflejada en las aguas tranquilas. Trató inocente de recoger su propia imagen del agua escapándose entre sus dedos. Esperó que las aguas se aquietaran. Viéndose de nuevo inspirada, tocó sus labios, sus ojos, su cara, sus pechos. Deslizó

suave sus dedos por su ombligo y acarició todo su cuerpo. Perdió la inocencia.

Como una gata en celo, subió en forma vertical la catarata para alcanzar la luna. Superó las rocas, ramas, árboles y todos los obstáculos. Corrió río arriba muchos kilómetros. La luna también corría a la par de ella. La princesa vestida de polvo de estrellas, plantas del manglar y de achiote, llegó hasta un playón de la ribera del río y allí estaba él esperándola.

En mis pensamientos convulsos me imaginaba que Florencio era el mismísimo don Sirius y que su mujer de trenzas largas era la princesa Flor Ninfa la mujer que cabalgaba desnuda. Esculqué su cuerpo, mis ojos se encontraron con los de ella. A hurtadillas ella me miró y me guiñó un ojo. Entré en pánico al imaginarme que adivinaba mis pensamientos morbosos y que me iba a robar mi alma. Mi madre al verme temblando y sentir la fuerza con que agarré sus piernas me dijo:

-No te escodas pareces un indio-



Relato de experiencias

Mitos sobre la sexualidad en la vejez

Autora: Marta María Hernández Mendoza

Desde mi experiencia de vida como persona adulta mayor, me cabe señalar las siguientes consideraciones:

El tema de la sexualidad en nuestro medio siempre ha sido visto como un tema tabú y como tal se le ha restado la importancia debida.

La sexualidad es inherente al ser humano formando parte de nuestras funciones vitales, se nace y se muere con ello, igualmente es personal por lo tanto no se debe de generalizar.

Vemos como en el imaginario colectivo de nuestra sociedad, se ha culturizado la actividad sexual con la juventud, con la belleza, con lo perfecto.

Resulta excluyente. Cualquier persona que no encaje en este patrón estaría condenada a privarse y en especial la población adulta mayor, no es así en la realidad. Los adultos mayores igualmente disfrutamos de la actividad sexual, la cual se enriquece con la confianza, con el amor, con la convivencia.

Se toma como señal de aviso los cambios que se van dando física y psicológicamente, como factor de finalización de la vida sexual en la población adulta mayor.

No es cierto. La actividad sexual se mantiene a lo largo de la vida pueden darse cambios en el disfrute y prolongación mediante los estímulos.

Falta educación al respecto que ayude a conocer este y todos los procesos que se van presentando con la edad.

El deterioro de la salud en la vejez, “vejez igual enfermedad” es visto como motivo de atención ya que incide negativamente en su libido.

Nada más equivocado, no todos y todas envejecemos igual, según las últimas investigaciones científicas que se han dado a conocer afirman que el cuerpo humano tiene diferentes edades en cada uno de sus órganos y esto hace que no envejecamos de la misma forma.

Es importante consultar con el médico cuando se presenta este tipo de cosas, quien además de las recomendaciones pertinentes también estaría aconsejando a mantener una actividad sexual normal, ayudando así con el ánimo e incrementando una mejora en los estados depresivos y logrando levantar la autoestima que se llega a perder en estos casos.

En lo personal mi esposo vivió la experiencia de un infarto, como parte de su recuperación una vez en nuestra casa, el médico nos recomendó continuar normalmente nuestras relaciones íntimas ayudándonos como pareja y colaborando en su bienestar.

Nuestra sociedad ha asexuado a las personas adultas mayores, encasillándolas en el rol de abuelos únicamente.

No es así. Como abuelos disfrutamos a nuestros nietos, eso no implica que haya cesado el disfrute de la actividad sexual.

Recuerdo a una pareja amiga, ella de 80 y él de 83 años , ambos viudos se habían conocido en la juventud pero formaron sus hogares con diferentes parejas y al encontrarse nuevamente en esta etapa de sus vidas, decidieron tener una corta relación de noviazgo de pocas semanas, hicieron legalmente la separación de bienes , para proteger de esta manera el legado de sus hijos y nietos

familias en donde todos son adultos , pero no terminaban de ver con buenos ojos las decisiones que habían tomado sus padres , no obstante esta situación ellos siguieron adelante , se les vio muy enamorados, se casaron y se fueron en viaje de novios a Panamá y cuando regresaron nuestro grupo de amigas les recibimos con un café y por supuesto que en un aparte, le preguntamos a nuestra amiga que venía pletórica de felicidad, que como había estado ese viaje de novios a lo que ella respondió, ¡de maravilla!, “ funcionó de lo más bien”. Vivieron un corto tiempo juntos muy felices, hasta que él tuvo que se hospitalizarse para que le colocaran un marcapasos, situación que fue aprovechada por los hijos de él, para llevarlo a la casa de una de las hijas, con esto lograron separarlos, causándoles un gran sufrimiento a la pareja y así pasó el tiempo hasta que él murió lejos de ella.

Otra de mis amigas viuda a sus 78 años, se encontró de nuevo con el que fue su primer novio también en esos momentos viudo, ambos sin hijos comienzan una relación de noviazgo muy intensa, decidieron hacer vida juntos, en una casa que no es ni la de ella ni la de él, vivieron muy contentos y a los 2 años decidieron contraer matrimonio. Ya tienen 3 años de casados, han viajado y siguen muy felices.

En estos relatos de la vida real en donde se puede apreciar en el segundo, el alcance que llegan a tener los mitos, atentando contra la dignidad y el respeto de la persona adulta mayor en este caso sus padres.

Nuestro mundo envejece es urgente hacer conciencia social, comprometerse a adquirir el conocimiento que nos ayude a avanzar, los profesionales de la salud tienen el desafío de investigar este tema para ir derribando mitos y así poder brindar ayuda a la población adulta mayor. De igual forma empoderar al adulto mayor para que fortalezca todo lo que tenga que ver en la toma de sus decisiones y poner sobre el tapete este tema que nos atañe a todas y todos.



Cuento Extranjero

La ventana verde

Autora: Brenda Gladys Alzamendi Martínez

El teléfono sonó con insistencia, era muy temprano. Sentí los pasos de papá ligeros rumbo al comedor.

Luego atropellando todo a su paso, entró al dormitorio donde mamá también descansaba.

Escuché los murmullos de la conversación, pero no sé qué decían, mamá se levantó rápidamente. Sentí que no eran buenas noticias.

Papá entró a mi cuarto, sus ojos tenían una inmensa pena, se esforzaba por no llorar.

-Susi -me dijo bajito- falleció tu abuela, la encontró la enfermera ésta mañana en su cama.

-Dirás en esa cama, solo papá, en ese maldito lugar que me alejó de ella, nunca le perdonaré a mamá que no pudiera cuidarla ¡Pretextos!, ella no daba trabajo,

-Además - digo yo- si ella crio cinco hijos, ¿Nadie pudo cuidarla?, ella era solo una. Lloré días enteros cuando se la llevaron, quedé tan sola como el cuarto que compartíamos, junto a “Perla” la gata blanca

La abuela, le había hecho a Perla una hermosa cama de mimbre barnizado y como tejía crochet, la había adornado con pequeñas flores y cintas en punto cadena, de todos colores

Su cama y la mía estaban una al lado de la otra y en el medio una gran ventana que queríamos pintar de verde, aún en contra de la férrea negativa de mamá. ¡La pintamos!, fue mi padre que intervino para que pudiéramos hacerlo.

¡Déjalas Berta!- le dijo- mamá recién perdió a mi padre no pelees...

Y así la pintamos de un verde tan chillón que no pegaba con nada, pero en verano ¡Ahh! las cortinas blancas, festoneadas, se batían a duelo con el viento que venía del mar, pero el marco del color de las algas marinas, que me mandaba recoger para hacerme buñuelos, nunca les dejaba ganar.

Una enorme mecedora, siempre estaba frente a ella cargada de hilos de seda de mil colores, y Perla por supuesto ronroneando en su lugar preferido.

Me parece ver a la abuela levantarla como a un enorme copo de algodón y subirla a su falda para no desalojarla.

En el suelo, la caja con mis muñecas, que vestíamos ricamente como princesas.

¿Cómo es posible ser más feliz?, ¿Cómo es posible que mamá no entendiera que yo la amaba tanto?

Todo comenzó cuando murió mi abuelo, ella lloraba mucho y yo me iba a su cuarto me metía en su cama, entonces ella detenía su llanto y me contaba historias que a veces no entendía. Pero era tan hermosa su voz, que nos dormíamos tomadas de la mano.

Mamá se oponía en cualquier oportunidad ¡Qué no es lógico! ¡Qué no era saludable! y yo que sé cuántas pavadadas más, al final aceptó traer mi cama a su cuarto y ahí comencé a recorrer todos los caminos de aprendizaje a la felicidad. Fui creciendo, entonces necesité otras cosas, mi escritorio, una biblioteca, nada más cabía en su dormitorio y ahí acabo todo.

Me expulsaron del cuarto de mi abuela, nos quedamos las dos solas en la misma casa, ella dejó de tejer, la gata andaba todo el día por ahí vagando ya ni gustaba dormir en su cunita de mimbre.

Mi abuela, siempre estaba sentada frente a la ventana verde, mirando el mar. Cuantos caminos abra surcado el tajamar de su barco, mientras esperaba el momento que iba camino de ida y vuelta a la escuela, para saludarme con su pequeña mano. Y fue quedando sola ya no quería comer, ni salir a caminar...

Papá siempre se ocupaba de ella -mamá tenés que... esto, aquello- Ella nunca decía nada, hasta que un día mamá enfrentó a papá y le dijo.

¡Tu mamá está enferma!, ya no puedo hacerme cargo. Y se la llevaron...

Ese día llegué a la casa, me extrañó que ella no estuviese en la ventana, entré corriendo y de un solo toque conocí el vacío, el espacio lleno de soledad que me dejó su partida, a esa otra casa.

Ahí me di cuenta de las soledades de los abuelos, lo poco que compartimos, luego que dejan la casa. Parece que nadie tiene mucho tiempo.

Ella me llenó el alma de cosas tan bellas, me quedaron sus ovillos de seda de mil colores, Perla y toda la sabiduría de los tiempos.

No quise despedirme, no pude, papá sabía lo que había perdido, solo me abrazo. Cuando se acercó mamá me miró, la miré retadora -y le dije- ¡Mamá! cuando seas anciana como la abuela y tus nietos te amen como yo a ella, entonces comprenderás que tu egoísmo no tenía razón de ser.

-Yo te amo- Por el gesto que hizo, creo que ahí comprendió, que ella también sería abuela algún día y que yo le había mostrado el camino.

Creo que entonces, solo estaba un poco celosa ¡Que tonta!

Recuerdo que ese día me senté frente a la ventana verde con Perla en mi falda, para verla partir y decirle adiós con la mano, como ella solía hacerlo conmigo, cuando iba camino a la escuela. Me quedé un rato sentada

Cuando iba a cerrar las cortinas vi que una araña comenzaba a tejer en la ventana una hermosa e intrincada telaraña como los caminos de la vida, “buena aprendiz”, le dije. Y abrí la ventana verde chillón de par en par, para que hoy el viento que venía del mar, no se batiera a duelo con las cortinas, y le perfumara el camino.



Cuento Extranjero

El aniversario

Autor: Manuel Guillermo Carvajal Díaz

Todo debía estar perfecto en la celebración del aniversario, por lo cual Lucía se levantó más temprano de lo habitual con el propósito de ir al mercado a comprar los tulipanes, las rosas blancas y los claveles rojos para los arreglos florales.

De regreso a casa compró el vino espumoso favorito de Aurelio y lo puso a enfriar tan pronto como llegó. Después de arreglar los floreros, se dedicó a limpiar la casa y preparar la vajilla que utilizaría en la noche. Dispuso la mesa con un mantel de lino que tenía guardado desde hacía mucho tiempo especialmente para esa ocasión y con gran cuidado colocó los cubiertos de plata, las servilletas bordadas a mano y las copas de cristal de murano.

Pasado el medio día empezó a cocinar y cuando todo estaba a punto, se sentó en la sala a seleccionar cada uno de los discos que escucharían durante la cena. Lucía siempre cuidaba hasta los más mínimos detalles cuando hacía cualquier tipo de celebración, pero ésta era particularmente más importante porque se trataba de las bodas de oro de matrimonio.

Cumplía cincuenta años de casada con Aurelio y se sentía muy feliz de poderlos celebrar como a ella le gustaba. Aurelio conociendo la minuciosidad de su esposa, prefirió salir temprano de la casa, para dejarla en libertad para que hiciera todos los preparativos y regresó entrada la noche, un poco antes de la hora de la cena.

Fue una celebración íntima pues sus cuatro hijos, desde hacía mucho tiempo habían hecho sus vidas aparte, tenían sus propios

hogares y aunque los querían mucho, con seguridad no recordaron la fecha pues ni siquiera los llamaron por teléfono.

Disfrutaron la celebración como si fueran novios, ya que a pesar de sus cincuenta años de matrimonio mantenían una relación que era motivo de envidia para muchas parejas bastante más jóvenes que no habían descubierto el secreto para mantener la felicidad.

Se amaban como dos adolescentes y cuando los jóvenes les preguntaban cuál era el secreto para que hubieran podido conservar una relación tan prolongada y feliz, no podían dar una respuesta concisa, no porque no quisieran compartir su secreto con otros, sino porque en realidad no lo sabían. Siempre argumentaban algo como, es el amor, el respeto, la confianza, la inteligencia o el diálogo, pero en realidad no tenían una fórmula mágica que otros pudieran aplicar, ya que se trataba de un coctel de todos esos factores y muchos otros más. Era como un premio maravilloso con el que la vida los había favorecido y que aprendieron a disfrutarlo pero que no sabían cómo enseñar a otros para que lo hicieran también.

No se trataba de que nunca hubieran tenido problemas, pues como cualquier pareja normal los tuvieron, pero siempre los pudieron resolver con sabiduría para sacar provecho de ellos y nunca sobredimensionaron un conflicto.

Cuando acabaron de disfrutar el postre, tomaron sus copas de vino y se fueron a sentar más cómodamente en la sala, bajaron un poco la intensidad de la luz y Aurelio prendió tres gruesos maderos que había en la chimenea. Se tomaron de la mano y se quedaron por largo rato en silencio, escuchando las selecciones de música de su época, que Lucía había dispuesto desde temprano. Estaban un poco absortos observando los hipnotizantes y caprichosos movimientos de las llamas, al compás de melodías que tenían un sentido especial para ellos y con cada una de las cuales hacían una regresión instantánea a algún evento que en el pasado había sido especial.

Después que terminó de sonar el último disco, se mantuvieron por unos instantes más sin decir palabra y en el silencio reinante se

amplificaron los sonidos que producía el vivaz fuego en la chimenea, matizados por una que otra chispa que chirreaba al saltar hacia el exterior, como queriendo escapar despavorida de aquel pequeño infierno, cuando Aurelio le dijo a Lucía sin dejar de mirar el fuego y apurando el último sorbo de vino que le quedaba en la copa: «Te has puesto a pensar alguna vez en cómo será tu vida, después de que yo muera?». La pregunta le cayó a Lucía como un balde de agua helada. Se mantuvo en silencio por un rato más, reponiéndose del impacto de la pregunta y tratando de reflexionar en algo en lo que no había pensado jamás en sus cincuenta años de matrimonio y ésta fue la respuesta que le dio a su marido: que nunca antes se le había ocurrido pensar en esa posibilidad y que se le hacía muy difícil hacerlo en ese momento.

Aurelio la escuchó con atención sin dejar de mirar las figuras asimétricas que formaban las llamas, dando la impresión de que se tratara de algo vivo provisto de movimiento y haciendo un leve asentimiento con la cabeza le respondió que tenía razón, que era un tema muy difícil de tratar pero que ellos ya estaban viejos y que cada día que pasaba, los acercaba más a ese inevitable momento y agregó que aunque resultara doloroso pensar en ello, era necesario.

Lucía no tuvo más alternativa que darle la razón a Aurelio y cuando la parte intelectual de ella racionalizó esa verdad que acababa de expresar Aurelio, le subió un escalofrío helado a lo largo de la espalda y por primera vez en su vida sintió miedo a la soledad. Sin embargo una idea apareció en su mente, como una opción para refutar a Aurelio, aunque en realidad era una forma de darle la vuelta al miedo y sin vacilar le pregunto: «Y si me muero yo primero?» Entonces Aurelio entendió lo que debía haber sentido su esposa minutos antes cuando le hizo la pregunta, al sentir el mismo frío recorriéndole cada una de sus vértebras, pues cuando se le ocurrió hacerle la pregunta, fue movido por el temor de lo que podría ser la vida de su esposa después de que él muriera, pero ni remotamente se le había ocurrido pensar que ella podía fallecer antes y que entonces el drama seria al contrario.

Se apretaron con fuerza las manos y reconocieron que ninguno de los dos estaba preparado para asumir la vida sin la compañía del

otro, no solo por el amor que se tenían, sino por la enorme fuerza de la costumbre que se había arraigado en ellos como raíces de hiedra en cincuenta años.

Aurelio movió un poco los leños de la chimenea, pues el fuego menguaba y mientras lo hacía le dijo a Lucía que en el caso de que él muriera primero, no le inspiraban ninguna confianza sus hijos para que continuaran velando por ella, pues todos tenían sus vidas resueltas y eran demasiado independientes para pensar que alguno de ellos estaría dispuesto a hacerse cargo de ella. Lucía dejó salir un lento suspiro mientras Aurelio regresaba a su lado y con un poco de resignación aceptó que su esposo tenía razón.

Pese a que su situación económica estaba asegurada y no tenían ninguna preocupación porque a cualquiera de los dos que sobreviviera al otro, no le faltarían los recursos para seguir viviendo, lo que les preocupaba era la atención, el cariño y los cuidados que requiere una persona vieja y sola.

La noche siguió avanzando y el frío aumentó un poco lo que los obligó a estrecharse más y a que Lucía tendiera sobre las piernas de los dos una manta tejida a mano que tenía doblada sobre el sillón, mientras Aurelio volvía a llenar las copas de vino.

Poco a poco siguieron sincerándose sobre sus recíprocos miedos, frente a la eventual ausencia del otro y quedó claro que ninguno de los dos tenía temor a su propia muerte, sino al dolor y la soledad del sobreviviente. Era una de las manifestaciones más elevadas de amor que podían expresarse dos personas, al resistirse frente a la idea de la propia muerte, no por temor a morir sino por la preocupación por el otro.

En algún punto de la conversación, les quedó claro que sus hijos no dudarían ante la pérdida de uno de los dos, en someter al otro a la ignominia de internarlo en un asilo para ancianos, para que también esperara su muerte y en ese punto se apretaron de nuevo las manos y se miraron a los ojos que en pocos instantes se hincharon de lágrimas, pues los dos coincidían en pensar que ese tipo de vida

para esperar la muerte era denigrante y ninguno de los dos quería que el otro pasara por esa degradación.

Entonces empezaron a hacer especulaciones de en qué forma podrían evitar aquello, ahora que todavía estaban juntos, pero no encontraron ninguna respuesta que pudiera funcionar cuando uno de los dos se quedara solo.

De pronto Aurelio, después de una pausa, miró fijamente a Lucía y le dijo que, si había una opción para evitarlo, pero luego guardó silencio y Lucía lo observó con ternura y esbozó una leve sonrisa de complicidad ya que en tantos años de convivencia habían aprendido a entenderse con medias palabras, frases inconclusas e incluso con una mirada, como si se leyeran el pensamiento.

La madrugada estaba muy avanzada y muy pronto amanecería y Aurelio levantó con una mano la botella de vino vacía mientras le decía a su esposa que hacía muchos años que no pasaban juntos una velada hasta esa hora y en la que se terminaran el vino y hablando muy pausadamente, como si se tratara de un código especial, le propuso que salieran a comprar otra botella.

Lucía entendió perfectamente el mensaje y estuvo de acuerdo y en pocos minutos se pusieron ropa abrigada como para salir y se dirigieron al garaje.

Aurelio le abrió la puerta del pasajero a Lucía como era su costumbre y con agilidad rodeó el auto para subirse al lado del conductor. De inmediato puso en marcha el motor para que se calentara y sintonizó el radio en una emisora que frecuentemente escuchaban porque programaba música de su época.

Mientras esperaban abrieron las ventanas del auto y allí los sorprendió, tomados de la mano escuchando su música favorita, el primer rayo de luz de la mañana que entró por un pequeño cristal de la puerta del garaje, que nunca se abrió.



Cuento Extranjero

El té de las cinco

Autora: Nidia Mabel Beltramo Iglesias

Mi infancia transcurrió en un vecindario de clase media de Buenos Aires, un gigantesco conjunto urbano en donde los barrios se sucedían sin solución de continuidad. Predominaban los inmigrantes españoles y sus descendientes, a los cuáles llamábamos cariñosamente “gallegos” sin importar si en realidad lo eran, y en menor proporción, los italianos o “tanos”. En mi barrio había una excepción: Doris, la vecina inglesa. Con cabello rubio y ojos azules encarnaba el estereotipo de la dama anglosajona a la perfección. No era necesario oírla hablar para saber que era distinta, ya que sus cardigans con botones de perlas y bufandas escocesas lo anunciaban con la misma claridad que un cartel luminoso.

Doris estaba casada con Renzo, un italiano buenazo que había llegado a la Argentina siendo niño junto con sus padres y seis hermanos. En los cumpleaños se reunían todos, un verdadero familión, y comían y conversaban ruidosamente durante horas. A los postres, los hermanos se turnaban para cantar fragmentos de óperas y canzonettas italianas, mientras los niños acompañaban el ritmo batiendo palmas y los mayores alzaban las copas de limoncello en señal de aprobación. Era un anota alegre en la rutina de un barrio por cuyas ventanas entreabiertas sólo escapaban melodías de tango y alguna que otra muñeira.

Doris y Renzo tenían un único hijo: Billy. Era un joven alto, tan bien parecido y malcriado por sus padres. Recuerdo cuando se encaprichó con aprender a bucear –en Buenos Aires, ciudad sin océano-, y consumió una pequeña fortuna en clases y equipo que nunca estrenó. También recuerdo aquella motocicleta roja en el jardín, expuesta para que todos la viéramos, y al poco tiempo, un

coche deportivo. Alguna vez dudé de que fuera su hijo biológico, ya que era tan alto como un jugador de básquetbol, y también porque Doris y Renzo parecían sesentones y Billy era poco más que un adolescente. Lo certero era que sus vidas giraban en torno a ese hijo antojadizo que paraba poco en casa.

Mi relación con Doris se profundizó cuando mi papá estuvo ausente por viaje de trabajo, y mamá salía los jueves a la tarde para hacer diligencias. Como no podía llevarme con ella, me dejaba con Doris para que practicara inglés con una inglesa genuina. La generación de mis padres, descendientes de inmigrantes que habían llegado a la Argentina buscando un futuro mejor, soñaba con que sus hijos triunfasen en la vida, y creían que aprender inglés era indispensable para lograrlo.

Doris preparaba el té de las cinco de la tarde, el tradicional five o'clock tea. Era una ceremonia que llevaba a cabo con detenimiento. Comenzaba poniendo la cantidad exacta de hebras de té en la tetera de porcelana. Luego agregaba agua recién hervida y cubría la tetera con una gorra de lana que había tejido con aguja de crochet, para que se mantuviese caliente. Esta gorra tenía dos ranuras opuestas: una era para que asomase el pico de la tetera y otra para el asa. Cuando el té había reposado alcanzando su punto ideal, añadía leche en las tazas y por último vertía el té a través de un colador de metal. A mí me parecía que la leche debía agregarse después del té y no antes, aunque nunca me atreví a decírselo, pues ella era una auténtica inglesa, lo que la convertía en experta en la materia. Al té lo acompañaban scones dulces, y cuando éstos faltaban, comíamos tostadas de pan blanco con mantequilla y mermelada de frutas.

La solemnidad de la preparación del té predisponía a una cierta pompa. Doris insistía en que era necesario seguir las tradiciones al pie de la letra y que debíamos comportarnos en todo momento como si en la mesa estuviese la reina de Inglaterra como invitada. La postura corporal era importante: la espalda derecha, las manos sobre la mesa, los codos pegados al cuerpo; comer y beber sin hacer ruido y con la boca cerrada, utilizar la servilleta con frecuencia, no jugar con la comida, no ensuciar el mantel. Antes de sentarnos a la mesa, Doris frenaba el sol de la tarde cubriendo las ventanas con

gruesas cortinas estampadas con motivos florales, y una lámpara colgante sobre el centro de la mesa quebraba esa penumbra intencional, confirmando el protagonismo de la ceremonia del té. El tiempo libre que quedaba entre el té y la llegada de mamá lo ocupábamos jugando a las damas chinas, donde las fichas eran bolitas de cristal y el tablero de metal esmaltado tenía pequeños agujeros para que éstas se apoyasen. Se lo había enviado como regalo su hermano que vivía en Canadá, donde era un juego de mesa muy popular. Yo esperaba las tardes del jueves con ilusión, para entrar en un mundo muy distinto al mío, con mi amiga inglesa y su rito del té de las cinco.

A pesar de los esfuerzos de mi madre para mantener el secreto, me enteré de que mi papá no estaba de viaje por trabajo, sino preso. Y que las diligencias de los jueves eran visitas a la cárcel. Cuando el jueves siguiente fui a casa de Doris, su mirada delató que ella sabía que yo sabía. Intentó hacerme hablar, pero yo estaba enojada, empacada como una mula. Doris sirvió el té como siempre. En un raro momento de intimidad me dijo que, a pesar de que ella hacía cada vez lo mismo de la mejor manera, el té no siempre salía igual; algunas veces estaba flojo, otras muy fuerte, pero igual había que disfrutarlo. Y que la vida se parecía al té: no era todo perfecto, pero debíamos seguir adelante poniendo buena cara, apreciando lo que se tenía. Nunca nadie me había hablado así.

Al terminar el año escolar, mamá y yo fuimos a vivir a la casa de mis tíos y recién regresamos al barrio cuando papá volvió de su “viaje”. Para ese entonces Renzo había muerto y Doris y Billy tenían la casa en venta. Ella dijo que quería una vivienda más pequeña ahora que Renzo no estaba, pero lo más probable era que la pensión no alcanzara para mantener el mismo estilo de vida de su hijo de alto consumo. Se mudaron a una casita con jardín a varios kilómetros de distancia. El golpe más duro, del cual no pudo recuperarse, lo recibió cuando Billy perdió la vida en la estación de trenes; lo mataron por robarle el reloj de oro. Todos sabíamos que no era aconsejable llevar joyas vistosas a altas horas de la noche, pero Billy no tenía cabeza y su ostentación le costó la vida. Yo no pude ir al entierro, porque era época de exámenes y estaba parando en la casa de mis tíos que quedaba cerca del instituto de idiomas. Mamá la visitó en contadas

ocasiones, pues no había transporte público y tomar un taxi era un lujo que no podíamos permitirnos con frecuencia. Poco tiempo después Doris murió, o se dejó morir. Los sobrinos, a quienes nunca conoció, vinieron desde Canadá a vaciar la casa y ponerla en venta. Mamá los ayudó en lo que pudo, y antes de irse nos regalaron varias cajas con vajilla, ropa y enseres domésticos que ellos no podían ni querían llevar. Entre otras cosas, en una caja de madera encontré las damas chinas, el colador de metal, la tetera y media docena de gorras para teteras.

Ha transcurrido mucho tiempo desde aquellos jueves con Doris. La caja de madera durmió por años en el estante más alto del armario, acompañada de fotos de mi infancia, juguetes que sobrevivieron a mi curiosidad destructiva y otros objetos que, cuando yo muera, alguien arrojará a la basura sin dudarlo. Y todo hubiese seguido igual, juntando polvo en el olvido por los años de los años, si no fuese por lo que ocurrió el verano pasado.

Era tarde y escuché ruidos provenientes de la casa vecina, donde vivía una pareja joven con una niña. Bajé el volumen de la televisión para oír mejor, y pude identificar gritos y el sonido de objetos impactando contra la pared. Fui hasta su puerta y toqué el timbre. Abrió Anita, de cinco años, con su vestido sucio y sin calzado. Dijo que mamá y papá estaban peleando. Entré en la casa dando voces y vi que el hombre tenía a su esposa inmovilizada sujetándola por el cuello, mientras que con la otra mano apretaba su brazo derecho y la sacudía, golpeando su espalda contra la pared de la cocina.

A mi edad y sin familia, ya no tengo miedo ni nada que perder. Sin pensarlo me interpuse entre ambos, logrando que él trasladara su furia a mi persona mientras la mujer escapaba. Nunca olvidaré la expresión de su mirada; estaba desposeída de toda humanidad. Si creyese en la existencia del demonio, podría decir que lo miré a los ojos. De pronto su gesto se aflojó y me soltó, tal vez al reconocer que yo no era su mujer sino la vieja que vive sola en la casa de al lado. Aproveché para correr hacia la calle donde vi llegar a la policía alertada por algún vecino. Él fue detenido y ella fue llevada al hospital. Recibí un par de golpes, pero con la adrenalina del momento no sentí dolor y volví a mi casa con la niña.

Anita estaba asustada, no quería hablar y yo no sabía cómo reconfortarla. No parecía interesada en ver la televisión y me seguía de cerca, como si mi presencia fuera un antídoto contra la violencia que acababa de presenciar. Y me acordé de mi amiga Doris. Tendí un mantel blanco de hilo sobre la mesa del comedor, puse agua a hervir y saqué la vieja tetera. Le enseñé a Anita la colección de gorros tejidos, y eligió uno de color azul decorado con pompones rojos y amarillos. Seguí todos los pasos de la ceremonia del té tal como los recordaba, reviviendo la coreografía de una danza que interpreté muchas veces, y logré que la expresión en su rostro cambiara de susto a interés. Después de limpiar la mesa, jugamos a las damas chinas reemplazando algunas bolitas de cristal faltantes con garbanzos. Horas después se durmió, su cabecita apoyada en mi regazo.

Desde entonces mi vida tienen un propósito. Anita viene a casa todas las tardes mientras la mamá trabaja. El padre no ha vuelto; se dice que está de viaje por trabajo. Tomamos el té a las cinco y de a poco le voy enseñando palabras en inglés. Y ya le he dicho que siempre hay que disfrutar del té, aun cuando no resulte tan sabroso como uno quisiera. Y que la vida se parece al té: hay días buenos y hay días malos, pero hay que poner la mejor cara posible y seguir adelante, siempre hacia adelante.



Cuento Extranjero

Juego de vanidades

Autor: Raúl Héctor Lombardi

Aún cuando todos siguen creyendo que fue un acto consciente—y hasta diría premeditado—, yo insisto con mi versión de que las causas determinantes de aquel hecho, fueron una sucesión de circunstancias azarosas que nada tuvieron que ver con la animosidad. De todos modos, cada vez que vuelvo a relatar la historia, no puedo dejar de comprender el escepticismo del resto de los amigos, y ni qué hablar de la sociedad en general.

Resulta que aquella semana del viernes fatal, me correspondía hacer el asado en casa. Como de costumbre, y por ser anfitrión, me tocaba hacer las compras y ocuparme de toda la logística de la reunión. Un verdadero plomo. Lo único que me reconfortaba era que iba a estrenar aquel hermoso cuchillo asador que me había regalado el viejo para mi cumpleaños. Al fin, pensaba, podría reemplazar el tradicional “serruchito” por el que tantas cargadas había recibido, sobre todo de Jorge.

-¿Cuántos somos?-le pregunté el jueves a Tito, que se ocupaba de la convocatoria.

-Con Gastón, que me confirmó hoy a la mañana, creo que nueve.

-¿Edu, viene?

-Lo vi el martes y me dijo que lo contáramos.

-¿Y Jorge?

Jorge era relativamente nuevo en el grupo. Se había incorporado por una invitación de Eduardo en un asado que hizo en su casa. Al principio me resultó un tipo agradable pero, de a poco, comenzó a mostrar algunas facetas de su personalidad que no me caían del todo bien. Nunca hice público mi desagrado porque, gracias a sus actitudes histriónicas, había sido bien aceptado por el resto de los muchachos.

-Sí, me dijo Eduardo que lo pasa a buscar él.

-¡Pucha que lo tiró!-protesté, sin poder reprimirme.

-Pero... ¿cuál es tu problema con Jorge?

-Es que me jode-me había soltado y ya no podía parar- No hay cosa que uno diga o haga que él no la haya dicho o hecho, antes y mejor. ¿Qué querés que te diga? No puedo evitarlo ¡Me jode!

-¡Vos sos el insoportable! Es un tipo divertido.

-¡Sí, un divertido “sabelotodo”! Mirá, te doy un ejemplo, cuando querés contar algún cuento, apenas decís dos palabras y él ya hace gestos como que lo sabe. O también, cuando lo terminás de contar, ¡repite el final como si te hubieras equivocado o se te anticipa con la frase del remate sacándote todo el mérito de la gracia! El asunto es que siempre está adelantado en todo y te arruina cualquier intento de ser el centro de la atención, aunque más no sea por unos segundos.

-Es que el tipo la vivió. La verdad sabe un vagón de cuentos y los cuenta bien. Se ve que tiene calle. ¿Vos viste las historias que lleva encima?

-Yo te digo una cosa, ese tipo miente. No sabe todos los cuentos que dice saber. Sólo que le gusta hacernos creer que es así. Y te digo más, no creo que sean ciertas todas las historias que dice haber vivido-rematé con desprecio, ya zafado y con la razón confundida.

-No sé, a mí me parece que te equivocás.

-Te digo que no, Tito. Mirá, para que te des cuenta de una buena vez, mañana voy a inventar un cuento cualquiera. Vas a ver que ni bien empiezo, él hace esos gestos como de que ya lo sabe, y mueve la cabeza y se sonríe para que los giles como vos se lo crean.

-Y bueno... si a vos te parece. Hacelo y vemos qué pasa.

Al día siguiente, éramos diez. Se agregó Julián que vivía en la Capital pero había hecho un viaje relámpago para ver a los viejos. Jorge estaba feliz de tener un escucha nuevo y, a pedido del resto de los muchachos, reiteró sus históricas anécdotas de vida y repitió cuentos que todos festejaron como si los contara por primera vez. Para colmo, se había sentado a mi lado y me aturdía con su vozarrón intolerable.

En un momento, aproveché el silencio que se hizo mientras trozaba y repartía la primer bandeja del asado, para guiñarle un ojo a Tito y decir:

-Muchachos, tengo un cuento nuevo, escuchen: resulta que iban dos amigos en medio del desierto muertos de hambre y sed, totalmente perdidos, al borde de la locura y hartos de perseguir espejismos que se esfumaban...

Hice una pausa y lo miré como al pasar a Jorge, que estaba imperturbable y con la cabeza gacha sacándole grasa a un trozo de vacío. Algo sorprendido, pensé: ¿Le habrá advertido alguien? No, no puede ser. Ya se va a delatar el muy turro, mientras me pareció ver una sonrisa irónica en la cara de Tito.

Continué:

-... de pronto, uno le dice al otro: ¡Estoy viendo una mujer desnuda debajo de unas palmeras, con un cántaro de agua y una bandeja repleta de comida! El otro, sorprendido, le contestó: ¡Yo también la veo! ¡No es posible que veamos el mismo espejismo!, ¡tiene que ser real!, y se levantaron de un salto para caer sobre el agua pero... pasaron a través del cántaro sin poder tocarlo...

Jorge me miraba con excesiva atención y en total silencio, mientras que varios de los muchachos intercambiaban miradas cómplices. No tuve más remedio que seguir:

-... pero una vez que volvieron a mirar, las cosas seguían estando un poco más allá del lugar en que las habían visto antes. Entonces, la mujer desnuda dijo: El cántaro y yo somos un espejismo que podemos convertirnos en realidad, pero sólo para uno de ustedes; ¿y qué tenemos que hacer?, dijo uno de los perdidos; muy simple, tomen aquella daga que está al pie de la palmera y peleen hasta que sólo quede uno con vida. Ese será el que tendrá el agua, la comida y... a mí, dijo la mujer bajando la vista; pero... ¿la daga, no es un espejismo?, respondió el otro amigo; no, no lo es. Y el primero que la toque se va a dar cuenta que esa es la llave para cumplir sus deseos.

¡Increíble! El tipo permanecía callado. Yo no había previsto un final para el cuento. Di por sentado que él se delataría de entrada nomás con algún gesto o comentario. Pablo y Eduardo murmuraron algo entre ellos, que yo interpreté como una burla. Unas gotas frías de sudor me surcaron la frente y el agua comenzó a bromarme de las manos. Aunque ya estaba en el terreno de la improvisación y el derrumbe era inminente, saqué coraje y continué.

- ... entonces, los dos amigos se lanzaron en carrera hasta que uno de ellos logró agarrar la daga y la levantó amenazante... y... el otro se arrodilló... suplicó clemencia... entonces... el de la daga pensó... dudó... miró la comida... y... eeeh... el agua... la mujer desnuda...

-¿Y?... ¿qué pasó?—vociferó Jorge con impaciencia.

La mayoría del grupo ya estaba riéndose sin disimulo ni concesiones y eso fue más de lo que pude soportar. Me levanté de la silla, lo miré con asco y apoyando los puños en la mesa, grité con todo mi odio:

-¡Cómo! ¿Vos no lo sabés? ¡Si vos lo sabés todo! ¡Sos un campeón sabelotodo! ¡Un ganador nato!

Definitivamente, me había deschavado y no podía parar mi desequilibrio. Él también se levantó y mirándome con un odio tan insano como el mío, me aturdió con sus gritos.

-¡No lo sé! ¡Si lo estás contando vos! ¿Qué sé yo? ¿Qué querés que diga? ¡Pedazo de imbécil! ¡Lo mató! ¿Qué sé yo? ¡Yo lo habría matado!

No fui el único que perdió la cabeza; nos abalanzamos al mismo tiempo uno contra otro hasta que su mirada llena de odio se convirtió en incrédula y extraviada. “¡Un infarto!, ¡le dio un infarto!”, pensé al tiempo que se desvanecía toda mi furia.

Pero no. Lo intuí cuando sentí el peso de su cuerpo que caía empujando mi mano crispada. Me terminé de dar cuenta recién cuando la abrí en un acto reflejo por la impresión que me dio sentir el líquido tibio y espeso que se me escurría entre los dedos. Jorge caía con el cuchillo asador clavado hasta la cruz en el estómago. Y aunque nadie crea en mí palabra, juro que recién ahí, recién en ese momento me di cuenta de lo que había pasado.



XXVIII
Concurso Literario de
Personas Mayores
—2019—

XXVIII

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2019 —

“Teresita Aguilar
Mirambell”

La edición XXVIII del concurso literario estuvo dedicado a la señora Teresita Aguilar Mirambell, presidenta del Consejo Nacional de la Persona Adulta Mayor, CONAPAM, consultora y conferencista nacional e internacional y escritora, con diversas publicaciones en narrativa y poesía y ganadora de varios premios internacionales, en España e Italia.

Los géneros para participar en la **modalidad nacional** fueron:

1. Cuento (tema libre)
2. Poesía (tema libre).
3. Cuento Infantil (tema libre).
4. Relato de experiencias con el tema “Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora”.

En la **modalidad extranjera** el género para participar fue: Poesía.

La cantidad de participantes este año fue de 131 personas mayores de 60 años, entre estas 81 nacionales y 50 del extranjero, para un total de 155 obras, ya que algunas personas nacionales participaron con dos obras, según las Bases del Concurso.

Las personas participantes en el extranjero fueron de países principalmente de América del Sur como Colombia, Chile, Venezuela, Uruguay, entre otros, pero también de Honduras, México, Cuba o ya bien España.

Jurado calificador

La filóloga y escritora Floria Jiménez Díaz

Licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Es Catedrática de esa casa de estudios y fue candidata para Profesora Emérita. Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix en el 2019 por la Universidad Católica de Costa Rica en donde trabaja actualmente.

Ocupó la presidencia de la Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español y Lenguas Aborígenes. (2002-2004)

Premio Carmen Lyra de poesía (1976-2004- 2007). También ha recibido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1978 entre otros.

Ha publicado más de veinte libros de literatura para niños y obras didácticas. Muchos de sus textos aparecen en libros extranjeros y su libro *Tres cocodrilas del cocodrilar* fue incluido en el 2006 por la Secretaría de Educación Pública de México en la colección de lecturas obligatorias del nivel preescolar.

La docente y escritora Ani Brenes Herrera

Maestra de vocación, madre, abuela y escritora alajuelense de cuentos, poesías y canciones para niños de todas las edades. Imparte talleres y charlas a estudiantes, docentes y universitarios, dentro y fuera del país; actividad que disfruta plenamente como parte de su intención de rescatar el sentimiento, la palabra y el papel de la literatura en las actividades cotidianas.

Ha participado en proyectos sobre el mejoramiento del léxico en estudiantes de educación primaria en el Instituto de Investigaciones Educativas (INIE) de la Universidad de Costa Rica, y ha sido miembro del Consejo Editor de la revista Umbral del Colegio de Licenciados y Profesores. Tiene a su cargo la Sección de Pedagogía de la revista

Magisterio desde el año 2000 y colabora con proyectos del Ministerio de Educación y de Cultura en el tema de la promoción de la lectura con estudiantes de primaria y secundaria.

Actualmente, forma parte de la Comisión alajuelense de defensa del idioma, de la Asociación Costarricense de Escritoras (ACE) y de la Asociación Costarricense Consejo de Lectura.

Sus trabajos están presentes en diversas antologías, nacionales e internacionales, y en sus libros de cuento y poesía de las diferentes editoriales del país.

Periodista y escritora Marlene Ramírez Berrocal

Periodista Egresada de la Universidad Federada San Judas Tadeo, Licenciada en Producción de medios audiovisuales, Vice- presidenta Asociación Costarricense de Escritoras (ACE) 2012-2014, Profesora de fotografía, Directora de M.R. Producciones. Productora y promotora de cultura.

Directora del canal por internet “Marlen Ramírez Youtube”, dedicado a promover la cultura y las actividades de las mujeres lideresas de Costa Rica y el mundo.

Directora y productora del programa de radio, “Mujeres lideresas” se transmite por Radio Victoria, Participante “Taller Café Literario Francisco Zúñiga Díaz”, coordinadora del Primer festival “Puertas Abiertas al Arte 1999”, Jurado Calificador en el II Concurso de Poesía SEC 2006, Participante activa del Grupo Taller Literario Poiesis, Director Ronald Bonilla y Julieta Dobles, Organizadora del recital de poesía “Poesía para enamorar” Casa Cultural de Heredia 2007.

Entre sus obras publicadas se encuentran Pedazos del alma 2008- Poesía biográfica sobre violencia doméstica, La casa de mi madre 2012- Poesía sobre abuso infantil, Anclado a mí 2012- Poesía erótica 2012, ¿Cómo nacen los bebés, abuelita? 2015, Compilada en el libro “Pregoneros de La Memoria”, auspiciado por Alianza Francesa 2008.

Resumen de obras ganadoras

CUENTO

- 1** ▶ **Fantasmas del guaro**
Lugar Escrito por: Mariano Rodríguez Morúa
- 2** ▶ **El misterio del tiempo**
Lugar Escrito por: Eduardo Sánchez Sánchez
- 3** ▶ **Demasiado tarde**
Lugar Escrito por: Ana Piza Escalante
- * ▶ **Migrantes**
Mención de Honor Escrito por: Flora Marta Kepfer Gámez

POESÍA

- 1** ▶ **Consejos para vencer los años**
Lugar Escrito por: Marlene Retana Guido
- 2** ▶ **El verbo**
Lugar Escrito por: Nelson Gamboa Guzmán
- 3** ▶ **Bendición a los niños de la calle**
Lugar Escrito por: Ana Teresa López Arrieta

CUENTO INFANTIL

- 1** ▶ **Manchitas y el miedo**
Lugar Escrito por: Ricardo Alberto Carballo Rojas
- 2** ▶ **El Bendito**
Lugar Escrito por: Beatriz Carvajal Vargas
- 3** ▶ **La magia del arcoíris en el Irazú**
Lugar Escrito por: Reinaldo Carballo Fonseca
- * ▶ **¡Qué torta!**
Mención de Honor Escrito por: Gladys Trigueros Umaña

RELATO DE EXPERIENCIAS

- 1**
Lugar ▶ **Autobiografía de un emprendedor adulto mayor**
Escrito por: Rafael Abarca Jiménez
- 2**
Lugar ▶ **Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora**
Escrito por: Rodrigo Rojas Vargas
- 3**
Lugar ▶ **Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora**
Escrito por: Elizabeth Vargas Ávalos

Resumen de obras ganadoras extranjeras

POESÍA

- 1**
Lugar ▶ **Salmodia esperanzada sobre el hombre**
Escrito por: Leonardo Aragón Marín
País de origen: España
- 2**
Lugar ▶ **La muerte**
Escrito por: Miriam González Aranzazu
País de origen: Colombia
- 3**
Lugar ▶ **Así quedamos: mirando como vuelan los anhelos**
Escrito por: Daniel Callejas Cruz
País de origen: Honduras
- ***
Mención de Honor ▶ **Poeta, vuelve a las escaleras**
Escrito por: Jesús Arenas Hernández
País de origen: Venezuela

Obras Ganadoras

Cuento

Fantasmas del guaro

Autor: Mariano Rodríguez Morúa

I. INNOMINADO

Ahogado en vómito arrugado y amarillo, innominado no sentía los dedos que apretujaban el cuello. Un ardor de flash, arrancaba en el pescuezo y seguía con su luz a las tripas. Allí, el ahogo se convertía en una explosión con esquirlas por intestinos, esófago, bazo, hígado...

Gritaba por el cocimiento de años con aguardientes comprados con unas pesetas, con unas libras, con unas tejas, con unos rojos y algún tucán.

Los cincuenta y tantos años de Innominado, se habían maquillado de ochenta.

La acera adonde estaba, le quedaba grande como la harapienta ropa sobre el roto cuerpo.

La posición fetal, era su último vestigio humano...

Del líquido blanco y aromático, -el cemento zapatero-surgió una gelatina blanda y dura que se movía con la rapidez de la mente y la paciencia del segundo.

Prendió primero los labios e incendió el resto. Una mano Invisible apretaba la garganta del moribundo.

Entró en convulsiones. Al olor a pólvora del vómito, se sumó la volatilidad del estómago en erupción. A los gases. Siguieron chorros

de líquidos calientes que brotaron como lava. Se abrieron paso para liberarse de su prisión por cualquier orificio imaginable.

Un tsunami se precipitó por la boca, salió disparado por la nariz y estallaron ojos y oídos. Las neuronas se escurrían por el caño...

El hedor a pólvora se transformó en el olor a hierro carcomido. Allí estaban los tragos de cincuenta y tantos años, de todos los chicharrones, frijoles blancos, y pellejo de chanco, de ratas y cucarachas que le habían llenado.

Innominado, se ahogaba en un mar rojizo como la zona roja.

¡Desde que se tomó la botella con zinner, se ausentó!

II. EL CUERPO

La mano recorría las venas secas, los tendones estirados y el pecho desteñido y arrugado. Sus dedos transitaban por costillas que estallaban entre carnes desparramadas en la cama de acero inoxidable.

Veintidós ojos, seguían al doctor, entre mareos por el vapor que circulaba en la sala al extractor de olores.

El cuerpo estaba allí. Era el foco de atención, la estrella de cine mudo presa en celuloide.

Cuando la vida llenaba a ese hombre, nadie se fijaba en su caminar con una cuarta en la bolsa trasera del yin lullido.

Aun vestido, caminaba chingo entre calles, cantinas y bares, prostitutas y toda escoria. Andaba desnudo de autoestima y amigos. Despojado y arrinconado por la cultura del Cacique. ¡Era un espantajo josefino!

Lo habían recogido de calle doce. Ni a registro de noticia llegó el borrachín del Líbano ahogado en sus aguas.

Era un número de estadística: el cuerpo que más tiempo había estado en la morgue, con quince meses, once días y catorce horas. No le practicaron autopsia alguna y no lo reclamaron. ¡A nadie le importaba un carajo!

El maestro, se lució de nuevo con el escapelo. Abría corte a corte el cuerpo como quién se desabotona y guinda el saco, o se baja el zipper para miar.

Allí estaban en su lugar, secos y machacados después del maremoto. Estaban corroídos por la lluvia ácida del alcohol: el corazón oprimido, las vísceras encogidas. Y no tenía hígado. Todo por el guaro, el metanol y...

El cirujano dio el visto bueno y los once pares de manos terminaron de invadir el cuerpo en su práctica de anatomía. ¡Tendones deshilachados, huesos pelados...!

¡Un silbido, huyó por el extractor de olores! El forense -secreto estudioso de la muerte- lo percibió. Lo que fue Cuerpo quedó allí. ¡Y su ocupante se pudo marchar!

III. GOMA ETERNA

Los borrachos, le ayudaron a sentarse. Temblaba como Magirus en mínimo como viejo motor diésel cuando amanece y lo encienden. Una gruesa capa gris había cambiado el panorama de la La Pulga. Algo diferente tenía la cantina de la calle catorce.

-Un guaro con limón y un jalapeño de boca-

El cantinero, ni lo miró. Al contrario. Alistó una ginebra.

Mezcló salsa de tomate, salsa inglesa, sal, y limón con un huevo de tortuga ambarino que llevó a otro parroquiano.

-Cantinero, insistió, deme un guaristolis que me lleva puta con esta goma. ¡Soy yo...!

Aquí tengo un rojo...Véalo, no sea malito.

¡Por favor sírvame un cacicazo que me muero...!

El cantinero ignoraba a los tres borrachines de la barra que insistían en tomas más y más. Pasadas las doce y el ave maría en Radio Reloj, el hombre circuló a la calle...

Afuera, la niebla cubría Chepe. Nadie le miraba. Vio a La Chula y cuando quiso tocarle el culo no pudo. Buscó un pollo en la Mercé y durmió sin cobija, sin cartón.

En la mañana, la niebla gris persistía, el sol escondido se perfilaba con pena entre las nubes. Dejó de tener frío y hambre. No tenía calor, la lluvia no le mojaba. ¡Solo sed para beberse cualquier cantina!

Pasaba por la pena de hablar y no ser escuchado, de pedir y morir por no beber, de anclar entre fantasmas como él. La nieve se había instalado en la capital.

Despertó en el cuarto de acero, y sintió ciento diez dedos que le quitaban las entrañas. Solo entonces, en un instante y como un silbido, se fue a seguir la tanda eterna, la goma sin fin. ¡El patólogo de la morgue universitaria había desconectado la glándula de la vida y la muerte! Oficialmente, Innominado era un espectro del “Cacique”.



El misterio del tiempo...

Autor: Eduardo Sánchez Sánchez

El periódico del mes en curso, informa de la muerte de una mujer, tras saltar al vacío desde un segundo piso. La policía se manifiesta intrigada por el informe del forense, según él, la señora fue atacada por alguna bestia con garras muy afiladas, antes de lanzarse al vacío, aunque en la habitación no se encontraron huellas de tal bestia.

Adán, consternado por la noticia del fallecimiento de su tía Eva, le genera duda la Manera tan violenta en que ella puso fin a sus días. Era una intelectual, graduada en una de las universidades más prestigiosas del continente. Filántropa por convicción propia, dispuesta a apoyar las campañas de bien social. Sentado en un sofá de la funeraria, se resiste a aceptar el triste final. Amigos y familiares le expresan sus condolencias y tratan de hacerlo entender que esas decisiones, pueden ser tomadas por cualquier persona, sin importar su clase social o su escolaridad. En su interior crece la idea de lo paranormal.

Varios meses después, obsesionado por encontrar algo que ayude a esclarecer la tragedia en su obsesión, se dirige a la casa de su tía, ingresa a la alcoba y escudriña cada rincón del lugar.

Sobre la alfombra, observa un libro de tapa negra, al juntarlo se percata de que no tiene título y que no hay nada impreso en ellos. Entre sus páginas encuentra un recorte de periódico y una nota que empieza a leer:

(Estimada Eva, le informo que el reloj, aunque parezca extraño, aún sin agujas Marca las horas, aunque lo hace al revés. Será una buena adquisición. Pronto se lo llevaré. ¡Está preparada!)

Lo leyó una vez más, no teniendo sentido para él, lo devolvió a su lugar.

Dos portarretratos colocados boca abajo sobre la mesa de noche, llamaron su atención, volteó el primero, era el retrato de su tía, lo colocó en posición, al voltear el segundo, sintió escalofríos, era un hombre sin rostro, vestido con ropas similares a las suyas, pero muy ensangrentadas.

-¿Quién será este hombre? -se preguntó en voz alta.

-Tú, tú, Tú, tú...-alguien le respondió.

A sus espaldas, el batir de alas de un ave, que no logró ver y la respuesta inesperada, hicieron desfilas en fracciones de segundo, miles de pensamientos tenebrosos.

Dejó caer el retrato, respiró profundo como para calmar sus nervios y se volvió lentamente, hacia donde creyó provenía aquella voz, quedando de frente a un viejo reloj de pared. Un cucú, con figuras talladas a mano, entre ellas la figura intimidante, de una bestia de fulgurantes ojos rojos, custodiada por dos cuervos negros. De pronto una puerta se abre y aparece una figura con una guadaña en sus manos y con voz fuerte sentencia:

-Tú, tú, Tú, tú...

Una profunda oscuridad y el olor a muerte invadieron el cuarto.

Feroces gruñidos, gritos lastimeros, el cucú marcando la hora y el ruido de cristales al romperse en mil pedazos, se apoderaron de la escena.

La luz del nuevo día ilumina el lugar, todo luce en orden, únicamente que los retratos de Eva y Adán, lucen mucho más jóvenes.

En la Comisaría, Juan Vives, detective encargado de la investigación, se encuentra redactando un informe final.

Aunque la muerte de Eva, fue similar a otras sucedidas en la ciudad, diez en total si mal no recuerda, la falta de tiempo para conseguir evidencias y lograr alguna conexión entre ellas, lo induce a cerrar el caso.

El anuncio de una nueva muerte en la casa de Eva acelera su ritmo cardíaco, de un salto se pone de pie y se dirige a toda prisa al lugar.

Luego de las diligencias de rigor, se recuesta en la cama de Eva; habla en voz alta mientras escudriña detenidamente la escena:

-¡Es extraño, dos muertes en el mismo lugar! Anoche un hombre, que al igual que su tía, sufre profundas heridas y luego cae por la ventana. No hay huellas de animales salvajes... de pronto, su mirada se detiene sobre un espacio vacío en la pared- Inmediatamente trata de recordar el objeto faltante,

-¡Claro! El viejo reloj ¿Dónde está? ¿Quién se lo llevó?

¡No hay duda ha estado presente en todas las muertes...!

Los sucesos ocurridos en esa mansión, hicieron que la misma permaneciera deshabitada para siempre.

En algún lugar, en la sección de avisos del periódico, se publica lo siguiente:

(Anticuario posee reloj cucú, recién llegado
Muy antiguo, tallado a mano.
Figuras con rubíes incrustados en sus ojos.
Marca la hora, aunque carece de manecillas
Se lo llevo a su residencia)



Cuento

Demasiado tarde

Autora: Ana Piza Escalante

Gladys vio a Evaristo alejarse en el bus de Limón. Él sacaba la cabeza por la ventana y le decía adiós desde la otra esquina. Ella entró en su cuartucho, se sentó ante la máquina de coser y empezó a darle al pedal. Cosió y cosió hasta que le dolió la espalda. Tenía que entregar las piezas, rogar para que se les pagaran y comprar cerveza, que ya se le estaba terminando.

A Gladys no le preocupaba no tener comida, ¡pero que no le faltaran sus cervecitas! Y, la verdad, es que sólo para esto le alcanzaba la plata. Ya no ejercía el oficio. Vivía de lo que las otras muchachas le daban para coser. Tampoco era costurera, más bien remendona, se ganaba unos pesitos ajustando la ropa usada que compraban sus colegas: meter una costura por aquí, una sisa por allá, subir un ruedo, suprimir una manga, bajar un escote...

Esta vez Evaristo no le había pagado. Ella siempre lo recibía, aunque no trajera plata. La situación estaba difícil y el viejo mulato las veía negras tan solo para poder viajar a la capital, desde el puerto de Limón.

Gladys sabía de eso: había vivido allá en Limón, donde conoció a Evaristo cuando ambos estaban jóvenes y vigorosos. Entonces a ella le sobraba trabajo, pero siempre sintió predilección por aquel mulato de ojos tiernos como ternero mamando. Luego, ella emigró a San José en pos de mejoras oportunidades, pero Evaristo no la olvidó. Fielmente venía a buscarla un fin de semana al mes. Lo de ellos ya se parecía a un matrimonio.

Esa noche se acostó temprano. Estaba tan agotada que tardó en dormirse. No encontraba acomodo donde no le dolieran las carnes, agarrotadas como cuerda de barco. Al día siguiente Gladys esperó hasta pasado el mediodía a que las muchachas se despertaran para poder entregarles la costura y recoger el dinero. Como siempre, no todas la tenían, y Gladys llevándoles las cuentas atrasadas. No las podía apretar, porque tampoco a ellas les iba bien en el negocio. Eran mujeres gastadas, envejecidas prematuramente; trabajaban barato para los más pobres. Las que ganaban bien no estaban ahí, tenían otros puntos mejores. Esas eran las nuevas, algunas casi niñas que explotan su juventud mientras les durara, creyéndola eterna, sin saber que sería muy corta.

Gladys pensaba en ellas mientras se tomaba tres cervezas de un sorbo. En seguida se sintió mejor, pero su mente le jugó una de esas pasadas, como últimamente acostumbraba hacerlo demasiado a menudo: recordando el pasado, le tuvo miedo al futuro. ¿Qué sería de ella dentro de unos años, tal vez meses? Se estaba envejeciendo con demasiada rapidez. Los hijos que tuvo andaban quién sabe dónde, nunca había tratado de buscarlos después de que el Patronato se los quitara. Cuando esto sucedió fue como si le arrancaran a pedazos la boca del estómago y de pasada se llevaran su corazón pegado. El tiempo calmó su amargura, y Gladys decidió no volver a acordarse de ellos. Sabía que, donde estuvieran, estaba mejor que ahí. Mucho mejor, porque no tendrían que crecer en aquel círculo, del que uno nunca puede salir.

Pero hoy no pudo evitar el pensar en sus hijos. ¡Qué dichosas las mamás que envejecen al lado de su familia! Ella se las imaginaba bien chineadas, sin que nada les faltara, con su regalito para el Día de la Madre y Navidad.

Entonces, con la tormenta de sus recuerdos y la euforia de las cervezas tomó la decisión de ir donde trabajaban las nuevas, las jovencillas, y decirles lo que ella había pasado y estaban pasando; lo que les esperaba detrás de la puerta de un futuro más cercano de lo que podían imaginar.

Esas linduras tendrían que hacerle caso. Con seguridad nadie de la profesión les había cantado claras las verdades. Quizás a algunas de ellas sus papás les hicieron advertencias, intentaron detenerlas. A otras más bien ellos mismos las lanzaron para agarrar los billetes. Es probable que una trabajadora social les haya echado una parla, y las muchachas se habrían reído a sus espaldas.

Pero ella, Gladys, sabía lo que es la vida, y lo que les iba a deparar el mañana a aquellas muñequitas. ¡Conseguiría que la escucharan!

Salió a la calle medio trastabillando. Tres cervezas sin nada más en el estómago no son el mejor tratamiento para unas piernas flacas. Pero unas cuadas caminadas, y ya se sentía mejor. La noche estaba oscurísima, pero ella había vivido de sombras y clandestinidad.

Los chapulines, ese grupo de jóvenes maleantes que se juntaban para cometer toda clase de delitos, sobre todo el robo y el asalto, le cayeron de pronto. Todo se puso negro y no supo nada más. Se despertó en el suelo, por supuesto sin cartera ni reloj. No le dolían tanto los cuatro cincuitos que traía como la cédula de identidad, y sobre todo un famoso permiso de sanidad que seguía renovando sin saber para qué. ¡Talvez porque le mantenía la ilusión de que todavía estaba vigente!

Sin mirar atrás se levantó y salió disparada, no fuera que la vieran los policías ahí tirada y la llevaran a interrogatorio, para colmo de males sin ningún documento. La vida le había enseñado a desconfiar de los que supuestamente son confiables, como los policías, y a creer en algunas personas en las que nadie cree.

Se sentía liviana. No le dolían los golpes. La adrenalina hace milagros, y entre el miedo por el asalto y el entusiasmo por hacer algo importante se había convertido en una especie de supermujer.

Corrió y corrió. Nadie se interpuso en su camino, nadie intentó golpearlo o molestarla. Llegó donde estaba el grupo de las chiquillas, preciosas en sus minifaldas de cuero negro y sus botas altas que

disimulaban unas piernillas larquiruchas y delatadoras de su tierna edad. Se plantó delante de ellas, pero no la miraron. Siguieron conversando como si no estuviera. Les gritó, nada. Desesperada se abalanzó sobre una de ellas para sacudirla, pero sus manos se unieron en el aire, atravesando el cuerpo de la muchacha sin sentirlo, sin que ella la sintiera.

Unos minutos más tarde, en una acera de San José, las autoridades cubrían el cuerpo de una mujer indocumentada a la que habían matado los chapulines.



Cuento

Migrantes

Autora: Flora Marta Kepfer Gámez

Yo no sabía por qué. En medio de una mezcla viscosa de sensaciones no podía pensar bien. ¿Por qué estaban ahí? ¿Qué lugar era ese? ¿De dónde venía esa bruma pesada y ardiente?

Lo que recuerdo es que cada paso había dejado de doler; se había convertido en un golpe sordo como de bombo que retumbaba en la parte baja de mi cabeza.

La memoria se me iba despabilando con lentitud eterna, revolcando a su paso atropellos, carencias y temores.

-¿A dónde vamos, Mamá?

-A la casa nueva.

-¿Y qué vamos a comer?

-La comida nueva.

La comida nueva... la comida nueva...la comida nueva...-repetía un eco necio al ritmo del bombo que llevaba por dentro.

-Ya no puedo caminar más, Mamá.

-Ven que te llevo alzado.

Entre sus brazos flacos el sueño no venía y la vigilia era torpe, somnolienta, escurridiza. Por largo rato Mamá siguió hablando al

ritmo del bombo, de su trabajo nuevo, de la vida nueva, de la comida nueva.

-Ya no puedo cargarte más hijo. Descansemos un rato.

Los brazos flacos me depositaron con infinito amor a la vera del camino y el grito de un hombre rompió el ronco murmullo de muchos pasos cansados:

-¡Esperen! ¡Aquí hay otro chiquito muerto!



Poesía

Consejos para vencer los años

Autora: Marlene Retana Guido

Siéntate en el borde
marchito de tus aguas.
Mira tu semblanza
en el turbulento pétalo
de este sol y su flor antigua.

Déjate ondular con la tersura.
Si la luna maquilla tus arrugas
con su brocha luminosa,
agradece el artificio.

Puede martirizarte
el recuerdo con su ácido,
pero no cierres tus corolas
a la risa.

No sucumbas en el círculo
de tu espalda,
aunque el calcio labre
sus ausencias
en tus huesos.

Salta de la mano con el viento
al abismo de tus lirios,
con la agilidad perpetua
de sus tallos.

Mira desde las raíces
el cansancio que escala
tu mirada,
mantén la altura
con su vuelo.

No permitas
que se olvide
la música del árbol;
mantén adheridas sus canciones
a los ecos imposibles
de tus labios.

Baila sin tristezas
en la danza líquida
del tiempo,
y fluye perenne,
fluye...



Poesía

El verbo

Autor: Nelson Camboa Guzmán

Dame tú el verbo, hermano,
el verbo que a mi rictus le dé vida:
dame tú el verbo, hermano,
que siento que ya el mundo muere aprisa
en medio de la acerba felonía;
el verbo que me indique que hay amigos,
el verbo que me vuelva a mis albores.

Oscuro es el destino y en mi alma
la noche es un trépido lenguaje,
el día del humano ya no alumbra
el otrora sendero de luces de alborada.

Dame tú el verbo, hermano,
Prehistórico gesto de erístico linaje;
el verbo humano, el verbo amigo,
la fuerza de los mares hecha frase
en su playa de seres arenosos,
sedientos y difusos como ella.

El verbo que a mis ojos les dé brillo,
en sus, de ocio, azules procesiones
de imágenes en busca placenteras
de niños sanos, de viejos en su cara,
de madres no mártires y santas,
sin lágrimas, sin golpes, proletarias
de un destino que han soñado.

Dame tú el verbo, hermano,
el verbo que me llegue de tus risas,
amigas de un camino que cruzamos
tejiendo de los pobres el vestido,
unidos en la rueca para su alma.

Los cantos al unísono elevemos
al verbo cierto, el verbo de los dioses,
el verbo que degustan ilusiones
y paladean todos.

El verbo-grito,
con las fuerzas del centro de mi alma,
el verbo que acalora los cartones
para apagar el hambre
en las noches de insomnio y de miseria,
el verbo Dios hecho palabra,
el verbo amar, ése es el verbo.



Poesía

Bendición a los niños de la calle

Autora: Ana Teresa López Arrieta

A través de mis palabras
bendeciré Señor a los niños de la calle
pon regalos celestiales en la tierna oquedad de sus manitas
recoge el suspiro de confianza profunda hacia la vida,
que brota de sus labios entreabiertos,
mientras descansan sobre el regazo de la noche húmeda.

Acaricia con tus dedos milagrosos
el mechón desdibujado de su frente suave
donde anidan lagartijas, mariposas y delfines.

Bendice la savia jugosa de su risa inocente
al despertar, protégelos del frío, del dolor, del hambre,
del gesto duro del que ya no escucha a su propio niño
de los peligros de la noche
y de palabras como trenes atropellando
sus mentes indefensas.

Déjalos descansar apaciblemente
Mientras sueñan con super héroes
compañeros de aventuras.

Finalmente, Señor,
Sostenlos en la fuerza de tu abrazo
así como las avecillas son sustentadas
por el aire, cuando vuelan
hasta que,

en algún punto del camino,
logran unirse a Ti
el verdadero Amor y Riqueza
que en el fondo anhelan.



Cuento infantil

Manchitas y el miedo

Autor: Ricardo Alberto Carballo Rojas

En verano, cuando las hojarascas y los árboles se tornan de un color café claro, Mamá venado y Manchitas, su hija, descansan entre los arbustos a la espera que pasen las horas más calurosas del día.

¿Por qué los humanos nos persiguen? preguntó Manchitas.

Tu abuelo me contaba que ellos necesitan nuestra carne para alimentar a sus familias.

Pero ahora ellos tienen otros alimentos y la carne de animales domésticos. No es necesario que nos acosen

De repente, escucharon un ruido. Se quedaron quietas olfateando el ambiente, percibieron un olor conocido. Papá venado se abrió paso entre los arbustos.

Me han seguido cuatro perros, pero no eran buenos rastreadores.

¿Qué pasó, cómo te encontraron? – preguntó Mamá venado.

Estaba bebiendo agua en el riachuelo cuando el viento me trajo el olor a humano. Nuestro fiel amigo me avisó, me dejó saber que ese olor significaba peligro, porque venía mezclado con el olor de los perros. Me quedé metido en el riachuelo, caminé sin salirme de él, para no dejar huellas. A cierta distancia, salí, restregué mi cuerpo contra un árbol de cocobolo, allí dejé mi olor, volví a caminar dentro del riachuelo. Los perros se quedaron desconcertados dando vueltas alrededor del árbol.

-Quiero aprender a defenderme de los humanos y de sus perros cazadores, dijo Manchitas. Puedo distinguir los olores de otros animales, pero no el de los humanos.

-Te propongo algo. Vamos hoy por la noche al lugar donde ellos viven.

Papá venado y Manchitas salieron, según lo acordado. La luna dormía en su cuarto oscuro y no salió esa noche. El viento descansaba después de correr y soplar todo el día.

Se acercaron sigilosamente al pueblo.

-¿Percibes el olor de los humanos?

-No, solo el olor de sus caballos y de las vacas en sus corrales.

-Afina el olfato, ¿lo puedes sentir?

-Ahora lo percibo, es un olor distinto-dijo Manchitas.

-Será mejor regresar a la montaña, sus perros podrían sentir nuestro olor, dijo Papá venado.

-Qué bueno que están aquí- dijo Mamá venado-escuché

Ladridos al otro lado de la montaña.

-También los escuchamos, pero caminamos por los Riachuelos, no pudieron seguir nuestras huellas.

Mamá venado interrumpió

-Algo se acerca-

Papá venado levantó su cabeza, paró sus orejas hacia adelante y su reluciente nariz se movió con ansiedad.

Entre la maleza, apareció Venado Mayor, grande, fuerte y con una cornamenta enorme de puntas ya desgastadas.

- ¿Ya están listos para esta temporada de caza?, preguntó el recién llegado.

Si, ya puedo percibir el olor a humano- dijo Manchitas.

- ¿Qué te pareció ese olor? preguntó Venado Mayor.

Hay algo que me desagrada.

-Yo puedo saberlo. En algún lugar de tu joven instinto, de tu pasado, está el olor a muerte, el olor de la angustia, de ser perseguida, acosada. Soy un viejo sobreviviente de varias cacerías y esa sensación es muy conocida para mí.

De pronto, unos ladridos cercanos pusieron en alerta al grupo. Manchitas y su mamá corrieron en una dirección, su papá y Venado Mayor salieron al lado opuesto. La jauría de perros siguió a los machos. Las dos hembras pronto encontraron un lugar en donde esconderse.

-Los perros no nos siguieron, dijo Mamá venado.

¿Por qué no siguen nuestras huellas? preguntó Manchitas.

-Nosotras no dejamos olores fuertes que sirvan para rastrearnos. Los machos despiden un olor penetrante con las emociones. Nosotras tenemos más control y nos asustamos menos.

-Nosotras dominamos al miedo, somos más fuertes- dijo Manchitas, levantando orgullosa su cabeza.

Regresaron a lo más profundo de la montaña. Ya amanecía. Los ojos de Manchitas brillaron cuando divisó a su papá y a Venado Mayor descansando bajo un árbol de Guanacaste.

Creyeron que el peligro había pasado, pero de pronto, aparecieron dos cazadores, habían dejado amarrados sus perros en algún lugar y sigilosamente se acercaron al grupo. Eran, padre e hijo, armados con unas inmensas escopetas. La familia de venados estaba indefensa y agotada. Los cazadores se aprestaban a dispararles, cuando de pronto un sonido muy conocido irrumpió en el ambiente. Una enorme serpiente hizo sonar su cascabel y se interpuso entre los cazadores y los venados. El hijo del cazador se quedó petrificado, viendo aquella enorme serpiente enrollada sobre sí misma y en posición de atacarlo a él. La cercanía con el amenazante y venenoso animal no le permitió reaccionar. El grupo de venados no hizo ningún movimiento, el otro cazador les podría disparar a ellos. Se armaron de valor y saltaron una y otra vez sobre la enorme serpiente, esquivando sus venenosos dientes. La serpiente ante el sorpresivo ataque de los venados huyó por entre la maleza.

-No vayas a disparar a los venados- gritó el hijo del cazador-. Les debo mi vida, me salvaron de una mortal mordedura. Volvamos al pueblo y contamos lo sucedido.

¿Ya viste papá? – dijo Manchitas. –Podemos demostrar a los humanos que no somos enemigos.

Manchitas se comunicó con otras hembras de su edad para visitar el pueblo. Acordaron que irían acompañadas con Venado Mayor.

Al aproximarse al pueblo, los perros, los perros ladraron enfurecidos. El grupo de venados caminó lentamente por la calle. Los humanos no podían creer lo que veían.

-Ellos están desconcertados –dijo Manchitas- al resto del grupo. Nos quedaremos un corto tiempo por acá.

Los humanos, con solo apretar el gatillo de una escopeta o soltar a los perros, podría producir una matanza. Antes que calentara el sol, los venados decidieron salir del pueblo. Un atronador disparo se oyó, los perros aullaron.

-No bajen sus cabezas, sigan caminando, dijo Manchitas. No es digno morir con miedo y con las cabezas agachadas.

-No disparen a los venados, ellos salvaron a mi hijo en la montaña, si alguno les hace un daño, deberá abandonar el pueblo para siempre, gritó un cazador.

-No se puede vivir con miedo, dijo Manchitas mientras continuaban caminando hacia la montaña. Es más, peligroso el miedo que las balas, nos inmoviliza y vemos enemigos donde no existen.

Sin embargo, la paz en las montañas dura poco. Una noche Manchitas, despertó sobresaltada. Cuatro coyotes tenían arrinconado a Venado Mayor contra un grueso árbol de cedro. estaba a merced de las fauces de los coyotes. Ya no podía correr. Manchitas y el grupo lo defendieron dando patadas a los coyotes que huyeron golpeados.

-No te vamos a dejar morir, dijo Manchitas. Vamos a buscarte un refugio en el pueblo, nos has dado sabios consejos, ahora nos debes obedecer, es por tu seguridad. Al llegar al pueblo, los humanos identificaron al viejo venado

-Hay una finca, con montaña y riachuelos donde pueden vivir los venados viejos, dijeron ellos.

Tiempo después Venado Mayor quedó sin vida junto a un arroyo. Su vieja y gastada cornamenta la disolvió el tiempo. Dicen los que observan esas montañas que, en invierno, con la luz de la luna llena se ven miles de ojos brillando en la oscuridad, son los ojos de los venados que se confunden con las luces de las luciérnagas. Al miedo se lo llevó el viento muy lejos y nunca más regresó.



Cuento infantil

El bendito

Autora: Beatriz Carvajal Vargas

Uno de mis hermanos tenía un padrino, a quien mis ojos de niña veían muy aseñorado. Don Elpidio era su nombre, vestía con ropas bien engomadas, usaba un sombrero de lona y lustrosas polainas. Al caminar, marcando el paso con los tacones, hacía tintinear unas doradas espuelas.

Aunque don Elpidio no vivía lejos de mi pueblo, supongo que causaba mejor impresión haciendo de buen jinete, montado en una bonita mula.

Cada domingo además de don Elpidio, llegaban al gran solar de mi casa, muchos señores del campo a guardar sus caballos mientras iban de compras.

Mi hermano Clemente y yo, sentados en una banca cuidábamos el portón del solar para que ninguno de los jinetes se fuera sin pagar por el servicio prestado. Me parecía una jornada larga, toda una mañana de vigilancia sin poder jugar. Por esta tarea la recompensa era una peseta, que apenas tocaban nuestras manos porque iba a parar a la pulpería. Era poco para tanta golosina.

Empecé a notar que a mi hermano le alcanzaba más la peseta que a mí, pues compraba de todo y con esa espinita, el domingo siguiente no deje de vigilarlo: no cobraba más, no se dejaba los vueltos ¡qué raro! De pronto lo vi correr, llegaba su padrino... esperó a que se bajara de la mula y en ademán de orar le dijo: ¡Bendito y Alabado sea el Santísimo, buenos días le dé Dios padrino! Don Elpidio de una bolsita sacó una peseta y se la dio como contestación al saludo.

Con razón compra tantas cosas y hasta va a la matiné, ¡me dije! y ni lerda ni perezosa al ver que el padrino se iba de compras, lo alcance y junté mis manos y con voz temblorosa le dije “Bendito y Alabado sea usted don Elpidio”, él se río de buena gana y acariciando mi cabeza contestó el saludo con 15 céntimos.

Desde ese momento don Elpidio tenía otra feliz ahijada.



Cuento infantil

La magia del arcoiris en el Irazú

Autor: Reinaldo Carballo Fonseca

El día 17 de marzo de 1963 se clavó en mi corazón y en mi alma como un aguijón envenenado de tristeza, llenando de angustia toda mi existencia. Estoy seguro de la fecha porque fue la víspera de uno de los días más desventurados del pueblo costarricense: la erupción del volcán Irazú.

Aún no cumplía los diez años. La vida de mi hermana menor y la mía se resumían a un pequeño hogar, una escuela y juegos en un barrio en las afueras de la ciudad, cuyos pobladores dependían de la producción agrícola y ganadera. Un caserío con calles de tierra, casa de adobe y madera, atravesado por un camino principal que comunicaba, por un lado, con la ciudad y, por el otro se perdía en la montaña.

Hay quienes no creen en las premoniciones, ni en la magia, pero ese día la angustia y el desasosiego me tumbó de la cama. Sentía en los huesos y en lo más profundo de mi un enorme peligro cayendo como una oscura sombra sobre todo el pueblo, en especial sobre nuestra casa. Por supuesto, mis padres, un agricultor asalariado de una pequeña finca y un ama de casa, no comprendían, ni entendían la intranquilidad incubada en mi mente. Ellos tenían problemas más serios en qué pensar.

Acudimos como de costumbre a la escuela y la maestra se encargó de distraer esas preocupaciones con cuentos e historias relacionadas con arcoíris y preparativos para el recibimiento del Presidente de los Estados Unidos, quien vendría al día siguiente.

No puse mucha atención a la importancia de aquel ilustre visitante, pero fuimos otros cuando habló de la magia del arcoíris para reverberar los campos y regresarles la tranquilidad a los seres humanos. No sabemos cómo emergen de las montañas, pero cuando lo hacen, con todos sus colores, sabemos que pronto la vegetación se pone más verde, las flores inventan colores con exquisitos aromas y el paisaje se pone más hermoso. Todos disfrutamos, recogemos flores, adornamos casas, nuestros padres regresan más contentos del trabajo y en los hogares las familias comparten aquella alegría.

De regreso, por aquellos caminos polvorientos, amenizados por el mugido de las vacas, el canto de los jilgueros y el susurro de las hojas de los árboles, compartí con mi hermana los misterios del arcoíris y la importancia de sus siete colores en la estabilidad del planeta: el rojo permite a los seres humanos la confianza en sí mismo, el coraje y la valentía; el naranja trae el entusiasmo y la exaltación; el amarillo, la felicidad, la alegría y el optimismo; el verde es el color de la vegetación y la fertilidad; el cian permite la serenidad; el azul se asocia con la mente, con lo sagrado; y el violeta con la sensualidad entre lo masculino y lo femenino.

Lucía no paraba de hacer preguntas sobre este fenómeno meteorológico, a las cuales no les tenía ninguna respuesta. La conversación acortó el trayecto y muy pronto estábamos en el pórtico de la casa, desde donde se podía apreciar la montaña y el imponente volcán con su permanente fumarola.

- ¡Juan, Juan!, gritó mi hermana. *Mire allá, el arcoíris...contemos los colores.*

Yo me apresuré a poner el bulto sobre el piso y corrí tras Lucía a una posición más cómoda para observar aquel fenómeno. Ella fue la primera en notarlo.

-El rojo, uno; el naranja, dos; el verde; tres; cian, cuatro; azul, cinco; y violeta seis...

¡Falta uno!

Dijo llena de preocupación y volvió a contarlos una y otra vez y el resultado era el mismo.

- ¡Falta uno!

- Tranquila, no grite. Debe haber un error en la cuenta. Déjeme a mí contarlos con calma.

Lo hice y cuando había terminado, no daba crédito a mis ojos.

- ¡Sí, sí! Falta el color amarillo.

La tomé de su brazo y corrimos impresionados en busca de nuestros padres para contarles el tormentoso hallazgo.

¡Mamá, ¡papá! ¡Mamá, papá!, gritábamos desesperados.

Entramos por el patio y de inmediato ingresamos a la cocina donde se encontraba nuestra madre. Estaba cabizbaja, despeinada y con los ojos llorosos. Al fondo escuchamos un portazo de alguien que salía por la puerta principal.

Lucía trató de informarle sobre aquel descubrimiento, pero ella nos abrazó y rompió en llanto.

- ¿Qué pasa?, pregunté preocupado.

Entre llantos y susurros nos dijo que papá nos había abandonado.

- ¿Qué? ¡Cómo! ¿Qué significa eso? No entendía nada.

Un dolor en el pecho comenzó a desgarrar mi alma. Corrí tras él, pero no lo pude alcanzar. Esa tarde transcurrió más lenta de lo acostumbrado, la casa se sentía vacía y oscura, nadie hablaba, mi madre se encerró en su cuarto y nosotros nos volvíamos a ver sin encontrar explicación alguna.

Lucía se acercó a mí y nuevamente me volvió a sorprender con esa imaginación que difícilmente los adultos puedan comprender.

- ¡Juan! Me dijo en voz baja, como en secreto. ¿No será por la falta del color en el arcoíris? ¡Es el amarillo, el color de la alegría y la felicidad!

Esa tarde no lo entendí, mi mente viajaba por terrenos remotos, ajenos a problemas

Meteorológicos; solamente podía pensar en la salida de mi padre y en el dolor de mi madre. Así nos fuimos a dormir.

Al día siguiente, la situación empeoró. Una nube oscura cubrió toda la capital, una capa grisácea iba envolviéndolo todo: las calles, las casas, los jardines, los ríos, las montañas, las flores, los cafetales, las huertas, los pastizales y el mismo ganado amaneció cubierto de ceniza.

Desperté meditando en las cavilaciones de Lucía, corrí tras ella y juntos tratamos de explicarle a mamá sobre la relación que había entre aquellas desgracias y la falta de un color en el arcoíris. Era nuestra madre, pero también una adulta, no comprendía ese tipo de razonamiento, ni siquiera la maestra o los vecinos lo entendieron.

Pasaron los días, las semanas, los meses y los años y la situación se agravó; papá regresaba de vez en cuando, mi madre lloraba casi todos los días, y el país se sumergía en enormes pérdidas materiales y humanas por las erupciones del volcán. En una sola noche, los deslizamientos de piedras, lodo y ceniza sepultaron poblaciones enteras, y dejaron tras de sí una estela de desolación y muerte. Se hacían esfuerzos para detener la ira del volcán: El presidente trajo un brujo que realizó una ceremonia sobre el mismísimo cráter, un bombero calculó la cantidad de agua que se necesitaba para bombearla desde el río Reventazón y hasta se pensó en lanzar bombas desde un avión para cerrar el cráter. La locura nos estaba confundiendo. La alegría y, sobre todo, el optimismo se estaba perdiendo de nuestro mundo.

-Tenemos que hacer algo. Le dije a mi hermana.

- ¿Pero ¿qué? Contestó.

La única manera que encontré para solucionar aquella terrible tragedia fue recobrar el color ausente.

Esa mañana tomé una alforja, la llené con unos pocos alimentos, una botella de agua y de la mano de Lucía tomé el camino hacia la montaña. Un par de horas después, solamente encontrábamos árboles, maleza y más árboles. Intentamos salir de la vereda y nos internamos por un sendero casi imperceptible. En algún momento desapareció y perdimos el rumbo.

El temor comenzó a invadirnos, tratamos de regresar al camino principal, pero de pronto nos encontramos con una choza vieja de bahareque, techo de paja y piso de tierra. Llamamos en busca de orientación. Una vieja mal vestida, pelo grisáceo amarrado en trenzas, enagua negra hasta los talones y un sucio delantal, apareció en la puerta. Le explicamos la situación y el propósito de nuestros andares por este lugar tan lejano y desolado. Sonrió y dijo que ella era la encargada de cocinar los arcoíris.

- ¿Cómo? Preguntó Lucía.

Nos hizo pasar al interior de la vieja casucha y nos encontramos con un ambiente cargado de misterio, grandes alacenas con diferentes productos, distribuidos en categorías y una gran estufa sobre la cual se hallaba una gran cacerola.

Dijo: -En esta gran cazuela introduzco los ingredientes, los hiervo y por la chimenea van saliendo los colores que van formando un gran arco y que todos ustedes ven desde la ciudad.

Era absolutamente sorprendente.

- ¡Pero! ¿Por qué razón le falta un color? Me apresuré a preguntar.

Cogió su delantal, se limpió el sudor de la frente, bajó la mirada y, de manera pausada, explicó cómo unos años atrás los cocinaba con la ayuda de su hija, quien le aportaba el valor de la inocencia. Desde su muerte, la pena la atormentaba y le impedía completar los ingredientes necesarios para un perfecto arcoíris. Aseguró que

la presencia nuestra podría cambiar la situación. Conminó a Lucía para ayudarla a prepararlo, pues con su pureza y candidez permitiría generar el milagro.

Pasaron toda la noche en los preparativos. La anciana cambió de semblante, le volvió el color a su rostro, por ratos se escuchaban las risas cómplices de alguna travesura y se sentía el ambiente de regocijo y entusiasmo. De las alacenas bajaban productos y se colocaban en la cazuela, la anciana los mezclaba con un gran cucharón de madera, Lucía probaba la sazón con una cuchara pequeña y con el dedo pulgar y el índice en forma de círculo, informaba sobre la calidad del producto.

A la mañana siguiente, nos despedimos de la señora. Lucía y ella se unieron en un gran abrazo y le prometió volver cuando ella lo necesitara. Caminamos por horas en medio de la montaña y al medio día, agotados por una larga y extenuante travesía, decidimos descansar en un predio.

Mientras tanto, en la barriada, nuestra ausencia generó una gran conmoción. Mi padre regresó inmediatamente. Organizaron una búsqueda por toda la comarca y pronto se internaron en la montaña. El desasosiego y ansiedad de mis padres por la pérdida de sus hijos los acercó nuevamente. Juntos ingresaron al bosque, desesperados y atormentados por los errores cometidos que consideraron fue la razón de nuestra fuga. Casi 48 horas después, en los primeros días del mes de enero de 1965, nos encontraron. Ver a mis padres de nuevo juntos fue una de mis experiencias más conmovedoras. Llorábamos, más por la alegría de verlos juntos, que por el sentimiento de sentirnos encontrados.

Cuando bajábamos de la montaña, mi madre nos advirtió sobre la presencia de un hermoso arcoíris a nuestras espaldas. Lucía contó los colores y esta vez comprobó la presencia de los siete.

Después de aquel incidente, mis padres se reconciliaron y volvimos a tenerlos juntos. El volcán no volvió a expulsar ceniza.



Cuento infantil

¡Qué torta!

Autora: Gladys Trigueros Umaña

A petición de mi madre, que era muy católica y creyendo que yo me haría más santico le pidió al sacerdote de la Iglesia la Santísima Trinidad que me aceptara de monaguillo para servirle al Señor de esa manera. Yo ignoraba de qué se trataba ese servicio, sólo acepté lo que mi progenitora dispuso. ¡Ni sabía lo que podría pasar después! El sacerdote que, de muy buena gente se pasaba, accedió a la solicitud de mi madrecita. Éramos seis chiquillos los que formábamos parte del equipo de ayudantes, muy juguetones, pero con deseos de ayudar. Uno de ellos se hizo muy amigo mío, el más grande de todos, cuyo nombre era German pero que, por apodo, le decíamos Misingo por el color de sus ojos que parecían de un gato. Él era el que me enseñaba los deberes, la forma de doblar las sábanas, acomodar la cama, amarrarme los cordones porque me costaba tanto hacerlo, pero él, no por grande, era menos tortero que yo. Recuerdo los enredos en las respuestas que tenía yo que dar al sacerdote, cuando el padre Arié, que de paso era más bravo, no aguantaba nada, ni una pulga que se le parara encima, me ponía a ayudarlo en las misas y como se daban en latín, yo me hacía bolas en las respuestas: santus, santus, secoloron, se me hacía todo un bizcocho aquello. Había que ver las miradas furibundas que me lanzaba el padrecito, yo creo que me estrangulaba en su interior y luego las enormes regañadas que me daba después de misa. “¡ ¡Muchacho tonto!”, ¿cuándo vas a aprender a hablar bien el latín?” y yo me hacía hormiguita deseando que me tragara la tierra.

Con el tiempo ya se me hizo popular servir de monaguillo y para entonces, ya éramos dieciséis muchachos en el servicio y muchos de ellos nos seguían en las travesuras, que jalarle el rabo al gato que andaba por el patio, comernos a escondidas algunas golosinas

que el padrecito guardaba con mucho celo en el desván, y cuando preguntaban quién fue, ninguno lo hizo: “Quizás fue el ratón o el gato que andaba en la cocina.” Ja Ja que ni el padrecito se lo creía y a regañadientes mascullaba que no nos daría de comer y se iba a la Iglesia a rezar. Pero, luego regresaba y pedía a la cocinera que nos sirviera. ¡Pobrecitos!, ¡no se van a acostar con hambre! Y rezaba: el “Ave María Purísima” y todos contestábamos: “Sin pecado concebida”.

Había allí, un sacristán, llamado Arnoldo y era muy alcahuete con todos nosotros. Su gordura no le permitía caminar rápido ni subir las escaleras, pero eso sí, sabía cantar y contar las moneditas que los feligreses echaban en el platillo de las limosnas que se recogían cada vez que se podía y más, durante las misas.

Arnoldo, con mil esfuerzos y agarrándose a cómo podía de la vieja y empinada escalera para subir a tocar las campanas, parecía una tortuguita subiendo la cuesta del Ochomogo. Un día, se le ocurrió que fuéramos nosotros quienes le hiciéramos el trabajito ya que cada día le costaba más subir la escalinata.

Para todos era un reto personal el ir a tocar las dos campanas que tenía la iglesia. Las tocaba el que llegaba de primero y la hora más popular era a los seis pasados meridianos, hora del Angelus. Y ¡todos corríamos para llegar primero! Se tocaban jalando los dos mecates que estaban a nivel del piso. Las campanas, estimo que estaban como a siete metros, dentro del campanario, que tenía a su vez un piso de madera gruesa como a dos metros de las campanas.

Una vez llegamos tres al mismo tiempo y en la pelea por ser quién tocara, dos de ellos se guindaron del micate para impedirme que yo le hiciera y en ese forcejeo, se cayó una de las campanas, enorme, al piso de madera. Fue un estruendo, que creo se oyó en todo el barrio. ¡Qué torta! Y ¡corra antes de que llegara el furibundo padre! Cada quien buscando un refugio para no nos encontrara. ¡Qué susto, del tamaño de una catedral nos llevamos!

La regañada y sobre todo la expulsión como monaguillos y la fajeada de mi madre, sin antes hacerlo, ya me dolían las nalgas.

A la nohecita, tuvimos que regresar porque, a dónde íbamos a ir a esas horas, y las tripas nos sonaban peor que las campanas en un funeral, el hambre nos mataba.

¡Claro!, no se hizo esperar el interrogatorio y a confesarnos. Nos puso una penitencia, pero fue buena para todos, aprendimos el latín muy bien, pero lo mejor no nos expulsó sino ¡qué torta!, ya veía a mi madre bajando todos los chilillos del olivo para medírmelos en mi parte trasera y pidiendo perdón a Tatica Dios.



Relato de experiencias

Autobiografía de un emprendedor adulto mayor

Autor: Rafael Abarca Jiménez

Nací en San José, Costa Rica a finales de la segunda guerra mundial, el 15 de setiembre de 1945 y a inicios de la guerra del 48. En mi niñez nunca escuché un arrullo o cántico de amor, solamente se oía por doquier gritos de guerra, las sirenas y las campanas de la iglesia anunciando el toque de queda. El hambre, enfermedades y la pobreza azotaba a todo el país. Por las condiciones paupérrimas en que crecí, fui desarrollando un espíritu de sobrevivencia sin parangón.

Mi humilde hogar consistía en tres cuartos y sus paredes eran de tablas de formaleta. Mis cinco hermanos mayores y yo, dormíamos en sacos de gangoche para amortiguar el frío que se colaba por las rendijas. Los murciélagos se metían en busca de sangre fresca, rosando sus frías y húmedas alas sobre nuestros rostros. Las noches eran eternamente frías y llenas de amor, no teníamos paz ni motivos para reír, cantar o vivir. Observaba a mis hermanos, unos irse al crematorio municipal a bucear los desperdicios y otros a buscar sapos para venderlos en el hospital para hacer pruebas de embarazo. Yo los seguía y me devolvían con un golpe diciéndome que no servía para nada. Yo sufría hasta lo indecible y fue creciendo en mí una insatisfacción por hacer algo mejor que ellos.

Uno de mis hermanos, le hacía mandados a una vecina que tenía el negocio de la brujería y además criaba gallinas y dos o tres cerdos que engordaba para venderlos en diciembre. Ella le paga cincuenta céntimos por semana y un huevo diario. Yo ayudaba a mi hermano e íbamos caminando al mercado con dos sacos para traerlos llenos de desperdicios, hojas de repollo, tomates podridos y otras porquerías precisamente para los puercos y las gallinas. Algunas veces nos mandaba a traer tierra al cementerio, caca de mono al zoológico

para sus pócimas y hongos. Un día me llamó en secreto y me dio una bebida y me dijo que era para que nunca me faltara el dinero y seguramente se lo creí porque comencé con delirios de grandeza y deseaba que mi hermano consiguiera otro trabajo para heredar los mandados de la vieja bruja.

Un año después mi hermano consiguió trabajo con mejor salario en una empresa nueva que se llamaba Cooperativa de Avicultores, la cual le enseñó al costarricense a consumir el pollo en piezas y a comprar los huevos por docena. Allí pasaría a la historia aquel dicho que dice: -" Las gallinas son las únicas que se mueren en la víspera". O sea, ya no se traería la gallina del patio o se le compraba a la vecina para amarrarla y al día siguiente jalarle el pescuerzo, verla brincar por toda la casa y ver a nuestra madre con una olla de agua hirviendo detrás de ella para desplumarla y hacerla en sopa al siguiente. El nuevo oficio de mi hermano consistía en matarlas en serie y destazarlas para venderlas en piezas en el Mercado Central.

A los dos años por motivos de salud mi hermano me heredó de nuevo su trabajo cuando yo tenía trece años y aquí comprendí el significado de sobrevivencia porque en una ocasión todos los empleados quisieron salir más temprano de lo debido porque ese día no llegó el jefe y me dejaron solo al cuidado de apilar miles de docenas de huevos en una cámara enfriadora del tamaño de una habitación. Cuando estaba en este lugar sucedió algo increíble, hubo un fuerte movimiento sísmico. Salí despavorido como alma que lleva el diablo y tiré la puerta para no quedar atrapado dentro de la cámara. El lunes cuando llegamos al trabajo había un río de yemas y claras de huevo por todo el lugar. Hubiera roto el Record Guinness como el chico más quebrador de huevos a nivel mundial y todos fuimos despedidos del trabajo.

Comencé a buscar trabajo de nuevo y fueron muchos los días de sufrimiento al estar desocupado. Me daba vergüenza llegar a mi casa a comer sin haber conseguido trabajo. Todas las tardes terminaba con hambre en una banca del Parque Bolívar, Parque Nacional o en la Biblioteca. El impulso de ser alguien en la vida me carcomía mis carnes, mi espíritu y soñaba cada vez más en grande.

Ser emprendedor no sería fácil para mí, pero ya había nacido una idea. Debía estar dispuesto a poner toda mi juventud, vitalidad y estar dispuesto a vencer obstáculos.

Busqué trabajo donde una amable señora del mercado que me conocía cuando iba a juntar desperdicios. Ella tenía una venta de sabores en polvo como horchata, pinolillo, fresa, crema, chocolate, café y otros productos. Le imploré que recibiera como garantía mi reloj que había comprado con mi primer salario y unos cuantos libros a cambio de unas bolsas de sabores para ir a venderlos de puerta en puerta, prometiéndole que yo volvería al día siguiente por mi reloj, con dinero de la venta de los sabores. Responsablemente cumplí mi palabra y la señora impresionada me siguió financiando y ésta acción la repetí todos los días por más de un año. La determinación de ser responsable me abrió muchas puertas de emprendedor en el futuro.

Luego, en los años 60 el Volcán Irazú hizo erupción y llenó de cenizas a todo San José. Yo vi una nueva oportunidad de trabajo y aunque padecía de vértigo, comencé a limpiar azoteas de algunos edificios de la Avenida Central. Una vez estaba trabajando en la azotea del Hotel Europa y cuando terminé exhausto de mis labores, pasé por el restaurante y observé a varios hombres almorzando, impecablemente vestidos, alegres, con valijas ejecutivas y me nació el deseo de ser igual que ellos cuando fuera grande.

Posteriormente, me di cuenta que eran hombres de negocios, vendedores de bienes raíces, intangibles, que llegaban a recibir cursos de motivación.

En ese momento mis ojos se abrieron, comencé a soñar y tuve una visión muy clara, me proyecté a un futuro con una maleta ejecutiva llena de documentos importantes, vestido entero, con mi casa propia, una oficina, un carro y una buena familia. Me vi en un futuro paseando por muchos países, cruzando el océano en avión y pude sentir la brisa suave y tibia de la independencia económica.

Me puse metas a corto, mediano y largo plazo. Lo primero que debería hacer era terminar mis estudios de secundaria en el Liceo de Costa Rica Nocturno. Estudiaba día y noche todo lo que yo

consideraba que necesitaba saber. Leí muchos libros para conocer el pensamiento de los sabios. Aprendí a trabajar con ahínco, darle un valor agregado a todo lo que yo emprendía y no ser mezquino en el trabajo. Ahorrar, no coger vicios de fumado, licor ni de sexualidad desenfadada. Ser justo. Oír con humildad la sabiduría y el consejo de los conocedores, hablar con prudencia, ver, conocer y aprender de todo lo bueno que me ofrecía la vida.

Ya en mi mente no solo había sueños y esperanzas, también aprendí que un emprendedor tenía que tener conocimiento fundamental de organización gerencial y evaluar la capacidad emprendedora de su equipo. Hacer planes de negocios, examinar las utilidades y pérdidas. Evaluar costos y gastos de alquiler, luz, agua, tiempo, teléfonos, mano de obra, computación, materia prima y muchas herramientas más. Conocer sobre cargas sociales, municipales, hacienda y tributarias y un centenar de obligaciones gubernamentales que se exigen a la hora de iniciar una pequeña empresa.

Perdí el miedo a las alturas, a la vida y bajé de las azoteas a trabajar catorce años en extinto Banco Anglo y luego 40 años vendiendo intangibles y ahorré mucho dinero.

Aquellos hombres que un día los admiré, se convirtieron unos en mis maestros y otros en compañeros, alumnos y mis amigos. Mil libros no alcanzarían para contar las experiencias positivas que aprendí en esos años fundamentales para el resto de mi vida.

El dinero ahorrado durante años lo invertí en pequeños negocios y empresas como alquiler de casas, salón de belleza, zapatería, sembré hectáreas de frijoles, ganadero, compra y venta de carros usados y el peor de todos ser prestamista. Este último fue un grave error, Me llevó a la quiebra porque como a mí me costó tanto la vida, no tuve corazón para cobrar lo prestado. Fue así como el dinero entraba y salía y un día de tantos sin percatarme, salió para nunca más volver, se esfumó como las luces de los juegos pirotécnicos que después del esplendor se apagan y solo queda la oscuridad.

Hoy día soy jubilado de 73 años. Puedo entender que cualquier adulto mayor puede ser un excelente emprendedor porque tiene la

experiencia, conocimiento, cordura y todas las herramientas para desarrollar y emprender cualquier empresa. Debe tener la calma y sabiduría necesaria para hacer un análisis de su tiempo futuro que es oro y no puede apostar en algo incierto. Hay centenares de formas de desarrollar nuevas habilidades como adulto mayor sin comprometer su salud física, mental y emocional.

Haciendo una retrospectiva de mis actividades como emprendedor en mi vida, reconozco que en muchas ocasiones fallé, nunca le hice mal a nadie y siempre supe levantarme para hacer lo mejor que podía hacer.

Recuerdo que en mi vieja casa había un agujero en el techo cuando llovía corría a poner un tarro para recoger la gotera y no mojarme los pies. Contaba las gotas de agua durante horas y horas hasta quedar dormido. A la mañana siguiente en la oscuridad de mi cuarto, cuando ya la lluvia había desaparecido, se filtraba un rayo de sol por la misma abertura y de nuevo corría, pero ésta vez no a poner un tarro, sino a jugar atrapando los millones de microorganismos que se reflejaban en el aire a través de la luz en la oscuridad y esa actividad me daba esperanza de que allí afuera había algo mejor para mí.

Aquel rancho viejo en donde no se podía dormir, lo cambié por un mirador en la cima de una montaña con sus amaneceres y muchos arcoíris. Transformé las rendijas donde se colaba el frío y los murciélagos, por telescopios para ver las estrellas. Aquel tormentoso ruido chillante de las cucarachas en las paredes que no me dejaba dormir, lo cambié por el canto de las aves, el vuelo del colibrí y ardillas que me hacen sonreír. Las tediosas giras de trabajo, los cambié por viajes, paseos, música, cine, teatro, libros, pintura, fotografía, sembrar flores, crear peces ornamentales. El sofocamiento por ser el primero todo, lo cambié por mi paz espiritual y un inmenso amor por la humanidad.



Relato de experiencias

Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora

Autor: Rodrigo Rojas Vargas

Entendiendo el verdadero significado de “emprendedora” que no es más que la acción de estar dispuesto y de ser afanoso, relato la experiencia de vida que no es más que un acontecimiento que nace de un recorrido por un camino a veces terso y lleno de una escenografía pintoresca e inconmensurable, misma que me extasía, y otras veces por terrenos escarpados y llenos de obstáculos y acantilados profundos.

Al depositar en el vagón número sesenta y siete de mi existencia terrenal, misma que considero la etapa más productiva de la vida, y después de haber consumado algunos logros que llenaron de satisfacción mi corazón y que hincharon mi pecho de alegría, me proyecto con nuevos bríos, pasión y vocación por emprendimientos muy especiales en los campos exclusivamente al servicio social de la comunidad que tanto amo.

La experiencia vivida me ha permitido tener algunas pinceladas de conocimientos quizá fundamentales respecto de la herramienta tecnológica, misma que poco a poco he ido depurando de acuerdo a las necesidades y exigencias, aspecto este, que día a día se renueva, se modifica, se mejora. Cambia, toda cambia, lo que hoy es moderno, mañana ya está añejo.

El primer emprendimiento lo he destinado al servicio hacia una cooperativa de ahorro y crédito rural, desde donde como miembro del consejo de administración y junto a otros compañeros, (trabajo en equipo) generamos ideas, proyectos, programas, alternativas de crédito enfocado al desarrollo y producción de sectores como la agricultura, ganadería, pequeña industria, vivienda, servicios,

consumo y demás actividades en las que concierne al cantón donde residio y que tienen que ver con la actividad económica.

Nos fondeamos a través de los recursos que se captan del ahorro de los asociados buscando siempre un porcentaje de rentabilidad apropiado, mismo que al final de cada período; un porcentaje de él se capitaliza con fin de darle mayor músculo a la cooperativa y el resto se distribuye equitativamente entre sus asociados, tomando en cuenta dos factores: el monto del ahorro y el uso del crédito individual.

Este emprendimiento me ha permitido actualizarme en aspectos administrativos, manejo de presupuestos, planes de trabajo y alta tecnología, mismos que han servido de cátedra en mi vida familiar y de proyección social. Todo ello ha enriquecido mis competencias.

El segundo emprendimiento consiste en estar inmiscuido junto con otras personas en una junta administrativa de un colegio académico tecnológico de una zona rural, siendo la matrícula actual de cuatrocientos estudiantes.

Este servicio totalmente ah honoren representa para mi otra gran satisfacción, de poder como ciudadano común y corriente, brindar apoyo a una institución dependiente del Ministerio de Educación Pública de mi país.

Ello representa administrar y distribuir recursos de un manejo muy delicado y minucioso y que son sagrados, pues provienen del erario público.

Para poder ocupar este cargo, el colegio presentó a nivel de la Municipalidad una terna de posibles personas que pudieran conformar la junta, el ente municipal finalmente es quien escoge, elige y juramenta por un período de tiempo específico. Mi gran satisfacción es que fui escogido en forma democrática.

Este emprendimiento me ha permitido juntamente con otras personas, concretar construcciones millonarias que hoy sirven de casa de enseñanza para beneficio de los estudiantes, asimismo,

vamos tras el objetivo de construir un moderno y amplio gimnasio, proyecto que ya se encuentra en el departamento de contrataciones de la Dirección de Infraestructura y Equipamiento (DIE) y que se convertirá en uno de los anhelos más grandes de mi existencia.

Otro emprendimiento lo es, asesorar administrativamente a una Asociación de Hogar de Ancianos de mi comunidad, misma que atiende a cincuenta y cuatro adultos mayores, un noventa por ciento de ellos rescatados de un ambiente de pobreza extrema, abandono y riesgo social. Este programa los denominamos “institucionalización”, o sea, permanecen en el centro durante las veinticuatro horas del día, de los trescientos sesenta y cinco días del año.

Ahí se les brinda asistencia en: aspectos nutricionales, alimentación (seis tiempos de comida por día) apoyo psicológico y acompañamiento en el duelo, terapia física, terapia ocupacional, aspectos médicos atendidos por tres enfermeros con el apoyo de un médico general, aspectos religiosos, recreativos, celebraciones y demás.

El otro programa es denominado “red de atención progresiva para el cuidado integral de la persona adulta mayor de mi cantón”, ahí se les brinda el soporte a más de cien adultos mayores en estado de pobreza extrema, eso sí, directamente en sus casitas de habitación.

Existen quince tipos de beneficios, mismos que al ser otorgados llevan el sello de un profesional en trabajo social y psicología y son aprobados por un comité de apoyo al que honro en coordinar.

Como lo he relatado en los anteriores emprendimientos, todo lo que hacemos es fundamentado en el “trabajo en equipo” donde no existen individualidades sino consensos.

La satisfacción más grande de este emprendimiento es que es a nivel de voluntariado, sin más que el aporte del tiempo, ideas, proyectos, planes de trabajo, presupuestos, control interno y demás aspectos que se deben tener en cuenta cuando se administran y distribuyen recursos públicos, aspecto que es de una enorme responsabilidad, orden, eficiencia y eficacia.

Los subsidios que se brindan son los siguientes: alimentación, artículos de uso personal e higiene, medicamentos e implementos de salud, atención social en salud integral, productos de apoyo o ayudas técnicas, equipamiento de casa, alquiler de vivienda, servicios básicos, municipales y trámites migratorios, familias solidarias, servicios básicos de atención en el domicilio y servicios para la atención y cuidado especializado, hogares comunitarios, transporte y combustible, promoción y prevención de la salud, institucionalización, mejoras habitacionales y gastos operativos.

Otro emprendimiento que ejecuto y me apasiona, se refiere a un proyecto de cortos televisivos en un canal propiedad de una cooperativa de electrificación rural de mi pueblo, mismos que consisten en mensajes positivos y alentadores que brindo y que cubre el área de cobertura de la cooperativa, mismos que no pasan de tres minutos de duración. Se proyecta uno por semana.

En ellos he abordado tema como: el amor, la solidaridad, fortalecimiento de las instituciones locales, resaltar la admiración y el cuidado de nuestro cantón, los sueños convertidos en realidad, la espiritualidad, el civismo, la importancia del agua, el insigne agricultor, tiempos de vida, líderes del cantón, el desarrollo comunal, reacción al cambio, triunfar sin peligro es vencer sin gloria, los nietos, la pobreza, reseña histórica de mi cantón, entre otros.

El último emprendimiento que abordo está relacionado con el turismo rural a través de una pequeña empresa de la cual formo parte como miembro de la junta directiva, que, junto a un grupo de estimados amigos, hemos diseñado alternativas de hospedaje junto a un salón para eventos especiales.

Estas instalaciones atraen turistas nacionales y extranjeros que llegan buscando paz, tranquilidad, meditación y relación íntima con la naturaleza y el bello paisaje de estas tierras altas de mi cantón, llenas de bosques, serranías, agriculturas y repastos que enriquecen el ambiente donde sobresale el ganado de alta genética.

Después de haber satisfecho durante el recorrido de mi vida aspectos materiales, familiares, profesionales, de índole espiritual, y

observar con gran satisfacción que mis hijos, lograran convertirse en insignes profesionales en diferentes campos del saber, todo ello gracias al esfuerzo conjunto con mi compañera de bodas, y una vez cumplida la meta y correr el velo para convertirme en un jubilado de mi trabajo original relacionado con la banca estatal, surgen nuevos retos, nuevos objetivos, nuevas metas por alcanzar, la vida no se acaba, continúa y sigue siendo tan activa como en mis años mozos.

Mientras el SER SUPREMO me dote de salud y mi mente esté lúcida y permite generar ideas innovadoras y de bien social, ahí estaré presente.

Y es que llegó el momento de sembrar. Es tiempo de sembrar. Y el tiempo de sembrar no es tiempo de paños tibios. No es tiempo de dudas. No es tiempo de mirar hacia atrás. No es tiempo de comparar. El tiempo de sembrar no es tiempo de pasividad ni de vagancia. El tiempo de sembrar no es tiempo para el miedo ni la timidez. El tiempo de sembrar no es tiempo de criticar. El tiempo de sembrar no es tiempo de prisas, no es tiempo de desesperos e impacencias. El tiempo de sembrar es tener nuestras metas claras. El tiempo de sembrar es tiempo de establecer nuestra visión y propósitos y llevarlos a cumplimiento con la inspiración Divina. El tiempo de tiempo de sembrar es estar claros de las consecuencias. El tiempo de sembrar es estar conscientes de los recursos existentes y detectar el mejor tiempo para comenzar el camino hacia la meta.

En esta edad adulta deseo ser río, para que sus aguas discurran plácidamente hasta el mar como su objetivo señorero, y no laguna estancada y mal oliente donde el agua se fermenta y contamina.

Año a ser lluvia que humedece los campos de mi amada tierra donde germina la semilla, haciéndolos productivos; en lugar de ver llover pasivamente desde la ventana que está junto al balcón de mi vieja morada.



Relato de experiencias

Desarrollando nuevas habilidades como persona mayor emprendedora

Autora: Elizabeth Vargas Ávalos

Hace 20 años que emprendí mi Vivero.

Con cuatro hijos cuyas carreras estaban inconclusas, llena de ilusiones porque soñaba con ser emprendedora, después de muchos años de haber sido una persona asalariada; con la ayuda de mi esposo y de mi hijo menor Juan Elías, comencé a trabajar hasta forjar el sueño que tenía.

Al comenzar no teníamos experiencia, por lo que nos matriculamos a estudiar en el INA a llevar cursos de jardinería y abonos orgánicos; los que nos dieron la base para empezar a trabajar responsablemente en dicha rama.

Comenzamos ofreciendo nuestros servicios de jardinería a domicilio, luego conseguimos un lote de ciento ochenta metros de terreno en la Uruca donde instalamos nuestro primer Vivero. ¡Era pequeño! Ellas con 12 años se esforzó por atenderlo mientras que mi esposo y yo salíamos a trabajar en los jardines de nuestros clientes.

La primera persona que nos contrató fue una hermana que hasta me regaló una máquina orilladora que tenía.

Por unos años Elías nos ayudó en el Vivero luego lo obligamos a ir al Colegio porque él quería dedicarse al trabajo.

En diciembre de 1999, nos visitó don Mario González, administrador del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes y nos solicitó le limpiáramos los jardines de la antigua FANAL en San José cede de dicho Ministerio, ya que allí se efectuaría el sorteo de la

lotería nacional navideña de ese año y les urgía les realizáramos el trabajo.

Hallamos gran acogida en ese Ministerio y lo que más les impactaba era verme como mujer trabajando en los jardines, tanto que periodistas de Canal 7 me hicieron un reportaje en ese lugar. Allí trabajamos por 10 años.

También desde el principio nos contrató el Instituto de Desarrollo e Inteligencia donde trabajamos hasta la fecha.

Por varios años atendimos la elaboración de jardines en Guanacaste a la vez que nos contrataron en el Castillo Country Club donde laboramos por 4 años.

El nombre del Vivero “Viveros Holanda” obedece al entusiasmo que me provocó la belleza de ese país que de frontera a frontera es un precioso jardín y puse su nombre “Viveros” en plural porque aún no he cumplido la meta de multiplicarnos en ese campo, aunque a la fecha casi lo logramos.

Cumplí mis 50 años, mis 60 años y ahora tengo 66, ya estoy pensionada por la CCSS desde el 2018 pero muy entusiasta en continuar con el desarrollo de esta empresa.

Juan Elías, nuestro fiel compañero en este emprendedurismo, hoy tiene 32 años; estudio y me ayudó siempre es Lic. En Administración de Empresas y aplica sus conocimientos al Vivero con gran éxito.

A esta fecha, hace ya varios años la prestigiosa compañía Price Smart de Costa Rica se interesó en nuestros productos y nos abrió las puertas para colocar en sus 8 almacenes plantas de excelente calidad con el beneplácito de sus socios.

Estoy muy convencida, que los seres humanos podemos llegar a donde nos propongamos emprendiendo nuestra tarea con esfuerzo y dedicación. Al principio contaba solo con la asistencia de mis hijos, principalmente Elías que se quedó conmigo y económicamente de mi hija menor que me prestaba dinero para compra de materiales,

al igual que algunos viveristas que confiaban en cederme pequeños créditos mientras yo desarrollaba los trabajos.

Este es mi país de oportunidades, no para que nos regalen nada, sino para financiar al emprendedor. Ya por dos años hemos sido beneficiados con préstamos Pymes de parte del Banco Nacional de Costa Rica con lo que logramos levantar la infraestructura de nuestro actual Vivero en San Pablo de Heredia donde tenemos un local alquilado de 1200 metros desde hace 8 años y extendernos nuestras metas ampliamente.

El sistema de crédito Pyme nos permite prosperar a los emprendedores porque al pagar el interés al capital es muy favorable y las cuotas casi todas van a cancelar el préstamo.

Hace varios años incursionamos en la comercialización de cactus y suculentas con increíbles resultados.

No hay límite de edad para emprender. A mis 66 años me dedico a escribir, tengo más de 25 poesías que pretendo publicar.

¡Querer es emprender, emprender es poder y poder es crecer! Gracias a Dios por el emprendedurismo y por el apoyo que encontramos en quienes creen en nuestro esfuerzo.



Poesía Extranjera

Salmodia esperanzada sobre el hombre

Autor: Leonardo Aragón Marín

Algún hombre de ahora, sabio y modesto,
se sabe en su alma hijo de un titán.
Mantiene en alto el fuego de la antorcha
sobre una piedra tersa, brillante y transparente;
evita el delirio y enmudece la ceguera del mundo.
No teme a la tormenta.

Se hace preguntas con frecuencia,
descubre la hondura de la que la verdad y la palabra nacen;
descubre el dolor, que a veces da el saber
y no le muerde el alma.
El premio a sus preguntas es un camino que nunca se cierra
y discurre más allá del horizonte;
es una luz ante la que cualquiera se estremece,
va más allá de la respuesta a la emergencia.
Pues la verdad de lo que es no aparece de inmediato,
y brilla luminosa al paso de las horas y los días.

Ese hombre eres tú y cualquiera, y cada uno.
Se nutre de la verdad que nace de su entraña,
goza y mira de soslayo a la insidia,
está sereno y ante los peligros no tiembla,
en su rostro se vislumbra la dicha,
aunque el dolor le hiera muy adentro.
Hasta los dioses temen su mirada.
Medita y actúa desde la sensatez del riesgo,
desde la hondura del amor a lo humano
sus decires y palabras son diáfanos.
Es como el árbol a la vera del regato;

en silencio, todo lo que inicia,
da el fruto que en él reposa desde siempre.
Busca la sabiduría que bulle en lo hondo de su alma,
y da holgura al pensamiento.
Mora en la sabiduría y acampa en su heredad.
Mora en la sabiduría y abre su cerebro,
confía siempre en que su esfuerzo nunca será inútil.

La luz de la sabiduría mana de la hondura del corazón
y da más más alegría que la abundancia de las cosas.
En su paz duerme y en ella reposa.
Temprano se levanta y ante ella espera;
pronto en la mañana, siente su aliento y escucha su voz,
lúcido se prosterna en la morada del saber,
en él confía siempre.
El saber lo guía y allana su camino.
Su fuerza lo rodea y lo protege.

A pesar de su brío,
gime algunos días el hombre sabio,
su cuerpo es una llaga de ansiedad y de angustia.
Esos días sus ojos se apagan de tristeza,
por la noche sus lágrimas inundan el lecho,
su rostro se endurece y grita contra el mundo,
denuncia a los obradores de engaño,
a los que cambian los nombres de los hechos y las cosas
para esconder su maldad,
a los que mienten sobre el discurrir del río de la vida
y ocultan la falsía, la injusticia
y el despojo que sufren los humildes.

Pero, aunque a veces se arredre, ese hombre confía
que el titán que reposa en cada uno
siempre despertará del sueño en que lo sepultaron
unos dioses de sangre,
unas murallas construidas de fraude,
o su propia mezquindad.



Poesía Extranjera

La muerte

Autora: Miriam González Aranzazu

Anda, lejos de mi
eterna oscuridad
en mi insignificancia.
Déjame
no pases tu guadaña cruda
cortando florecidas vidas
aunque mis ojos lloren
mi vientre sienta hambre
no vengas, muerte

Soy el hombre que ríe
sabiéndome vivo
no me espantes
presiento días felices
con banderas de paz
largos años de amor
vida para la vida.

Vete
vete muerte
aunque aúllen los lobos
por mi alma maldita
toma el camino
de los desesperados
de los suicidas

Muerte...
libera del dolor
libera del suplicio
la inocua peste

doloroso llanto
temor nocturno
noctambula ceguera

Eeaaaaa arre arreeea
arre arremete a saciarte
con la guerra
deja los niños, las flores
la sonrisa, la verde primavera
el dulce río, el fresco aire
vete muerte

Deja muerte
el amanecer
los pájaros que cantan
los jóvenes que ríen
la estrella
el espacio
vete muerte

Deja muerte
Lo más bello
La bondad, la caricia
El amor, el sol
Las pompas de jabón
el color, la luz
vete

Vete muerte
arre arreeee
sube a tu guadaña
vete plañidera
carroñera muerte
vete ya
da paso al paraíso



Poesía Extranjera

Así quedamos Mirando como vuelan los anhelos

Autor: Daniel Callejas Cruz

Veo hacia atrás y ahí están las horas esparcidas en pequeñas gotitas de horizonte. Reflejos nada más, granos de lluvia en la inclinada corteza de la noche.

Aun cuando vinieron de la lluvia, se tomaban el espacio de mi casa; en él corrían como luces esquivas alumbrando rincones olvidados. Mis reflejos de ira entre los dientes no tenían cabida porque sus movimientos de fiera alborotada salpicaban mi rostro, de ternura.

Cada uno a su tiempo fue cayendo como frutos de oro en el pesebre de mis dos almohadas con sus alegrías, su tarde amarilla, su traje raído, su ruta tranquila y su cargamento de llanto y caricias que me dieron las garras contra la injusticia.

Risa en la cocina, gritos en el patio, las cosas subían contra la corriente, sabes que en la calle el soldado nos mira con sospecha; envueltas en papel regalo: las balas podrían romper los juguetes de su realidad. ¡Duérmase tranquilo, habrá mañana sol!

Ah chicos de escuela, de ojera y desvelo, de juegos y fiestas, de ajuste de cuentas. Cómo no recordarlos si sembraron parcelas de amorosos versos sin quererlo, poetas de papel, barcos y arena, me dieron de sus lágrimas los surcos y coseché poemas verdaderos sobre los nubarrones de las despedidas.

Hoy van esas esquivas golondrinas escapando del aire que los contamina y no creo que vuelvan, no dijeron adiós cuando se fueron por no deberme nada, ni siquiera se sabe si estarán amorosas sus palabras o cómo habrá crecido la nostalgia.

A veces se me acaba la ternura en casa; el cosquilleo de sus voces al teléfono me silba la distancia sin esperas, ni olvido. Cierro los ojos y entre los suspiros renacen sus imágenes de niños corriendo veredas detrás de los perros del tiempo.

Y sólo me quedé sobre los vientos, mirando cómo vuelan los anhelos.



Poesía Extranjera

Poeta, vuelve a las escaleras

Autor: Jesús Arenas Hernández

La noche estaba fría y la calle solitaria. En las escaleras los doce chicos rodeábamos al hombre de saco viejo, pelo largo y amable sonrisa. En cada palabra cerraba sus ojos, Encogía la ternura en sus solapas arrugadas, revisaba sus uñas que la luz de la calle hacia brillar. Nos observaba estacionando su mirada en cada uno de nuestros rostros; tomaba un aliento largo y se sumergía en un sueño. Extraía de su bolsillo un papel ajado, y se convertía, por arte de magia, en un poema su expresión; su corazón latía en paraísos y recitaba versos con un sentimiento profundo que nos estremecía.

Departía sus letras en racimos de soles y cantos en do mayor.

En su tono sobrio, mesurado, grave y melancólico confesaba que declamaba a Neruda, a Rubén Darío, Lorca y Vallejo; su preludio era un ligero carraspeo insinuante. La tertulia nos convencía de estar frente a un poeta de calle, poeta olvidado por las elitescas castas absolutas de la poesía, dueñas de las editoriales y de los contubernios enclaustrados.

Nuestros padres y vecinos vigilaban con sigilo al maestro peregrino de los trapos viejos, sentado en el borde de las escaleras, que inventaba estrofas de azúcar que las esparcía en la brisa de los atardeceres de mi barrio humilde.

Hablaba de cielos donde existían estrellas de mariposas, cantos de ruseñores, galaxias lejanas habitadas de poetas.

Un día, recuerdo que su voz estaba triste y sus ojos ausentes, envolvió un trozo de pan en los periódicos viejos que sostenía

debajo de sus brazos, recitó Angelitos Negros y la Sonatina; calló de repente. Sin decirnos nada, ni un adiós; se alejó por la calle arriba, la misma por donde había bajado aquella tarde de un lunes. No volteó a mirarnos; nos miramos callados, no sentíamos deseos de comentar su partida. Algo, muy adentro, nos agobiaba de tristeza. Su figura se perdía tras las escaleras y la cuesta.

Aunque ninguno dijo nada, estoy seguro que también lloraron al poeta solitario; que tampoco pudieron dormir aquella noche.

Cuando un poeta se nos va, se lleva una parte de nuestras ilusiones.

Todas las tarde bajábamos a las escaleras, taciturnos, esperando su regreso. El chico más avispado dijo que quizás, andaba buscando poemas en los arcoíris de sus sueños, lo llamaron las musas que también eran poetisas extraviadas. Mi madre me consoló diciendo que así era el alma de los poetas...viajeras eternas, incomprensibles a veces: Búscalo en los libros de la biblioteca, tal vez los está esperando dentro de algún poemario...yo lo buscaba entre las nubes porque presentía que un poeta siempre viene de lugares extraños, repleto de luces y de fantasías

Hoy lo veo multiplicado, bañado de poemas y cantos, cubierto de amor, con una prosa realenga bajo el brazo, sentado en las escaleras, rodeado de libros, amaneciendo versos, musitando a solas.

POETA: Si estás en el aire duplica tus alas y vuélvete sol, si estás en el mar vuélvete sirena y manantial, si en el cielo: ángel, si en la tierra: ¡regresa!... tu mundo no ha muerto, vuelve con tu poesía y sus locuras. Te necesitan los doce chicos de las escaleras.



XXIX
Concurso Literario de
Personas Mayores
— 2020 —

XXIX

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2020 —

“Julieta Dobles
Yzaquirre”

La edición XXIX del Concurso Literario estuvo dedicada a la señora Julieta Dobles Yzaquirre, por sus importantes aportes a la cultura costarricense con sus diversas facetas de poetisa, escritora y educadora, siendo cinco veces ganadora con el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, así como con el Premio Nacional de Cultura Magón 2013.

Los géneros para participar en la **modalidad nacional** fueron:

1. Cuento (tema libre)
2. Poesía (tema libre).
3. Poesía Infantil (tema libre).
4. Relato de experiencias con el tema “Experiencias de una vida utilizando la tecnología”.

El género para participar en la **modalidad extranjera** fue: Cuento.

En esta edición participaron 376 personas, de las cuales 176 fueron nacionales y 200 del extranjero, para un total de 427 obras literarias dado que algunas de ellas participaron con dos obras.

Las personas participantes en el extranjero fueron de Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, México, España, Alemania, Estados Unidos, Panamá, Cuba, Uruguay, Perú, Brasil, Canadá, El Salvador, Guatemala y Republica Dominicana, para un total de 17 países participantes.

Jurado calificador

Lara Ríos

Marilyn Echeverría Zürcher, cuyo seudónimo es Lara Ríos, nació el 9 de abril de 1934, en San José Costa Rica. Hizo sus estudios primarios en la Escuela República del Perú y los secundarios en el Colegio de Sión. Es autodidacta. Casada, tiene 4 hijos y 12 nietos. Ha escrito varios libros para niños y jóvenes, entre ellos el poemario *Algodón de azúcar*, que ganó el Premio Carmen Lyra 1975, auspiciado por la Editorial Costa Rica.

También escribió *Pantalones cortos*, *Verano de colores* y *Pantalones largos*.

El libro *MO* fue incluido en 1992, en la Lista de Honor de IBBY (International Board of Books for Young People) y fue traducido al tailandés. La música de Paul recibió el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, en la rama de cuento en el 2002 y ha sido traducido al inglés y al francés. También escribió *El círculo de fuego blanco*, *Aventuras de Dora*, *la lora* y *Chico perico* y otros más.

Miguel Baltodano

Miguel Ángel Baltodano Quirós. Nació el 22 de diciembre de 1946 en el barrio del Carmen de la ciudad de Puntarenas.

En la Escuela Antonio Gámez de Puntarenas concluyó la primaria. En esa misma ciudad, en el Liceo José Martí, estudió los primeros tres años de secundaria. A la edad de 19 años se fue a laborar a los bananales del Pacífico Sur costarricense. Ocho años después, se traslada a la ciudad capital en donde concluyó la secundaria en el Instituto Costarricense de Educación de Adultos. Después ingresó al Instituto Técnico de Administración de Negocios, en cuya academia obtuvo el título de Técnico Medio en Administración de Negocios.

En febrero de 1983 emigró a Miami, Estados Unidos casi doce años trabajando sin documentos legales. De regreso al país, a mediados de 1994, mientras laboraba para varias empresas, se dedicó por las noches a escribir novelas. Es autor del libro *“Memorias de un bananero”*, el cual fue declarado de interés cultural por el presidente de la república y la ministra de la cultura Sylvie Durán.

Arabella Salaverry

Escritora costarricense. Una infancia transcurrida en el Caribe costarricense define la presencia literaria de esta escritora y actriz. Viajera incansable, se forma en diversos países latinoamericanos en donde estudia Artes Dramáticas, Filología y Teatro en universidades latinoamericanas (México, Venezuela, Guatemala y Costa Rica).

Su labor como promotora cultural se pone de manifiesto en la Presidencia y la Vicepresidencia de la ACE (Asociación Costarricense de Escritoras) en los períodos 2004-2008 2008-2010 y también desde la dirección del Grupo EL DUENDE. Ganadora del premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría 2019 rama poesía y Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría 2016 rama cuento.

Embajadora de la cultura latinoamericana, su obra literaria ha sido incluida en antologías en Costa Rica, México, España y la India; considerada en periódicos, revistas y blogs literarios tanto en su país como en México, Ecuador, España, Argentina y Colombia. Escenarios de varios países han albergado su voz en recitales personales: Costa Rica, Chile, Panamá, Guatemala, México, Brasil y Argentina. Poemas suyos han sido traducidos al inglés, polaco, catalán, italiano al húngaro y al bengalí.

Invitada a Encuentros y Festivales de Escritores nacionales e internacionales. Jurado en concursos nacionales e internacionales de poesía y narrativa. Ha participado como actriz protagonista y de reparto en más de 50 montajes de diversas instituciones. Trabaja en producción, dirección y actuación para radio, cine y televisión. Se ha desempeñado como Gerente General y de Mercadeo en el sector universitario. Además, dirige talleres de comunicación y ha extendido su labor como promotora cultural por todo el país y más allá.

Resumen de obras ganadoras

CUENTO

- 1** ▶ **Leonora**
Lugar Escrito por: Rosaura Barquero Sánchez
- 2** ▶ **Querida novia de mi alma, no se porqué te dicen Selva**
Lugar Escrito por: Gino Colombo Víquez
- 3** ▶ **El muerto ajeno**
Lugar Escrito por: Fernando Francisco Acosta Vargas

POESÍA

- 1** ▶ **La levedad del tiempo**
Lugar Escrito por: Leda García Pérez
- 2** ▶ **Pasión, muerte y resurrección del amor**
Lugar Escrito por: Mynor Sandoval Vargas
- 3** ▶ **Raíces**
Lugar Escrito por: María Teresa Pereira García

LITERATURA INFANTIL

- 1** ▶ **Magna celebración**
Lugar Escrito por: Emma Zúñiga Valverde
- 2** ▶ **La felicidad**
Lugar Escrito por: María Ulate Rodríguez
- 3** ▶ **Mamá**
Lugar Escrito por: María Isabel Gamboa Durán

RELATO DE EXPERIENCIAS

- 1**
Lugar ▶ **El asesino que vino de oriente**
Escrito por: Rodrigo Cedeño Gómez
- 2**
Lugar ▶ **Marañón de la marañonería**
Escrito por: Carlos Fuentes Bolaños
- 3**
Lugar ▶ **Lila**
Escrito por: Ana Isabel Salazar Gámez

Resumen de obras ganadoras extranjeras

CUENTO

- 1**
Lugar ▶ **El beso de Emma Zunz**
Escrito por: Hugo Daniel Álvarez Picasso
País de origen: Argentina
- 2**
Lugar ▶ **La Kennedy**
Escrito por: Lauro Cruz Sánchez
País de origen: México
- 3**
Lugar ▶ **De no creer**
Escrito por: José Luis Tomassetti
País de origen: Argentina

Obras Ganadoras

Cuento

Leonora

Autora: Rosaura Barquero Sánchez

Leonora fue la cuarta hija de Abelardo Gaytán Pacheco y Altagracia Quirós Ballester, digno matrimonio que esperaba en este último alumbramiento su anhelado hombre, y a quienes ante tan inesperada llegada no les quedó más remedio que la santa resignación. Desde pequeña, la varonil personalidad de Leonora horrorizó a sus padres y hermanas, pues no era precisamente esa figura masculina la que tanto habían deseado, y dado que a la santa resignación la sustituyó la indignación y la abofeteó la vergüenza, haciéndoles creer lo que consideraron la peor desgracia de sus vidas, decidió la familia, como últimos y desesperados recursos al comprobar que la niña no podía, bajo ninguna regla impuesta hasta el momento cambiar su conducta natural, permitirle relacionarse en adelante únicamente con niñas, esperanzados en que alejándola de los varones cambiaría de actitud, obligándola además, vestir a diario los insoportables trajes que doña Altagracia adornaba con enormes lazos rosados, adornos que también debía llevar en sus cabellos, exigencias que lejos de lograr el objetivo deseado, solo convirtieron a Leonora, con seis años ya, en una niña triste, tímida y acomplejada, solo su prima Luz Celeste Castillo Quirós, de una edad similar a la de ella fue su única amiga, su compañera de escapadas a jugar con los muchachos del barrio las pocas veces que pudieron hacerlo, la que conoció su tristeza, percibió en silencio el rechazo del cual era objeto, y la que creció a su lado brindándole siempre respeto y cariño.

Los estudios fueron su refugio y única proyección, esperando poder graduarse en Derecho, sin embargo para sus padres era mucho más importante su objetivo de casarla cuanto antes, razón por la que la inducían al trato con los jóvenes de su círculo social, pero al comprobar que ella detestaba estos acercamientos y así lo sería siempre, su

padre decidió retirarla del colegio, pues según dijo: “lo único que está haciendo es perdiendo el tiempo, porque no le voy a permitir estudiar Leyes, eso es para hombres, que le ayude a Altagracia, con eso tiene, y a partir de hoy le prohíbo salir sola”, decisiones que su madre y hermanas aplaudieron complacidas. Abandonó el Colegio sin terminar de cursar el cuarto año, y se dedicó a trabajar con su madre en el taller de costura que ésta tenía para señoras de la alta sociedad, obedeciendo sin reclamo y caminando sobre la línea que sus padres le trazaron y sobre la que aprendió a equilibrarse. Cuando la conocí en mi pueblo yo tenía aproximadamente diez años y ella quizá unos veinticinco, me llamaba la atención aquella muchacha alta, seria, de mirada triste, piel trigueña, cabello negro recogido en un moño, ropa oscura, un relicario de plata en su cuello, de porte diferente al de otras jóvenes y siempre acompañada de su madre, alguna de sus hermanas, y de una sombrilla blanca, inseparable compañera en la cual se apoyaba y que daba siempre un paso antes que ella. Aunque yo era muy niña sentía una mezcla de pena, curiosidad y cariño por aquella joven tan extraña entonces para mí, saludaba de manera educada pero tímida bajando siempre la cabeza, recuerdo también que en alguna ocasión que me miró, una leve y dulce sonrisa se dibujó en su boca. Pasaron aproximadamente seis años y ya adolescente, un día me decidí a preguntarle por ella a mi madrina Sara que había trabajado sirviendo en su casa cuando Leonora era niña, y ella me contó lo que sabía de su historia. Poco tiempo después su familia, y luego la mía, nos trasladarnos a la Capital. Doña Altagracia y Leonora se dedicaron casi por entero a colaborar con el sacerdote Aquilino Fuegoardiente, en los quehaceres de una Iglesia en el centro de la ciudad. Pasaban los años y de manera curiosa, seguíamos ocasionalmente cruzándonos en la calle, siempre seguía yo sintiendo por ella esa mezcla de sensaciones de mi niñez, y conociendo parte de su historia ese sentir se había intensificado.

Envejecí y Leonor más que yo, con el paso del tiempo empecé a verla sin compañía humana, pero apoyando siempre y cada vez más sobre aquella inseparable compañera, su encorvada existencia para no dejarla caer un día. Hace una semana, después de no sé cuántos meses o años la vi de nuevo, no podía creerlo, por primera vez su blanca sombrilla la llevaba abierta y su anciano rostro irradiando plenitud, parecía ser otra, pensé emocionada que de seguro algo

hermoso había ocurrido en su vida, le sonreí como siempre y continué mi camino, pero esta vez Leonora avanzó hacia mi diciéndome

- Por favor, esperá.

Me detuve. Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que no supe que decir.

- Hace meses esperaba este momento. Me dijo con voz serena, voz que jamás había escuchado.

- Te conozco desde que eras pequeña, te he visto año tras año siempre cruzándonos en el camino, aún recuerdo tus ojos de niña observándome con curiosidad.

Y mi corazón seguía latiendo muy fuerte y no podía hablar.

- Tal vez te parecía un ser extraño, pero no lo soy, vení, sentémonos aquí.

Poco a poco mi corazón se iba calmando, nos sentamos junto a un puesto de flores de múltiples colores que contrastaban con su ropa oscura, los destellos del relicario sobre su blusa y la intensa luz de la blanca sombrilla cubriendo su espalda, parecía una hermosa acuarela y sentí estar dentro de ella. Sacó de la bolsa del abrigo un viejo pero cuidado papel, lo puso en mis manos diciéndome :

- Es sólo una historia más, pero sé que la comprenderás y lo harás, gracias mi amiga sin nombre, ni palabras.

Apretó mi mano con fuerza y yo la suya, su profunda mirada me dijo que aquello era algo muy sublime para ella, quise preguntarle muchas cosas pero no pude, se levantó y la vi perderse entre la gente reflejando la brillante luz del sol, la acuarela empezó a desdibujarse y sequé de prisa mis lágrimas para no desteñir más su imagen, comprendiendo en ese momento que sin saberlo, yo era una pincelada única en el paisaje de su existencia como ella lo era en el mío, sintiéndome dichosa de haberle proyectado algo tan inexplicable y positivo, que fue capaz de haberme elegido, por lo

que sus ojos me habían dicho, para algo grande en su vida. Y al lado de aquella fusión de aromas y colores, leí sus palabras cargadas de energía doliente y callada que hoy transcribo a ustedes:

“Amé a mi prima Luz Celeste creo que desde pequeña, sin darme cuenta, con ese amor ingenuo y sincero de niñas inseparables que se acrecentó en la adolescencia, cuando se desplegó en mí el gusto por las mujeres, sentimiento que me llenaba de angustia ocultándolo en lo más profundo de mi ser, desde entonces la amé, y ella a mí de igual manera, transformándose poco a poco este amor en mezcla de pasión y culpa, porque no comprendíamos la razón de sentirlo, ni porqué la humanidad y las religiones lo condenaban si era un sentimiento tan limpio. Y las dos callábamos, talvez por miedo al pecado, talvez porque no lográbamos comprenderlo, y porque sabíamos que nuestras familias jamás aceptarían una relación así, hubiéramos sido la vergüenza más grande para todos, pero nuestra incondicional e inseparable compañía, nuestras miradas, nuestros deseos carnales individuales eran suficientes para que las dos, sin declararnos nuestro amor, supiéramos que era un sentimiento espiritual, sexual y único. Una tarde del verano de 1947, ella dieciocho años y yo diecinueve, vacacionando con nuestras familias en Puntarenas y aprovechando que nuestros padres visitaban unos amigos en Esparta, nos fuimos para la playa, y en ese atardecer maravilloso que viviría con nosotras para siempre, bajo una enorme sombrilla blanca, bondadoso cómplice protegiéndonos de la humanidad, Celeste y yo, sin importarnos nada más que no fuéramos nosotras dos, nos entregamos a nuestra pasión por primera y última vez en nuestras vidas, hicimos el amor con la locura de un sentimiento guardado por años, nos dijimos todo lo que siempre callamos y nos prometimos amarnos en secreto, pero unidas para siempre. Luego nuestras realidades como la marea alta que nos obligó a retirarnos aquella tarde, nos separó, la familia de Celeste y la mía sospecharon de nuestro amor, era imposible ya disimularlo aunque lo intentáramos, jamás nos preguntaron sobre ello, pero mi madre comenzó a recargarme el trabajo que realizaba en su taller de costura, lo cual nos impedía reunirnos con la frecuencia que siempre lo habíamos hecho, y a Celeste dos meses después la enviaron a Europa a vivir con su hermano mayor que radicaba en España, lograron separarnos, ese era su objetivo. Poco tiempo después oí comentar a mis padres que la obligaron a casarse con

Fausto Villafuerte, un español amigo de su hermano. No supe más de ella hasta cinco años después que regresaron a Costa Rica a la casa de sus padres, los míos no hablaron al respecto, únicamente me prohibieron acercarme a ella sin más explicaciones, ante lo cual como siempre callé y obedecí, pero un amigo mutuo que fue a visitarla me contactó para contarme la razón de su regreso; estaba embarazada, corría alto riesgo y querían que su hijo naciera aquí, se encontraba muy mal y pedía verme. Sin importarme entonces las amenazas de mis padres, y pasando por primera vez en mi existencia por encima de su cruel egoísmo, fui a verla, crucé el jardín de su casa y toqué a la puerta una vez, nadie abrió, así que empujé la puerta semiabierta y entré, en ese momento un hombre venía a ver quién llamaba, nos presentamos, era su esposo, me recibió cortésmente alegrándose de mi presencia pues conocía el deseo de Celeste de que yo la visitara, pero una de mis hermanas les había dicho que me encontraba fuera del país. Me indicó la puerta de su cuarto y se retiró. No sé si podría describir aquí lo que sentí al verla en aquella cama, con una tristeza en su rostro que jamás olvidaré, nos abrazamos con ese amor contenido pero presente porque nadie logró sacarlo jamás de nuestras almas, tomando mi mano y besándola me dijo: “te amo y te amaré siempre, aquí o a donde vaya, no pudieron impedir que nos amáramos, sos el amor de mi vida aunque no estés conmigo. Quiero pedirte que algún día, en nombre de este amor, contés nuestra historia, sé que es solo una historia más en este mundo, pero tal vez pueda servir para que otras personas tengan el valor que nosotras no tuvimos, y luchen por defender su derecho a elegir a quien amar, y quizá para que muchos padres puedan comprender que no se juzgan los valores de los seres humanos, mucho menos de sus hijos, por su orientación sexual, para que no destruyan tan cruelmente sus destinos por sus prejuicios y apariencias sociales”. Mi llanto no me permitía hablar, lloraba por su vida, por la mía, por mi cobardía, porque así como desobedecí ese día y abrí la puerta de mi casa y la suya casa para verla, de igual manera debí abrir años atrás cargada de valentía, la puerta de nuestra felicidad por más cerrada que estuviera. Le juré por nuestro amor que lo haría, y me despedí besándola en la frente, con la tristeza más profunda que he sentido en mi vida. Dos días después Celeste murió con su hijo al dar a luz. Han pasado cuatro días de su muerte y estoy aquí con este dolor clavado en mi alma, y absurdamente con el valor que nunca tuve

para defenderlo, escribiendo nuestra historia en esta hoja de papel, pero aunque mi juramento es sagrado, tengo un miedo espantoso de vivir lo que me queda de vida -si es que puedo llamar vivir a este simplemente sobrevivir- repudiada aún más por mis padres, mi familia y la sociedad, miedo del castigo que me espera por llevar en mi alma este pecado que mi religión condena, miedo de todo, miedo de la vida. No sé cuándo expulsaré de mi alma esta cobardía, hablaré de nuestro amor, y elegiré la persona para que cuente esta historia cuando yo ya no esté, solo el día que cumpla mi juramento tendrá paz mi espíritu y podré reunirme para siempre con ella”.

Leonora Gaytán Quirós, mayo 1952

Terminé de leer esta carta comprendiendo ahora su vida en forma total, y sintiendo repulsión y asco de esta maldita sociedad que juzga, castiga, odia, impone, sin mirar jamás las almas, impidiendo a tantos seres humanos realizarse en todo sentido.

La busqué al día siguiente de nuestro encuentro en la Iglesia donde me imaginé que aún colaboraba, quería decirle que siempre la admiré y ahora más, quería decirle “gracias por confiar en mí”. Pregunté a una señora que arreglaba el altar, quien llena de indignación me dijo que Leonora hacía aproximadamente un año, después de contarles en una reunión una historia de pecado que les causó terror, y decirles que al fin había logrado vencer en su lucha interior y que ya era libre, nunca regresó, luego el Sacerdote que se acercó preguntando la razón de mi presencia, me dijo que “por esa mujer sólo quedaba pedir por su perdón”. Tampoco supieron decirme donde vivía, solo sabían de una sobrina que no conocían y lejana a ella.

Hoy después de cinco meses, el Diario de la tarde informa como una simple nota más que Leonora Gaytán Quirós ha muerto. Les confieso que he sentido gran tristeza y a la vez una enorme alegría, pues sé que como ella lo dijo en su carta, su espíritu alcanzó la paz reencontrándose con su amor. La recordaré, recordaré su grandeza, su valor, extrañaré su enigmática presencia en las calles de San José, y seguiré contando esta historia aunque sea, como es la de cada uno de nosotros, una más en este mundo.



Querida novia de mi alma, no sé por qué te dicen Selva

Autor: Gino Colombo Víquez

El destino me ha marcado que tengo que irme a tu encuentro y sumirme en un manto de amor y contemplación y que me esperas con los brazos abiertos. ¿No sé por qué? ¿No sé dónde voy? ¿No sé dónde queda tu casa y como te encontraré? He oído poco de ti. Solo sé que muchos urjan tus entrañas buscando el precioso metal, para salir de sus pobrezaas.

Estoy sentado en el avión Douglas C46 de LACSA, que me llevará a mi ansiado encuentro y que me cobijarás para siempre con tu amor. Dejo atrás mis 23 años, a mis padres, a mis hermanos y a todos los amigos, no tengo a nadie más junto a la par mía, sólo me acompañan las ansias por conocerte. Me he quedado solo en este mundo.

El ruido de los motores me adormece y apaciguan mi ansiedad y duermo por pequeños instantes mis temores, ya que no puedo obviar que me esperan las garras de las selvas y de las montañas, tomo fuertemente, entre mis manos, el rosario que me ha dado mi madre. Pero en mis confusos pensamientos, reconozco que me gusta el peligro y me cautiva la aventura, pese a los sollozos de mi madre. Pienso mucho en ti, amada mía, me pone nervioso y temo como me recibirás, si serás tan bella como dicen los que hablan de ti.

La sacudida del avión me trae de vuelta a los recuerdos de mi madre. Pienso en mi padre, que con su juventud atravesó mares, para encontrar su destino, dejando todo detrás de Él. Están allí abajo, muy orgullosos, pero a la vez, llenos de temor, por lo peligrosos que sabe, que me tocarán vivir.

Mi padre piensa en tigres y culebras, mi madre en avionetas caídas. El avión se sacude como una hamaca, al entrar por el Paso del Sur, pero lo peor estará por llegar. La turbulencia se incrementa, por el mal clima de aquel horrible día. Cierro los ojos, y trato de imaginar tu belleza y me pregunto, cuando lograré conocerte. El avión hace una caída estrepitosa y se zambulle en media selva, con su nariz clavada hacia el suelo, ya que es la única manera de entrar al aeropuerto de Golfito. Siento que toco con mis manos, las copas de aquellos centenarios árboles.

Por fin llegó a la pista, me dan la orden de salir a batir mis huesos embotados. ¿Vuelvo a ver una y otra vez para todos lados, quiero adivinar, si me estarás recibiendo aquí, amada mía, me preguntó, donde estarás escondida? y si tal vez, desde tu madriguera, estás viendo mi cara asustada. Me preguntó, si en nuestro encuentro fortuito, llegaremos al amor que tanto ansiamos los dos. Me preguntó, ¿cómo será tu cara? ¿Me preguntó que sorpresas me tendrás escondidas? Pero lo que más me preocupa, ¿es que misterios escondes y qué es este llamado tan intenso, que sufre mi corazón, por qué me llamas a cada instante? ¿Será el amor platónico, que me espera?

El avión se eleva nuevamente, pero esta vez, sobre el mar de intenso azul, desde donde veo el pueblo de Golfito y su manto verde de fincas bananeras. Rápidamente aterriza el avión en Palmar Sur. Por fin he llegado donde creía que tenía que llegar, sin saber, que era la puerta del infierno. Me siento mareado de tanto sol, estoy perdido, solo en este nuevo mundo.

Algo sacude mis pensamientos y me trae con gran impacto, a la realidad. Ahí mismo pienso que estoy más cerca de ti, ya casi siento tu corazón palpar. Entro en mi rutina diaria y empiezo afrontar mi nuevo mundo: del avión al jeep, del jeep a una canoa en el Río Sierpe, entro a un canal y empiezo a remar, luego brinco de la canoa al caballo, transito por parajes de verde intenso, dejo el caballo que relincha solo, angustiado por quedar amarrado. Comienzo para caminar por el monte, trillos que nunca se acaban, majados por muchos años, sitios desconocidos. Me encuentro a la mejor y más leal gente del mundo, los campesinos pobres, curtidos en estas montañas y selvas, que con enormes ansias me reciben.

Bendito seas Dios, sos sabio y supiste donde ponerme y que labor más bella me has encomendado. Nunca me lo pude imaginar antes. Las extensas jornadas, el hambre, los aguaceros, las culebras, el cansancio, las garrapatas y los peligros, se borrarán de mi mente, la cual, satisfecha, pensará solo en la labor cumplida.

Me encuentro un campesino, que habla sin quererlo y me releva sus secretos bien guardados. Me indica, que el amor que tanto busco está muy cerca de mí, que solo siga los canales misteriosos de este río que son peor, que el más complicado laberinto hecho por un hombre. Parecen hilos cristalinos de multicolor. Me dice, que esos canales del río me llevarán al mar, a la desembocadura del Río Sierpe, que ahí mismo, encontraré de referencia la Isla Violines. Me señala, que tomé el camino del mar, que mi amor me llamará en el justo momento que tenga que desembarcar. Pero a la vez me advierte, que ese amor no es cualquiera el que lo encuentra, ya que ella, muchas veces, ha pedido recompensas, las cuales, han quedado hundidas allí, en la Boca Sierpe, que traga vidas de un solo bocado. Pienso que será más difícil, de lo que imagine, postrarme a los pies de mi amor.

La noche de ese día, me recibe el baile multicolor del Salón Flores en Puerto Cortés. Veo algunas muchachas guapas y busco en aquellas oscuridades del salón, si estarás allí mismo, esperándome. La bienvenida al nuevo Ingeniero no puede ser mejor: me cobija el calor y las cervezas de la noche y el estruendo de la bulla, atrapada en ese salón.

Vienen otros días acompañados de unos meses. ¿Siempre pienso solo en ti y en donde estarás, será que no quieres que te encuentre?,

Llego al final de mis sueños, he pasado la noche preparando mi alforja, me palpita el corazón y se me quiere salir por la boca, por fin me han concertado una cita contigo. Reviso bien lo que tengo que llevar: la pistola, el suero antiofídico para la mordida de culebras, machete, el rosario de mi madre. Tal vez, desearía llevar mis mejores galas, pero desde hace ratos no me hago la barba, la que me he dejado a propósito, para que no me golpee el sol, en mi rostro. Ya después de unos meses hasta he cambiado el color de mi piel. Mis ansias me matan, pasé casi toda la noche despierto y no pude dejar

de pensarte, he soñado con este momento mil veces y se acerca nuestro ansiado encuentro. Trato de imaginarte de mil maneras y más cuando oigo a la gente hablar maravillas de ti y de tu gran hermosura. Dicen, que, con solo una mirada, cautivas y encantas a los hombres, los cuales, ya no quieren regresar al mundo, por estar el resto de sus días, junto a ti.

Son las 5 de la mañana, camino solo y meditabundo por las calles solitarias de Puerto Cortes. Me acompañan mis ansias y el sonido de los gallos lejanos, que despiertan, apenas que salen los primeros rayos del alba, para hacer gala de su voz y tocar la sinfonía de mi despedida.

Llego al campo de aterrizaje de Puerto Cortes, pienso en las culebras y tigres que aterrorizan a mi padre. Pienso en mi madre, que me advirtió de los amores y ahora voy al encuentro del amor que siempre he soñado.

Veo la avioneta calentar motores, que parece un juguete. Es de una Compañía de Aviación, que ya ha perdido avionetas, con sus muertos a bordo. Voy en una Cesna 204. Viene a mi mente nuevamente mi madre y me aterroriza la posibilidad, que se quede sin otro hijo en tan corto tiempo, pero el pensamiento se desvanece, por la emoción de encontrar a mi amante soñada. Voy a tener tres días, para tener tiempo, de consumir el amor que ya le tengo a ella, pese a que no la conozco aún.

Me aterroriza pensar, que me puedo quedar en aquella playa solo, por tres días. Se eleva la avioneta, siento que me desvanezco de emoción, no puedo escoger donde mirar, viene tanta belleza repentina a mis ojos que no soy capaz de atraparla. Veo el Río Térraba abajo, como una serpiente de la mitología con sus seis bocas: Boca Zacate, Boca Chica, Boca Guarumal, Boca Brava, Boca Coronado, Boca Sierpe. Veo a lo lejos la Isla del Caño.

Pasó encima de la Boca Sierpe y me pregunto, cuantas personas han muerto, queriendo atrapar al amor que me espera. Pasó la increíble ensenada de Drake, lugar mágico, hecho con los mejores pinceles de Dios.

Me palpita el corazón, amor mío cada vez estás más cerca de mí, ¿cuánto tiempo ha pasado?, desde que deseo conocerte. ¿Cuántas veces he soñado contigo?, cuantas veces has adormecido mis dolores de giras pensando en ti?

La avioneta hace su acertado aterrizaje, en aquella playa negra, llamada Llorona. He llegado a tu casa, estoy aquí solo para amarte.

Estoy aquí, trato de mirarte, solo me acompañan mis ansias y mis deseos de verte y abrazarte, quedo mudo de ver tanta belleza, las personas que me hablaron de ti se quedaron cortas, que obra ha hecho Dios contigo, sos más bella de lo que imagine, estoy en este lugar por primera vez y totalmente solo, sos únicamente mía y nada más que mía.

Te cobija por el oeste este mar de azul maravilloso, oigo los rugidos de las olas del mar reventar, veo tus palmeras doradas al este, detrás de mi estas tu, me tomas de mi mano y me acaricias, tu amor es intenso y tan grande, que se pierde en la inmensidad de lo que alcanzan a ver mis ojos, me siento el ser más privilegiado del mundo, estoy aquí contigo, tu amor es solo para mí. Me asombra tu amor, tanta hermosura, el silencio de tus entrañas, únicamente interrumpido por el rugido del animal lejano, el verdor es exquisito. Me llama la atención tu tamaño, tengo miedo de estar aquí, solo contigo, pese a que he soñado con ello.

Caigo en la realidad de los lejos que estoy del mundo, me pongo nervioso, no sé lo que escondes dentro de tu cuerpo, pero me da miedo, que sorpresas tendrás para mi, ya me han dicho que eres devoradora de hombres. Pero lo más importante es que estoy junto a ti y me has enamorado a primera vista, veo que lo que hablan de ti, es cierto, cobijas muchos misterios y peligros, pero así te ha creado Dios, para que enamores, si amor mío, por fin te he encontrado y en estos tres días consumiré mi amor por ti, el cual, se te antemano que será para toda la vida.

Te he encontrado amor mío, Selva de Corcovado.



Cuento

El muerto ajeno

Autor: Fernando Francisco Acosta Vargas

Cierta noche, y como casi todas las noches, en la cantina del barrio, de gran popularidad en la zona por sus exquisitas bocas y además porque no había otra, compartían unas birritas y los acontecimientos del día, Berto, que como es de suponer se llamaba Filiberto, Mario el machillo, Maikol y el negro Willaim, que no era negro. Amigos de siempre, rondaban alrededor de las treinta primaveras.

Berto trabajaba en las artes de la brocha gorda y era indispensable en el barrio no solo para pintar sino para arreglar fontanería, carpintería, reparar techos y canoas, no existía reparación que se le resistiera, a lo que siempre al terminar el trabajo decía: nuevamente el hombre vence la máquina. Pelo negro, colochó, siempre andaba con camiseta de tirantes y pantalones a media pierna, no podían faltar los perennes tenis de marca comprados en una tienda de ropa americana.

Mario, tenía la piel tan blanca que dejaba ver todas las venas, pelo castaño tirando a rubio producto de lavarse el pelo con manzanilla, y que según él, le daba un aire de alemán, era asistente de enfermero en el San Juan de Dios, y por eso no se quitaba el uniforme blanco a la salida del trabajo para que le vieran con respeto y le encantaba que alguna señora del barrio le dijera, hola doctor y entonces sacaba pecho caminando como un chompipe. En sus labores hospitalarias se encargaba de las labores que a otros les disgustaba hacer, limpiar las camas y colchones de los pacientes que no les daba tiempo de ir al baño, botar basureros con apósitos sucios y de riesgo biológico, botar los “patos” con orines, ayudar a pacientes a bañarse y por supuesto a suministrarles de contrabando a algunos enfermos sus cigarritos o su traguito, claro, a cambio de unos pesos que en la noche quedaban en la cantina.

Maikol era carpintero, aunque se decía ebanista, trabajaba en un pequeño garaje que alquilaba, en donde hacía desde bancos hasta mesas, repisas y sillones, sin faltar la forrada o barnizada para muebles desvencijados de la gente del barrio. Desde la escuela uso anteojos y padecía de una anomalía visual que le hacía confundir los colores, así que no era de extrañar verlo vestido con camisa roja y pantalón morado.

Y por último, el negro Willaím, no tenía oficio conocido y muchas veces la policía lo detuvo por estar enredado en asuntillos un poquito fuera de la ley, era observador y astuto, amigo de los amigos y como vendedor de artículos de dudosa procedencia, nadie le ganaba. Cuando le fueron a bautizar la intención de su mamá era ponerle el nombre de William, como un novio que tuvo en su juventud, pero quiso la desgracia que el hombre de asentaba las Partidas de Nacimiento en la parroquia, disléxico para más señas, anotó en el renglón del nombre: Willaím. El sacerdote a la hora de imponerle las aguas bautismales lo nombró tal cual el funcionario lo anotó, Willaím y Willaím se quedó. Siempre le gustó andar bien vestido, guayabera blanca, pantalón de gabardina y zapatos de suela volada.

Esa noche en la mesa todos reían a más no poder por las tonterías que se contaban y que muchas veces eran producto de la imaginación pero que se decían como ciertas solo para que los demás se rieran, así fueron pasando de temas, películas, amoríos, borracheras, pleitos y no podía faltar el tema principal, el fútbol, Berto de Heredia, Mario de la “S”, Maikol de la Liga y Willaím que iba con el que le invitara a una cervecita. Empezó la discusión entre Mario y Maikol acerca de si la “S” tenía mejor defensa que la Liga, o quien tenía mejores volantes, el portero, el entrenador y hasta el aguatero, o que si los árbitros favorecían a uno u otro equipo, total que se fueron calentando los ánimos y de repente Berto quiso dar su opinión y Mario furioso, le increpó diciéndole: no te metás, porque para vos este es un muerto ajeno. Y así terminó la noche de tragos y cada quien tomó rumbo a su casa.

Berto llegó al cuarto que alquilaba cerca de allí y procedió a acostarse, ya estaba un poco somnoliento, producto de los alcoholes ingeridos. Estando por dormirse se puso a repasar y sonreír del buen

rato que pasó con sus amigos, ya casi se quedaba dormido, cuando de repente y como un relámpago la frase de Mario le sacudió, “no te metás, porque para vos este es un muerto ajeno”, incorporándose, dijo en voz alta: ¡Putá, como no se me ocurrió antes!

No pudo dormir engranando cada una de las ideas que iban y venían en su mente, así llegó la madrugada, pasó el día inquieto y afinando detalles de lo que iba a compartir con sus amigos en la noche, el día se le hizo eterno, hasta que llegó el anochecer y como siempre se juntaron alrededor de la mesa del fondo, que estaba apartada de las demás y que fue una ventaja para cobijar el gran secreto que les iba a confiar Berto.

Con mucha seriedad y parsimonia, les dijo, señores anoche tuve una idea que nos va a sacar de pobres, cada uno de nosotros va a aportar lo que sabe y a lo que se dedica para llevar a cabo un proyecto que nos va a dar plata hasta para tomar whisky en lugar de estas cervecillas baratas. Todos pusieron cara de incredulidad y se volvieron a ver como diciendo, este Berto está loco.

Berto procedió a explicarles el plan, es sencillo, Mario desde el hospital nos va a avisar cuando hay algún muerto de familia acomodada, Willaím quien tiene amigos que se dedican a falsificar documentos, le confeccionan una cédula con los apellidos del difunto y va a la morgue a retirar el cuerpo, mientras tanto Maikol hace un ataúd de cualquier maderilla pero que parezca de primera, hasta con un Cristo de repujado en la tapa, yo por mi parte voy a alquilar una casita en donde llevaremos al difunto, allí le lloraremos hasta que aparezcan los verdaderos familiares, van a abrir el ataúd y reconocerán al muerto y querrán llevárselo, pero claro, nosotros mostraremos incredulidad porque no habíamos abierto la caja, que pena, no es nuestro muerto, no hay problema en que se lo lleven pero primero tendrán que reconocernos los gastos en que incurrimos, ataúd de la mejor funeraria (Willaím hará la factura con logo y todo), costo de la carroza para el traslado a la casa, claro que no les diremos que fue en un taxi de carga, las flores, traídas del cementerio de un funeral reciente y por supuesto algún aliciente económico por nuestras diligencias y sufrimientos. Los aplausos y los gritos de aprobación se oyeron por toda la cantina. Esa noche se

quedaron más de lo acostumbrado y por supuesto invitaron a Berto por haber tenido tan genial idea.

En menos que canta un gallo pusieron en marcha el plan, y a la semana ya habían llorado al primer difunto, el plan fue tan exitoso que tuvieron que trabajar arduamente, no solo en sus labores habituales sino en las “velas”, pues los muertitos llegaron a ser hasta tres por semana, el papeleo de las facturas, traer las flores del cementerio y los disfraces que tuvo que ingeniar Willaím para que no lo reconocieran en la morgue. Cambiaron de casa varias veces para no despertar sospechas entre las gentes del nuevo barrio en que velaban a los occisos.

Todo marchaba como un relojito, al cabo de tres meses ya habían acumulado varias decenas de miles de pesos cada uno, y se daban la gran vida y de verdad empezaron a tomar whisky y a vestir más catrines. La vida es buena y es bella.

En esos días murió doña Rosario de la Cueva, acaudalada dama de la sociedad y los compinches siguieron el plan acordado y la llevaron a velar a la casita, y se sentaron a esperar a los familiares, los cuales no tardaron en aparecer reclamando a la difunta, como siempre, le presentaron las facturas de los gastos al esposo de doña Rosario, don Ramiro, quien casi cae con un patatús al ver la factura del ataúd con el logo de la “Funeraria El Descanso Eterno” y por una suma muy elevada, inmediatamente el viudo llamó a la policía, pues él era el verdadero dueño de la verdadera funeraria.

Los amigos ya no comparten las birritas, sino que comparten la celda, Mario y Maikol siguen discutiendo de fútbol y a veces le preguntan a Berto: ¿Y vos, que opinás? Berto solo contesta secamente: ¡No me gusta el fútbol!



Poesía

La levedad del tiempo

Autora: Leda García Pérez

Vistámosla con jeans
tenis de doble cuña y cinturón de cuero,
mañana será falda y blusa descarada,
pasado un delantal,
sandalias para pies en libertad de vuelo,
después
la desnudez del beso y sus delicias.

Libre de cicatrices
con las patas de gallo floreciendo
y el cuerpo en redondez de luna
me abrazo a los tiempos que vendrán
mientras gozo los frutos de este árbol
que ha sido mi trinchera.

Envejezco lejos del bisturí
que me acobarda,
mis espejos lo saben
y aplauden a esta insumisa mujer
que se negó a ser sombra.

La vejez es aquí y ahora,
no me llegó a traición,
conjuro su memoria,
cruzo setenta calendarios
no setenta torpezas,
bailo en tacones,
soy esa voz que tiene voz,
sueño al hombre total,

con o sin él la vida fluye
como piedra de mar,
doblo las puntas del dolor y sigo,
no caduca la piel.

Mujeres como yo
mancomunan sus cuentas en el lecho
donde dos son el cuerpo.

La vejez es aquí y ahora
vistámosla como nos venga en gana.
El otoño soy yo.



Poesía

Pasión, muerte y resurrección del amor

Autor: Mynor Sandoval Vargas

Esta noche he deseado la muerte.
Caminé todos los senderos del miedo
buscando una luz que iluminara las sombras.
Esperé mil veces por tu voz clandestina
que secara mis lágrimas que brotaban amargas
de mis ojos sin sueño, en mi noche de insomnio.
Los fantasmas del miedo se colaron de pronto
para hablarme de sustos tragedias y llanto.
Te pensé ya sin vida en tu lecho de muerte,
o derrochando amores en los brazos de otro,
o herida sin mí musitando mi nombre.
A Dios le pedía que si era venganza
de justicia divina, era yo quien debía,
por amarte tan hondo, padecer cruel castigo.
Le pedí de rodillas que si tú ya eras muerta
por lo menos me diera el consuelo de verte
y saber con dolor que ya eras eterna..
No vino la muerte a calmar mis tormentos,
ni te vi a ti de nuevo, ni dejé de pensarte.
Transcurrieron las horas como siglos y siglos,
y el sol no llegaba a espantar los fantasmas.
Me quedaba en silencio para oír si me hablabas.
Pero sólo la noche con sus miles sonidos
acunaba mi llanto y miraba serena.
No podía interpretar tu silencio profundo
e imaginé lo peor: que dejaste de amarme.
He seguido en insomnio musitando tu nombre
anhelando con fuerza que no llegue la noche.

Que callen los mares la alondra y el viento,
ha muerto el amor, lo ha matado el silencio.
Murió envenenado reventado de celos,
murió calcinado en la hoguera del llanto.
Debióse su muerte a una espera muy larga,
anhelando del beso el aliento de vida.
Le urgían palabras que le hablaran muy quedo
de promesas heroicas y te amos eternos.
Ha muerto el amor lo ha matado el dolor
de no saber con certeza dónde estaba su amor,
en ese viernes de estío, de calvario y de muerte.
Fue sencillo su entierro por los pocos dolientes
que lloraban ahogados de impotencia y cansancio.
Asistieron por orden de llegada al calvario
dos pensamientos que moriste o me olvidaste,
cuatro miedos: perderte, no verte, morirme, olvidarte.
Yo cavé la tumba yo puse las flores yo hice vigilia
de un alba a otra alba de un sábado amargo.
El amor había muerto y yacía enterrado,
mientras el amor seguía esperando con calma
que un milagro imposible el amor realizara.

Cuando todo auguraba que el amor no volvía
se escuchó dominguera una gran alegría,
una fiesta en colores mil sonoras trompetas
anunciaban festivas por los cuatro rincones
que el amor despertaba de su sueño de muerte.



Poesía

Raíces

Autora: María Teresa Pereira García

Estoy aquí,
suspendida en un hilo de mi vida,
escudriñando el pasado,
mis ancestros...

Vienen a mí imágenes confusas,
cercanas y lejanas en espacio y tiempo.
Mis raíces están en esta tierra,
pero largos rizomas se escapan,
se van lejos...

Atraviesan océanos,
tiempo, niebla...
Y me traen un aroma de campiña,
de hierba fresca,
de ganado pastando en el verano,
de una bota con vino...

De mujeres tejiendo en la cocina,
en animada charla que no entiendo del todo
pero me fascina.

Venturosa fuente de culturas
que nacieron mezcladas,
Abrazadas...
Unidas a mi esencia,
Entrelazadas.

...Sigo aquí,
Intuyendo el pasado, mi pasado,
Que viene a mi mezclado de recuerdos,
Ilusiones y anhelos...

Muchas de mis preguntas
no encontrarán respuestas,
pues, para ver raíces
hay que mirar por dentro;
¡y... sentir más que ver!
Para dejar brotar aquello que está inscrito
en la compleja memoria de los genes.

Anhelo descifrar esas raíces,
savia biocultural de mi existencia;
herencia solo mía,
porque está matizada con mis sueños,
mis deseos, mi intuición y mis recuerdos.



Poesía Infantil

Magna celebración

Autora: Emma Zúñiga Valverde

Muy de mañana
estaba doña Araña
muy huraña
y no con poca maña
tejiendo su telaraña
en el árbol de Castaña.

Cerquita, en el gigante girasol rutilante,
la avispa siempre tan optimista
iba de un lado para otro
y muy lista saltó
antes de que la chispa morisca
su vestuario salpicara.

¡Y qué esplendor de mañana!
También iba doña Iguana
con su vestido verde perico
y sus aretes de coral
que lucía muy galana;
la acompañaba la señora Rana
que por nadie se cambiaba
con su nuevo vestido grana
y sus zapatos de tacón.
¡Ay, casi se da un tropezón!

Desde lo alto las observaba
doña Cotorra
que apenas se estaba sacudiendo
la modorra,

cuando de pronto
vio pasar a tía Zorra
que muy presumida y apurada
se encaminaba
a la fiesta de tía Gallina:
cuarenta años cumplía la muy indina
y cuál fue su sorpresa:
en la puerta recibiendo a los comensales
muy orondo estaba tío Coyote,
a quien en aviso había puesto
su primo el Guajolote;
patas pa qué te quiero,
por donde vino, al trote
y con la misma
tía Zorra se devolvió
eso sí pasando muy de lejitos del jicote.

Tan ofuscada iba
que no vio a tío Venadito
que muy de prisa
y bien vestidito
se dirigía a tomar el botecito
que lo llevaría a Parasito.

¡Ay, pobre tía Zorra!
Tío Conejo casi la atropella;
iba montado en su caballo Rosella,
muy ataviado, con traje nuevo
y espuelas de plata,
por nada se quería perder
celebración tan grata.

¡Adiós, comadre!
Para dónde va tan tarde -le preguntó-.

- ¡Ay ni me diga, tío Conejo!
Traigo a tío Coyote
aquí en el cogote
y más vale aquí corrió

que aquí murió.
Buenas le dé Dios.
Hasta luego, compadre.

Bien trajeado y alegre
tío Tigre iba silbando por el bajillo;
desde lejos escuchaba la algarabía,
los bombos y los platillos
pero de pronto divisó
al faruscas de tío Conejo;
sin resuello y
con el alma en un hilo se quedó,
no supo más qué sucedió
y no fue sino por tía Venada
que en el camino se lo encontró
y junto con tía Palomita Yuré
auxilio le prestó,
y de la anunciada fiesta
nunca se supo qué pasó.



Poesía Infantil

La felicidad

Autora: María Ulate Rodríguez

El gato Roberto, tan guapo y osado,
amaneció triste y malhumorado.
En toda la noche no pudo dormir
pensando en su amada y linda Beatriz.

No llegó a la cita como habían planeado.
¿Ya no lo quería? ¿Qué había pasado?
¿Quién mayor tristeza tendría en su vida?
Cuando en eso oyó a alguien que decía:

¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Una ambulancia!
¡A Tita Manuela le duele la panza!
Roberto entonces olvidó su pena
y corrió a auxiliar a doña Manuela.

Consiguió ambulancia y hasta al hospital
llevó a la gatita que iba muy mal.
El doctor, amable, le dio de consejo:
“Nunca más se coma ratones ya viejos,

los huesos son duros y el rabo ya es tieso,
en cambio sus dientes no están para eso.”
La pobre Manuela con suero en la vena,
le prometió al doctor cuidarse en la cena.

Y volvió a su casa, ya restablecida
y con don Roberto muy agradecida.
Este, admirado, notó con alegría
que ninguna pena en él ya existía.

¿Qué me ha ocurrido? Pensó para sí.
¿Por qué la tristeza ya no mora en mí?
Y recordó una frase de su abuelo Abel:
“La felicidad llega al hacer el bien”

“Esta carta le envía mi tía Beatriz”
le dijo un gatito de colita gris.
Y esa misma noche, con el lucero de aliado,
una romántica cita hubo en el tejado.



Poesía Infantil

Mamá

Autor: María Isabel Gamboa Durán

Mamá yo quisiera
contigo viajar
a tierras lejanas
más allá del mar.

Mamá yo en tus brazos
me quiero abrigar
cada vez que el sueño
me hace bostezar.

Mamá yo en tus ojos
me quiero mirar
cada vez que siento
ganas de llorar.

Mamá yo tus besos
los quiero guardar
en un cuento de hadas
de nunca acabar.



Relato de experiencias

El asesino que vino de Oriente

Autor: Rodrigo Cedeño Gómez

Debía de ser el viaje tan largo y tan extenuante o quizás la comida del avión, escasa e inapetente como siempre, lo que me hizo sentir tan mal. El ruido de los cinturones desabrochándose al unísono aún antes de apagarse la señal luminosa y el inicio de las conversaciones de los pasajeros a través de sus teléfonos celulares me parecían tan lejanos!... Deseaba que el avión se evacuara rápidamente y que los trámites de rigor del ingreso se llevaran a cabo de una manera expedita, aunque lo dudaba después de observar varios vuelos llegando al mismo tiempo.

No tuve la fuerza suficiente para levantarme del asiento antes de pasar por el pasillo el último pasajero. Tomé el equipaje de mano y valiéndome de los respaldos de los asientos fui caminando hasta la portezuela del avión.

Ya en los puestos de migración las filas de control eran gigantescas, tanto de nacionales como de extranjeros.

Cuatro funcionarios de salud con trajes extraterrestres de color celeste empezaron a recorrer las filas, mirando el rostro de los recién llegados y tomando la temperatura a distancia. No era drogas lo que buscaban, para alivio de algunos. Cuando faltaban unas pocas personas para llegar a mí, a los ojos de la enfermera les llamó la atención mi persona y me miró de arriba a abajo. Dejó de seguir el orden de la fila y se dirigió hacia mí. Logré adivinar su mirada de sorpresa y más aún cuando acercó el termómetro y balbuceó “treinta y nueve ocho”:

“Pronto señor, venga conmigo. Señora: ¿usted viene con él?, acompañeme también. Por favor entrégue me los pasaportes, nosotros nos encargamos.”

Aquello causó un gran revuelo en el grupo de gente que esperaba en las filas y no faltaron las miradas de terror, de desprecio, de asco... Se abrió un amplio espacio vacío alrededor de nosotros como si en el centro hubiese caído un cartucho de dinamita con la mecha chisporroteando. La mayoría deseaba no estar en el lugar en aquel momento. Todos se precipitaron para que los atendieran pronto y así poder huir de aquel lugar.

Aunque el trayecto hasta la sala de aislamiento era breve, sentí las piernas muy débiles y dos personas uniformadas de sanitario debieron ayudarme a continuar. En dos ocasiones en el pasillo debí hacer uso de un recipiente de basura para satisfacer las incontrolables arcadas que eran lo único fuerte que quedaba en mí. Sentí un sudor frío que me perlaba la frente y una sensación inminente de alejamiento del mundo real.

Ya sentado en un sillón medio escuché cuando mi esposa era sometida a un interrogatorio y le pedían que firmara un documento. Entre tanto, en varias ocasiones hice el intento de vomitar en un recipiente que me acercaron, pero todo resultaba en vano, sobre todo cuando me introdujeron en la nariz, hasta el fondo, un aplicador rígido y frío.

Lo único bueno de aquellos momentos de antesala de mi muerte resultó ser la brevedad de los trámites de aeropuerto, ya que en poco tiempo me encontré en la privacidad de un recinto de ambulancia. No importaba cuál fuera el destino final, que resultó ser nuestra casa.

Comenzaba una larga, dolorosa e inacabada cuarentena.

Ni el reposo en cama ni las dos tabletas de analgésico cambiaron en lo más mínimo el dolor que iba a provocar la explosión de mi cabeza. Menos aún el martirio en los globos oculares, que parecían haber crecido al doble, que no lo calmaba el estar con los párpados cerrados y que se convertía en una tortura con su más leve movimiento.

Si en el aeropuerto tuve cerca de cuarenta grados, me daba la impresión de que la temperatura estuviera ahora varios grados más arriba. Mi cuerpo y las sábanas estaban empapadas por igual.

A partir de aquel momento, el sueño desapareció de mi vida por muchos días. En fin de cuentas no era necesario dormir porque las pesadillas monstruosas me acosaban despierto y a todas horas. Me dolía hasta el músculo más pequeño, que no sabía ni que existiera.

Aquella puñalada que apareció una madrugada en la parte de atrás, a nivel de las últimas costillas era algo nunca antes experimentado. Me obligó a respirar muy suave y seguido. Hasta ese momento pensaba que ya había purgado todas mis penas hasta que apareció la espantosa tos seca recurrente; en cada acceso el puñal entraba y salía de mi pulmón.

El líquido que me obligaban a tomar me desgarraba la garganta al bajar. Descarté cualquier alimento sólido de inmediato.

La fiebre, la tos, los dolores generalizados y el malestar general se prolongaron por un tiempo; no tenían cara de mejorar. Todo lo contrario.

Frecuentemente nos contactaba el personal de salud a la casa por teléfono o mediante visitas. En una de esas llamadas me pareció entender que tanto mi esposa como yo, habíamos resultado “positivos”.

Había llegado a perder el asombro sobre lo que me iba ocurriendo, hasta que un día noté las uñas de los diez dedos de las manos de un color morado intenso. Le eché la culpa al frío que se alternaba con el calor en entrar y salir de mi cuerpo y las envolví en las cobijas. Ignoraba que aquel signo era lo que esperaban los médicos para decir “hasta aquí llegamos; vamos para el hospital”. Y así sucedió.

Otra vez el recinto de la ambulancia oloroso a desinfectante, alcohol y jarabe para la tos. El vehículo se bamboleaba en cada metro de calle que recorría, desencadenando mis náuseas y los dolores de todos y cada uno de los músculos y huesos de mi organismo.

Desde hacía varios días había dejado de ser dueño de mí mismo para convertirme en un dependiente total de las otras personas. Más aún cuando me tomó a cargo el personal médico y de enfermería al llegar a emergencias.

¿Qué era aquello que estaba ocurriendo? En el preciso momento en que la misma camilla en que me habían bajado de la ambulancia tocó el umbral hospitalario, aparecieron una docena de personas, cubiertos con vestidos de protección más sofisticados aún, más extraplanetarios aún que los de migración. No hubo preguntas, solo anuncios:

“Le voy a poner esto en la nariz y va a respirar profundo”
“¿Cuántos litros, doctor?”

“Extienda el dedo índice para colocarle esto. Va a sentir un poquito apretado.”

“¿Cuánto?”, preguntó el médico a la enfermera.

“Setenta por ciento”

Mientras esto ocurría me despojaron de la ropa de casa para colocarme una bata ligera de hospital, que cubría solo la parte delantera. El frío del aire acondicionado me llegó hasta lo más profundo y sentí un pequeño alivio.

“Le va a doler un poquito este brazo donde le pondré la vía...”

¿Un poquito?, la mentira usual y comenzó la persona a punzar y fallar, punzar y fallar y cada intento que hacía era un clavo de cuatro pulgadas que atravesaba mi piel. “Es que tiene las venas muy aplastadas por la deshidratación” decía en voz alta pero para sí misma.

“Apenas coja la vía pásele el suero a chorro”, se oyó una voz.

Un doctor con más experiencia me tomó una vía en el otro brazo en el primer intento, sin advertir que iba para adentro una gruesa aguja. Preferible así.

Me descubrieron el pecho y me colocaron unos parchecitos plásticos autoadheribles que conectaron luego a unos cables que se dirigían a un gran monitor lleno de datos numéricos, unos fijos, otros centellantes. El doctor de más experiencia fijó su mirada en el monitor por unos segundos y exclamó:

“Por dicha, aparte de la taquicardia de ciento treinta, no hay nada más”.

Otro doctor que se había apartado de los alrededores de la camilla con un papel en la mano, indicó que era para el laboratorio y pronto apareció el técnico a punzarme una vez más, pero en esta ocasión con más pericia.

“Lo vamos a sedar muy suavemente para que esté tranquilo”

Mientras el sedante hacía efecto otro instrumento invadió mi cuerpo. “Cien cecés, orina clara”

Por un rato volví a dormir un poco, algo que no hacía desde días atrás y sentí un tremento alivio.

Los días y las noches empezaron a transcurrir uno detrás del otro. ¡Qué importaba la hora que fuera!, las intensas y ennegecedoras luces fluorescentes del cielo no permitían hacer la diferencia. El frío permanente nunca cedió.

De igual manera pasó el tiempo en medio de la rutina de cambiar sueros, vigilar los monitores, medir la orina, cambio de ropa personal y de cama y el frecuente “¿Cómo se siente?”

Me sentía tan bien que creía que todo marchaba favorablemente y que pronto estaría de vuelta en mi casa. El personal pensaba que no escuchaba lo que hablaban entre ellos: “se está desaturando muy rápido” y “estos gases no me gustan” dijo el médico jefe. “Llamáme a la UCI, porfa”.

“¿Lo pasamos intubado o lo intuban allá?”

Estando en mis cabales me habría dado un ataque, pero aquellas palabras se confundían con el ruido de los monitores, el teléfono timbrando a cada rato y el ruido atenuado del personal en su ir y venir.

Sabía que estaba ingresando en la unidad de cuidados intensivos porque estaba grave. Aún así, me daba igual. La unidad estaba con una ocupación media. En la misma cama especial en que me trasladaron me acercaron a la pared que era como una cabina de avión moderno con todo tipo de aparatos y monitores, que quedó detrás de mi cabecera. Sentí por última vez cómo estaba “jalando” tan mal para respirar. Con los ojos entornados pude apreciar la presencia de un médico, en una mano tenía un aparato como una lámpara de mano con una especie de cuchara adherida y en la otra un amenazador tubo de caucho.

“Ponéle lo que resta en la jeringa” le dijo a la enfermera y a mí, que me tragara la saliva..

De inmediato percibí aquella sensación de ingravidez tan agradable, el ambiente se coloreó con una especie de tenue luz indirecta, verde de neón y me acogió una agradable temperatura.

Mi alma se alejó un tanto de mi cuerpo para observar durante muchos días cómo luchaba por mi vida, pero se negó a abandonarme en forma definitiva.



Relato de experiencias

Marañón de la marañonería

Autor: Carlos Fuentes Bolaños

Viven en espacios hacinados: duermen en cartones o espumas. Comen, cuando la vida les provee, en utensilios maltrechos y poco higiénicos. Trabajan por un salario mísero y casi en estado de esclavitud: a ellos no los cubre el seguro social. Tampoco beben agua potable o les llega la electricidad. Y cuando se enferman los señalan, los apartan, los discriminan.

Tienen hijos pequeños, cuya mirada se pierde en un horizonte desolador. Ya no van a la escuela porque están cerradas, pero tampoco tienen los medios para internet o teléfono para seguir las clases. Quizás dentro de algunos años hablaremos de las generaciones perdidas. Las perdimos entre todos. Algunos, olvidando, porque el olvido es una característica de la locura según Erasmo, dirán que fue que no aprovecharon las oportunidades. Quienes las aprovecharon hablarán dos o tres idiomas, serán los que asciendan, las que desempeñen cargos empresariales y políticos. La brecha, la inhumana brecha.

El personal sanitario ha puesto su mejor esfuerzo. Son incansables. Con gran mística han dispuesto más servicios de atención para que las personas puedan ser atendidas. Trabajan las veinticuatro horas del día en las clínicas y hospitales, otros van a las comunidades a localizar posibles casos portadores del virus. La organización de los servicios ha hecho lo posible por controlar el contagio, pero sus autoridades advierten que este no se detiene en los hospitales, es cada persona responsable de hacerlo.

Por eso, parece inhumano lo que le hicieron a una paciente recién egresada de un hospital: una ambulancia la fue a dejar a la casa, pero

al chofer y a su asistente, les pareció que la mejor forma era dejar a la señora en bata de hospital, descalza y con mascarilla en medio de la lluvia. La bajaron del vehículo a unos cien metros antes de llegar a la casa. Una pesadilla, un cuento de terror... aquella imagen captada por una cámara era un ejemplo de desolación. La mujer iba despacio, muy despacio, enferma...mientras la ambulancia daba vuelta para volver al hospital. No hay explicaciones razonables, ni una sombrilla, ni un gesto de humanidad, ni una esperanza, ni una mano amiga que la llevara hasta la puerta de su casa.

Mientras tanto, cientos de funcionarios de salud en ese momento estaban atendiendo a muchos enfermos, con paciencia y sabiduría. Algunos soportando largas horas de trabajo, usando equipo de protección y con una alimentación básica. Se reporta que choferes de taxis y autobuses no los quieren transportar al final de sus jornadas.

Y es que ahora hay muchas vías de información. Muchas maneras de valorar lo que puede hacer o no hacer el ser humano por sus semejantes. Es así como vemos a un hombre rubio que, aunque ignorante gobierna un imperio, diciendo que la economía no debe sacrificarse por la pandemia, llama a trabajar y, en el paroxismo de su calculada insensatez, afirma que podría ser seguro hasta tomar insecticida para matar al coronavirus. Y aún así, tiene gente que lo aplaude y lo reconoce como líder indiscutible.

Otro, con juego peligroso de palabras, le dice al pueblo que él está protegido por tréboles, estampitas y amuletos. Uno, aunque su segundo nombre es Mesías, dice que no tiene la facultad para resucitar a las personas fallecidas por la gripecilla. Otros gobernantes decretan cuarentena con mano militar: el que salga se le vuela bala, ordena el energúmeno. Otro no tiene piedad, como dice él, con quienes tampoco han tenido ninguna piedad con sus víctimas: encierra a los reos al arbitrio del virus.

Una pareja dictatorial decidió que para espantar el virus había que hacer un festival lleno de colores y médico que hablara de cifras reales de contagio, médico que perdería irremediablemente su puesto. Se dice que en las noches pasan raudos los desfiles mortuorios.

Que se mueran los viejos y dejen vivir a los jóvenes que son más productivos, dice el anciano gobernador de Texas que aboga en favor de la economía.

Y antes de que viniera el virus para quedarse, una señora de un organismo internacional afirmaba contundentemente que un problema para la economía es que el mundo se está llenando de viejos y estos, además de no producir, cargan enfermedades crónicas de difícil tratamiento; ¡ah!, y hay que pagarles pensión. Una famosa y muy internacional compatriota llamaba a despoblar el planeta porque está sobrecargado de gente (es fácil intuir por quiénes podría comenzar esa despoblación: por ambos extremos del hilo). La pandemia nos desgarró, vivimos en un mundo decadente.

Un joven y arrogante periodista le exige al Ministro de Salud que por favor le dé los modelos matemáticos para estudiarlos, para saber si no le están vendiendo gato por liebre. Él los descifrará para valorar si los matemáticos han tenido algún desliz que no quieren informar o bien para corregir el método empleado. Tan fácil como repetir diez veces, seguido y sin pausa ¿Marañón de la marañonería, quién te desmarañará?

Y en las redes sociales los expertos en epidemiología y en organización de servicios de salud han brotado como abejones de mayo. También han liberado sus miedos, su rabia y sus rencores los xenófobos, los enemigos de los pobres, los racistas, los que están en contra de los servicios públicos, los crédulos, los incrédulos, los que abjuran de la libertad de cátedra, los que son expertos en teorías de la conspiración... todos con el sagrado derecho de opinar, pero muchos con muy mala ortografía.

Se puso de moda el concepto de burbuja social. Vivo en una burbuja social. Me cuido para cuidar. Esa es la idea. La burbuja cuando se rompe, libera su contenido. Por eso la frase que obliga: Quédate en casa. Pero quedarse en la casa, cómo: acomodado leyendo, viendo televisión o jugando en la computadora; o sin trabajo y esperanza, sin aire que vivifique, sin el sueldo del mes, con familia a quien proteger, con angustia por lo que falta en la mesa, ¿cómo?

Y otros se animaron y rompieron la burbuja. Ciclistas en puño viajando por los pueblos; gente haciendo fiestas en sus casas y viendo los partidos de fútbol. Esos que fueron autorizados por la presión económica de anunciantes, televisoras de transmisión exclusiva, directores y periodistas. Imposible no celebrar un gol en medio de abrazos y besuqueos; imposible no cantar al campeón con un gallo de carne asada en la mano derecha y una cerveza en la izquierda... Imposible acordarse de que puedo contagiar o contagiarme: eso que quede para los expertos, para los que llevan estadísticas y los que están preocupados por la ocupación de camas hospitalarias o la falta de respiradores.

Los lugares de culto fueron cerrados por mucho tiempo. Cuando los abrieron con medidas restrictivas, resulta que algunos la semana siguiente tuvieron que cerrar porque estaban en un lugar indicado como alerta naranja, peligro por contagio comunitario. A ponerse con Dios en la casa, participar en las misas u otros cultos religiosos por radio o televisión, no queda de otra. La gente añora abrazarse para darse la paz, darse de la mano para orar o cantar, participar en la comunión...nada. Hasta la despedida de los difuntos es rápida, no más de diez participantes en las honras fúnebres. El abrazo a los deudos está ausente, el consuelo quedó en el umbral de las casas. Amigos y conocidos rinden su homenaje póstumo en la fría distancia.

La vida ha tomado otro camino, falta de trabajo, ausencia de jóvenes en las aulas, horarios diferenciados para adultos mayores en los centros comerciales, consultas médicas por internet. Pero también, se han observado venados y dantas atravesando carreteras, cachalotes cerca de la playa, pumas y coyotes corriendo por los montes, aves despreocupadas en los parques. Una pava tornasolada llegó a mi casa por frutilla de güitite.

Y aquí, añorando las tardes de café, las conversaciones con amigos y evocando la visita de mis nietos y mis hijos: las adivinanzas, los chistes malos que cuento como abuelo y solo yo me río, el juego de la marioneta llamada Tuto, los dibujos a colores sin perspectiva...



Relato de experiencias

Lila

Autor: Ana Isabel Salazar Gámez

“Sabemos lo que somos pero no sabemos lo qué podemos llegar a ser”

William Shakespeare

En la lucha continuada por alcanzar un día más, tratando siempre de llegar a tiempo con una nueva prenda que luce con orgullo gracias a llevar puesto el conjuro de los años qué le permitieron adquirir un nuevo significado en la categoría de ser ella misma al entrar con soltura en ese tiempo diferente que da la experiencia, se permitió observar esas grietas dibujadas en su cara, producto inefable de la edad con una mirada cansada y detrás de aquellos espejuelos colgaban sus ojeras.

Lila se detiene frente al espejo contempla su imagen con aquél vestido morado, con lunares blancos, una enagua con pliegues para disimular un poco el vientre abultado.

Empezó por reinventarse, cubrió las canas con rayitos de color, con un tinte rubio cenizo qué de acuerdo a su peinador iba bien con él color de su piel junto con aquél motor invisible qué le ofreció el Ángel de la libertad.

Ayudándole a caminar sin muletas, permitiéndose de nuevo profetizar sueños los cuáles, iban y venían por el laberinto de su mente que no siempre fueron buenos, porque las compañías no siempre van en línea recta y sin reprimirse entendió al abrir los cajones estructurados de una nueva visión modificada por sus recuerdos clasificados en el archivo de sus afectos y en un profundo

viaje interior comprende cómo llegar a esos sitios mentales en dónde con voz desconocida se escuchó decir

Mi madre ya no es mi madre, mi padre ya no es mi padre, mi esposo ya no es mi esposo, mi casa ya no es mi casa, mis hijos ya no son mis hijos.

Y como sus respuestas, ella fue cambiando su rutina por una comedia agenda social y con un nueva aptitud, se inscribió para tomar diferentes cursos qué ofrecía la biblioteca de desamparados

Ella decreto qué su espacio de acuerdo a la existencia qué llevaría no sería fragmentada, compro un tiquete ida y vuelta para viajar a otro país y de regresó compraba de vez en cuándo una entrada para asistir al teatro, iba al club dos veces por semana y disfrutaba las comodidades que se le ofrecían y así de pronto su vida se reinterpreta, siente que su nueva personalidad fue la reinvención de el proceso de el fracaso de su relación anterior y al recuperar su fuerza inicia nuevas amistades, nuevos compromisos y hasta un pretendiente que la mira con ojos de melón y de pronto un giro inesperado sin que ella eligiera una noticia la paralizó el Covid 19 era un virus que estaba cómo un flagelo para la humanidad las víctimas se hacían presente en los noticieros un suceso qué empezó por encender las alarmas en el mundo entero y la muerte en peso a esparcir las cenizas qué iba dejando las marcas al caminar por toda la tierra dibujando en el suelo sus huellas que se llenaron con las ausencias y se encarnaban en las lápidas cómo manteles blancos en los cementerios y como un tejido hecho con carbones negros las estrellas cubren con un sello mortal las bolsas negras que no pueden ser ignoradas no son números son seres humanos que han perdido la batalla y que a sus familias aisladas que se sienten cómo mosaicos rotos por el llanto de las pérdidas humanas con sorpresa dejó caer en la alforja de mi alma las cartas que me convierten en una gitana de mi propia suerte y dándole la vuelta al Sol una vez más declaro para sí una soledad vaticinada.

Y por este nuevo año las familias aprendimos a vivir aisladas en una burbuja sin mezclamos o recibir personas que no sean del nuestro núcleo familiar.

Lila salió de compras a las siete de la mañana cubrió su rostro con una mascarilla y una careta para reducir las probabilidades del contagio y al regresar a la casa empieza el ritual de quitarse los zapatos, poner la ropa en la lavadora, bañarse, desinfectar objetos, como llaves celulares, dinero, cartera, celular, la limpieza de los pisos, estas acciones le llevaron a pensar con un suspiro de derrota, de esos que tiene el alma registrado cuando estamos frente al rostro de lo que es injusto, tantos años de sacrificio, tanto trabajo no remunerado donde todas estas labores y el cuidado de sus hijos le fueron asignadas en su totalidad ella mira el espejo.

Bajo las circunstancias el futuro se ve incierto y así los recordatorios de las muertes de todos los días transmitidas por el gobierno y el personal de salud el ministro Daniel Salas recordando a los periodistas que detrás de cada muerte existe una historia de dolor para las familias que sufren “no son solamente números” le escucho decir mientras piensa en las personas hospitalizadas y el posible colapso del sistema de salud que dejaría a tantos adultos mayores y personas con riesgos condenadas, con tanto uso de mascarilla es imposible respirar bien que libertad existe en tener nuestras bocas cerradas el mundo se pone serio y malhumorado así se empieza a escuchar el dolor que vivimos, mientras no exista una vacuna, viviremos en el absurdo y ese vacío, donde el concepto de lo normal se ha perdido y sólo se puede soñar en convertir nuestro hogar en un convento para vivir de la mejor manera posible y así Lila decide convertir su casa en un retiro, con una oración en la boca, diciendo un padre nuestro ella baja las persianas de sus ventanas cierra la puerta de su casa, cancela su nueva vida social esa que le hacía tanta ilusión e ingresa por su propia voluntad en el claustro familiar.



Cuento Extranjero

El beso de Emma Zunz

Autor: Hugo Daniel Álvarez Picasso

Abril 14, 2011

El romanticismo se distingue del realismo solamente por su carácter de determinación. Si una joven empleadita sueña con casarse con un millonario, es una romántica, pero si se esfuerza deliberadamente para “atrapar” a un millonario y lo consigue, ya deja de ser romántica para convertirse en realista. El niño que ansía atrapar la luna con la mano es un romántico como el niño que ansía ver la antigua Troya. Pero el niño que crece con un gran interés por la navegación interplanetaria se ha convertido en realista, como Heinrich Schliemann, que se fue al lugar de la antigua Troya y realizó excavaciones para hacerla resurgir, sólo porque de niño había tenido un sueño sobre aquella ciudad. Colin Wilson

A Martha, Silvia, Laura, Laurita y Horacio

Cuando Sidney Kugelmass me contó que había dejado su analista por un mago me resultó extraño. Lo conocía muy bien; los dos éramos profesores del Departamento de Humanidades desde hacía varios años. Mientras Sidney dictaba Filosofía yo me ocupaba de mis clases de Letras. Me abstuve de opinar porque descreo del psicoanálisis del que Kugelmass era un fanático. Creo que fue su abrupto abandono lo que me hizo prestarle atención durante aquellos días. A poco de ello, se lo veía feliz aunque alterado. Andaba a las corridas, desaliñado y profundamente distraído. Si no me constara su devoción por Daphne hubiera dicho que tenía una amante. Imaginé que todo era fruto de algo pasajero con lo que decidí no preocuparme por él. Sin embargo un colega, el profesor de Literatura Comparada Fivish Kopkind, comenzó a correr un rumor. En su clase

estaban leyendo *Madame Bovary* y un extraño personaje calvo, peludo y extemporáneo cortejaba a Emma, quien por otra parte, se mostraba profundamente conmovida por las atenciones y la seducción de un hombre al que describía como muy moderno. Emma estaba camino a ser una transgresora por lo que no le presté atención. Pero algunos hechos posteriores me hicieron colegir que se trataba de Kugelmass. Fue entonces que tuvimos una charla y poco a poco lo fui cercando. Confesó su vínculo con el mago Persky y el truco del armario que permitía transportarse de inmediato a toda novela, cuento o poema que se introdujera por un orificio contiguo. Luego que Kugelmass me confirmó la veracidad de los hechos dejé de preocuparme por la suerte de mi amigo y admito que me ganó la emoción de conocer a Emma Zunz. Los cuentos de Borges adolecían de mujeres con nombres propios. Por ahí andaba “La intrusa”, compartida por los complejos hermanos “Nilsen”. “La Cautiva” era el nombre asignado a una indefensa niña inglesa robada por los indios durante un malón en las cercanías de Junín. “La Lujanera” fue la mujer de Rosendo Juárez hasta el día en que la abandonó huyendo por los pajonales del Maldonado. Los protagonistas masculinos de los cuentos de Borges corrían suerte dispar, pero al menos tenían nombres. Emma era una excepción, tenía una historia y unos hermosos diecinueve años. Sin embargo su relato era un ajuste de cuentas donde no solo se sacrificaba sino que luego de saldarla, aborrecería a todos los hombres hasta el fin sus días. Me propuse cambiar su destino. Ambos éramos judíos y jóvenes. Mi nombre Cavett es una apócope de Kavétskovich. Comencé precozmente con el dictado de mis clases y entendí que debía adoptar un nombre sencillo y fácilmente recordable. Siempre tuve deseos de gustar y me estimulaba seducir a mis alumnas. Sin embargo nunca tuve nada con ninguna de ellas, todo mi amor estaba depositado en la única heroína que para mí había inventado Borges. Le imploré a Kugelmass que me presentara al mago, aunque lo logré amenazándolo con contarle todo a Daphne. Sé que no se le hace eso a un amigo, pero en mi defensa, estaba poseído por el amor. Fue esa misma tarde que me presenté ante el Gran Persky y a pesar de mi invocación a Kugelmass (o tal vez por ello), me cobró una tarifa extraordinaria porque no conocía al autor (Borges) ni a la protagonista (Emma Zunz), lo que le hacía correr un riesgo mayor, según me dijo. No entendí lo que quiso decirme pero rápidamente acepté pagarle el doble que

Kugelmass. Me introduje en el armario luego de recibir las instrucciones que conocía de antemano y cuando ingresó el cuento, un seco sonido me depositó en la fábrica de tejidos “Loewenthal”. Unas cien mujeres hacían sus tareas manuales. Desesperadamente miré en todas direcciones y en un ángulo del inmenso salón divisé a una joven rubia, de pelo rizado y dureza en el rostro. ¡Era Emma! Yo estaba convencido que su postura era una fachada. Adivinaba entre líneas que debía ser dulce y comprensiva. Sus pechos se adivinaban enhiestos bajo su atuendo obrero y en general, se mostraba ante mis ojos, torneada y menuda. ¡Qué belleza austera! Emma impertérrita, Emma orgullosa, Emma segura, Emma sensual. ¡Cuánto debía agradecer a Borges que no la describiera! Me la había imaginado bella y personal. Pero todo cuanto había fabulado era poco. Sabía que en la fábrica había prolegómenos de huelga. Esperé a Emma en la puerta y la seguí. Sabía también que se dirigiría al Puerto. Me senté a su lado en el tranvía y le di mi pésame por el suicidio de su padre. Mentí. Le dije que era Fain, Miguel Fain, compañero de cuarto de su padre en Río Grande do Sul y quien le había enviado la misiva de los confusos hechos que acompañaron la muerte de Emmanuel Zunz. Emma empalideció y yo sentí una congoja. Por otro lado sabía o mejor dicho imaginaba que la historia se estaba distorsionando de una manera sospechosa y que mis alumnos, mis colegas y sobretodo Borges (quien recibía por ese entonces una mención honoris causa) se alarmarían con el devenir de los hechos. Tenía poco tiempo y era imperioso actuar. Logré disuadir a Emma de no concurrir al puerto y su plan comenzó a alterarse. La invité a “La Ideal” a tomar un chocolate y mientras inventaba un final feliz para su padre no podía disimular la conmoción que me provocaba su belleza. No sé si era solo por la frescura y firmeza de esa joven decidida o la excitación que me producía ser un personaje de Borges. Logré que permitiera que posara mi mano sobre la suya al tanto que sonaba en mi interior la voz alterada del Gran Persky que me conminaba a volver. Temía una avería en el armario; nunca había estado tanto tiempo encendido y se había recalentado. Mientras Emma me concedía el beso más tierno y sensual que yo recuerde, pensaba que aún faltaba desmitificar la presunta traición de Loewenthal. Con lo duro que significaba, Emmanuel me había confiado que efectivamente se había tentado con el robo de los sueldos y el desfalco planeado durante años, lo había llevado a la práctica. En realidad lo impulsó el pensar que los

obreros lo idealizarían; al menos uno de los explotados de la firma había estafado a Loewenthal y huido con una joven administrativa de la fábrica. Cuando Emma se enteró de la verdad, se sonrojó y al principio no me creyó. Luego cayó en la cuenta del silencio horrible de su madre cuando preguntaba por su padre. Una esquila breve de Zunz dirigida a Emma terminó por convencerla. El gran Persky me soplaba en el oído que Borges me había reemplazado como profesor en el City College e indignado explicaba a sus alumnos que Emma Zunz había sido embaucada por un falso personaje que estaba tergiversando el relato. Los alumnos tomaban nota de la reescritura del maestro que les dictada a viva voz. Sentía que mi personalidad menguaba y Emma me miraba ahora como si fuese un vulgar vendedor de flores. Retomó su rictus inicial y raudamente dejó “La Ideal”. Tomó nuevamente el tranvía que la conducía al puerto. El barco sueco Nordstjärnan de Malmö ya había atracado en el dique 3. Ingresó en el bar de la recova donde se situaban los marineros gringos. Yo la había seguido convertido ahora en un despreciable mendigo. Supongo que Borges se había olvidado de mí, pues para el caso, era apenas un signo. La acción había retomado su previsible final. Emma escudriñó a los jóvenes marinos y desechando la tentación del que la había impactado por su ternura, hizo un guiño al más rudo, árido y fornido bebedor, surcado de cicatrices que parecían costuras de las que Emma causaba sobre las rústicas telas de los uniformes. Vi el gesto cómplice, la correspondencia del marino, su cauteloso acercamiento y la brusca manera en que la arrastró por las escaleras y los pasillos que conducían a las habitaciones. Cuando entraron al cuarto atestado de humedad y muebles viejos, me abalancé sobre él y nos trenzamos en una dura batalla. Borges me manipulaba a través de sus alumnos. Ahora, sin más, era un harapiento niño vagabundo inerme, de los que juntan resabios de basura y latas coloreadas. Fácilmente me maniató e ignorándome poseyó reiteradamente a Emma con la brutalidad de los “Nilsen”. Lloré. Lloré desvaído de impotencia. Cuando Emma partió maltrecha y tal vez asqueada de su destino, no pudo soslayar que lo que acababan de hacerle, era lo que su padre había hecho con su madre tantas veces. Ya me habían degradado a ser un gato ignorado, de los que comen los ratones que habitan en los barcos y ocupan un lugar imperceptible en un relato. Vi a Emma componerse y salir decidida. Creo que me acarició al pasar. Borges impiadoso, detallista

y tal vez arrepentido del gesto de humanidad o de flaqueza de Emma, me convirtió, de un plumazo, en un ratón de los tantos que pululan en los barcos. Apenas si oía lejano un sonido o una voz desesperada que ya no podía descifrar. Atolondrado y sin seso, me abalancé por instinto sobre una sobra del piso, a la par que sentí abruptamente un ahogo que prefiguró el final. El texto continuó, ahora sí lanzado, siguiendo puntualmente la huella del original; mientras que yo, humillado en mi sueño de héroe romántico y maniatado por el dictado menos minucioso que obsesivo de Borges, salté de la cubierta, a las procelosas aguas del río.

Las tres Marías, 06 2020

Reescritura de sábado al mediodía



Cuento Extranjero

La Kennedy

Autor: Lauro Cruz Sánchez

Ella baila sola, resistiendo la agresión del desconcierto circundante, en contacto directo con el fluir de la sangre. Baila sola, no porque se sienta rechazada; ella baila sola porque se considera dueña del mundo y, precisamente por eso, porque el orbe es suyo, lo desprecia, hasta llegar a la abstracción total, abstracción que desaparece a la gente, borra los objetos a su alrededor y desdeña las miradas ociosas.

En el parque, la fiesta semanal continúa. Los pasos y saltos estilizados de los que dominan el baile, engalanan la explanada. La estatua del presidente Cárdenas parece ufanarse desde sus quince metros de altura; se siente inalcanzable por la alegría de los estúpidos; de esos diminutos seres que, domingo a domingo, asisten al jolgorio. Ella baila sola porque así castiga al destino, que le ha lamido los orígenes y la condena a caminar sobre la línea roja de la vida y a vagar en la zona pavorosa de la noche. En franca comunión con ella misma, con el fluir de su sangre y los latidos de sus huesos. Algunos la maltratan; otros, la evitan. Baila sola porque detesta la compañía de los demás. El hecho de aislarse es una respuesta a todos aquellos que saben que los odia. Cuando el día empezaba a puntear, la suerte estuvo de parte de Jaquelin Pantoja, autonombrada la Kennedy – debido a que admiró a dicho Presidente, en su pubertad–, y pudo obtener varias monedas, suficientes para conseguir activo. Más tarde, drogadictos de rasgos impersonales le convidaron unos tragos. Acostumbrada al fétido aliento de los desconocidos, regala caricias y sorbe babas. Eso le ayuda a olvidarse del hambre, de tal manera que su prioridad, en este momento, es el baile, volar sobre la alfombra musical, olvidar la cuna que la vio nacer y el barrio donde

creció. “¡Aaah!, Una buena piel de brazos fuertes no nos caería nada mal, ¿o no, mi cuata?”, busca la complicidad de su amiga imaginaria.

Sentir el olvido... Saborear el aire... Olvidarse de su historia y de su cosmogonía particular... Despreciar a la Kennedy, por puta... Arrojada fuera del orden natural de las cosas, aislada de toda jerarquía, en soledad, tiene la impresión de arrastrar sus fatigados pies en medio de un desierto. No le teme al repudio social pero tiene plena conciencia de la dignidad. El número de sus amigos crece al mismo tiempo que aumenta su propia soledad. Vaga rastreando especímenes afines, al lado de perdedores, beodos, fantasmas de la noche –criaturas desesperadas en busca de cualquier madriguera tibia. Es una etapa de su vida que parece no tener fin, un pozo sin fondo, una caída libre hacia la nada. Vivir en el lado oscuro de la vida; es una maldición que ni el dinero te quita de encima. El sólo hecho de pensar en acercarse a la muchedumbre le repugna. De pronto, un cálido viento le susurra al oído: “Eres una bendición para mí: baila descalza, en franca comunión con la Tierra... Hoy te sientes adicta a ti misma... Cierra la mente, abre los sentidos, seré tu cómplice... Habla con tu sobriedad adormecida, grita en silencio... Lloro en el hombro del sol... La miseria de la vida es infinita; la soledad, un instante. La calle te pertenece; la tarde, también”.

Aquella voz interna la transporta a muchos lugares, sus carcajadas silenciosas la arrancan del piso. Flota en ellas durante unos instantes.

Sus pies desnudos se niegan a buscar el regreso a casa, una salida, sin saber por qué. El tiempo no existe; los recuerdos, son quimera. Su paso vacilante abre heridas en la memoria; heridas de silencio... silencios que son destierro, destierro convertido en vinagre, vinagre que debe ingerir para continuar danzando.

Ella baila descalza, la lluvia la consiente, goza su bondad, le produce una súbita sensación de frescura. La humedad en sus pies es un gran deleite, los brazos del agua masajean su espalda. Da un largo trago a su botella, mientras gira, con un brazo estirado. El aroma a hierba y tierra húmedas se confunde con el alcohol. El asfalto mojado le entrega un manto de entusiasmo. En el baile la

acompañan miradas curiosas de transeúntes, choferes y aquellos mirones del parque que ríen, de manera odiosa.

A la Pinche Borracha, la Puta Mugrosa, la Vaca drogadicta— como es conocida en el barrio—, le encanta bailar descalza pues así se conecta con su niñez, cuando cualquier pequeña sorpresa se convertía en alegría. Abre los brazos, exagera el movimiento de las nalgas, sonríe a las nubes, salta, pisa fuerte hasta hacerse daño y no sabe por qué. Sus movimientos son torpes, vacilantes, ofensivos a la vista. Su rostro está empapado de sensualidad. Lanza su cabellera al viento, larga, negra e hirsuta. Los pequeños ojos, enmarcados por sus amplias mejillas, permanecen cerrados. Sus celulíticas piernas titubean con los brazos extendidos —que penden rechonchos y flácidos, como badajos oxidados—, ora a los lados, ora enfrente. Instantes después, rodean su cuello, abrazando su soledad. Su aspecto es el de una embarazada. Su autodestierro va creciendo, engordando, igual que un cerdo. Su gesto desmedrado no refleja ninguna emoción. El aire sopla tibiamente bajo su minúscula falda. Ella baila sola y descalza, conducida por el azar y la inercia. Desaparece del barrio junto con los rasgos de su padre muerto. El destino la trata como trapo sucio. Cuando la música se torna lenta, la Pinche Borracha cierra los ojos y restriega su humanidad contra un poste de luz, susurrando palabras obscenas al oído de su pareja... ríe de forma grotesca cuando cree que éste le responde. La memoria ha borrado sus orígenes; el alcohol, ha dañado su memoria. Sin embargo, habla con la madrugada, la noche y el viento. Parece que su existencia se sostiene de un hilo invisible. De reacia memoria y voluntad indómita, se lanza al abismo de su alma. Está acostumbrada a dialogar con esos seres imaginarios que la acompañan a todos lados, como fieles mascotas.

A veces recorre las calles sin rumbo fijo, convertida en un ente abstracto, con la mirada perdida, la vista perdida en la distancia, sin atender a nada ni a nadie, ejerciendo su sagrado derecho a desaparecer. La tarde deja caer un piadoso velo sobre sus espaldas. Ahora, el sol, el viento, la lluvia y la luna la tienen sin cuidado.

La desnudez de su alma y la soledad de sus pies la facultan para hacerse invisible, cubrirse con un manto de indolencia cuando

el ruido de los autos la despierta por la madrugada y se descubre rodeada de vómito. El frío del alba le muerde las mejillas y la espalda. No sabe cómo carajos llegó esa mierda a su lado. Los primeros parroquianos comienzan a circular por la banqueta. Los recuerdos los recorre con el zoom de la memoria... Estuvo bebiendo y bailando con desconocidos en una imprenta, varios de ellos la penetraron, a pesar de andar en sus días. Ya no pudo llegar a la gasolinera donde le permiten guardar su cobija que la protege del frío y ablanda el cemento durante la noche. Tal vez los empleados bancarios le hicieron esa maldad de rodearla con inmundicia porque la descubrieron en el umbral del cajero, piensa.

-Bueno, ¡pues que se jodan, a'í les dejo ese regalito, ja! -más tarde, todo queda en el olvido, como un mal sueño. Es un cuerpo atrapado en la penumbra de la vida, concretado en una silueta morena de carnes amorfas, flácidas y hediondas. No obstante, el caos de ese muladar es un fiel reflejo de su vida. La ciudad se oculta tras los edificios, desaparece entre el rugir de los autos. El domingo siguiente, el parque se viste de cotidianidad; la Kennedy, también. Hace gestos despectivos al mirar a la gente allí reunida, cargada de patetismo. Soporta los embates del barullo de enfrente. Las costumbres de esas personas apestan, de la misma manera que las risas, burlas y miradas curiosas. Las nubes forman un toldo deslumbrante y magnífico sobre el barrio. A esa hora el sol se regodea con sus rayos deslumbrantes. Las aves, con su permanente algarabía y su canto indiscriptiblemente variado, se ocultan en grandes bandadas entre los árboles, mostrándose de vez en vez, saltando de una rama o de un árbol a otro. La Puta Mugrosa -una mujer solitaria, de muslos anchos, caderas bien plantadas y redondeces totales, aunque de senos altivos-, mostrando el dedo medio a Lázaro Cárdenas y a la concurrencia, cierra los ojos e inicia el ritual, sus pasos intentan ser más llamativos y seductores. Gesticula en la plenitud del atardecer, embriagada de viento, ahíta de sol, dentro de aquella sensación de levitar con los sentidos aplanados. La tarde es una copia fiel a la de la semana pasada, sumergida en un profundo y duradero éxtasis. El parque reacciona con una extrema sensibilidad: ora en silencio, ora alborotado. Esta vez, sin embargo, envuelta en una realidad que la asfixia, el sudor se apodera de su obesidad. En la soledad, con un hueco en el estómago, se siente acompañada. El aislamiento

empieza a estrangularla. Ahora su infancia se le presenta como una bicicleta arrumbada; su juventud, es una muñeca rota, al lado de objetos inservibles. Se siente como en una cárcel invisible. Grita en silencio. En este momento, sus lágrimas claman por la noche, los ojos se niegan a mirar. La sangre no puede circular; el corazón, se resiste a palpar. Se asfixia entre edificios, árboles y automóviles. La estatua, con fuego en los ojos, le ordena postrarse a sus pies. De repente, se queda petrificada, al igual que su voluntad y su deseo. Permanece en silencio, más quieta que una roca. En su mirada se dibuja un haz de espesas sombras; luego, obedeciendo a aquel mandato, echa a andar. La gente la devora con los ojos. El cielo se muestra funesto; por encima de los edificios, las amontonadas nubes entregan un espectáculo atroz. Cubierta por un color de profundidades marinas, sus sentidos alcanzan a percibir un sordo y trémulo murmullo. Tambaleante, encorvada, decadente, torpe en el andar, hirsuta de cabello, hinchada del rostro, entra en el parque, con las rodillas temblando y la vida hecha una absoluta mierda. Resiste la agresión de las injurias circundantes. Parece que la estatua se encuentra a kilómetros. Los ojos se le dilatan, hasta casi escaparse de las órbitas. Le tiemblan las piernas, la frente perlada de sudor. Toda su realidad se vuelve opaca. Ahora, el parque es una enorme mancha sin luz, parecida a una inmensa y tenebrosa cueva. Los perros callejeros ladran furiosamente, el gentío —que la envuelve en su torbellino— tiene rasgos borrosos, sus burlas se confunden con el bullicio ensordecedor de los pájaros, los cláxones de los autos y la música de cumbia. Las manos del viento la ahorcan, los rayos del sol le oprimen el pecho. Cae a los pies del expresidente, con una cierta sensación de frío y de vacío. Su sangre se confunde con el alcohol de la botella rota. Cárdenas —una estatua ennegrecida, sin rastro de belleza— lanza una mueca socarrona, señalándola con su gigantesco dedo índice. “La única solución para tu existencia, es la muerte”. Esta vez siente una granizada de menudos piquetes en el corazón. Le parece que ingresa en una gruta lóbrega, el piso está helado como témpano. En el lugar, su olfato percibe un extraño olor a moho. Ahora lo comprendía todo: esperaba su hora viajando en un mundo de tinieblas, con los huesos del espíritu rotos. Como salpicada con furia por manchas del tiempo, su cara muestra un ocre mortuario. “¡Hijo de puta!”, alcanza a murmurar la Borracha. Los colores de la vida desaparecen de su rostro. Con una mueca mordaz, siente de

nuevo el encanto fascinador de la vida. De pronto, había recuperado la frescura sin mácula de su niñez.

De lo alto desciende un viento fresco que envuelve su cuerpo, bañado en sudor.

La borrachera ha desaparecido, a causa de la opresión en el pecho. Con el último suspiro de su sobriedad, muestra el dedo corazón a Cárdenas, a la gente que la rodea y a la muerte.



Cuento Extranjero

De no creer

Autor: José Luis Tomassetti

Les dijo que no sabía. Que todo lo que pasó lo había contado tal y como sucedió. ¡Estoy harta, harta! ¡No aguanto más! ¡Ni que yo fuera una loca!

¡Te dije que no contaras nada! —le gritó su hermana también cansada de tanto conventillo, y nada menos que con Crónica TV. Estaban en boca de todos. Las miraban como las aparecidas.

Siempre habían sido un poco raras. Solteronas. Prejuiciosas. Y muy católicas. Como Adelaida siempre decía: —Yo, llueva o truene, los viernes voy al cementerio a llevarle flores a nuestros padres— Y ahora para colmo de males, todos los que se enteraron de su nombre, y a raíz del sucedido, decían: que no te pase como a la de las tetas caídas!

¡Qué época tan terrible estamos viviendo! ¡Terrible! Es verdaderamente el apocalipsis. ¡Qué tremendo caos de valores! ¡Qué horror! ¡Jesús y María santísimos! ¡Creo que me estoy volviendo un poco loca! Lo más grave es que todo lo que digo es verdad, nada más que la pura verdad. Una verdad lisa y llana. Como todas las verdades. Aunque ésta es áspera e irregular.

La pobre Adel como le gusta llamarla su novio, con el que sale desde hace cuarenta años, con todo este lío, no la visita. Ahora ya no hablan de casarse. De tan acostumbrados que están al noviazgo, temen que si se casan, sobrevenga algún tipo de separación inesperada y nefasta.

Estas dos mujeres de Bell Ville, la ciudad más popular de los últimos tiempos, vivían encerradas. Ya no querían hablar con nadie. Cuando llamé para la entrevista me atendió Zunilda, la más agria y depresiva de las dos. Al decirle mi nombre se quedó pensando un momento como si no supiera quién era, a pesar de mis recientes éxitos como escritora, en verdad fue necesario que superara sus celos y envidias y estoy segura que hasta algún viejo resentimiento. Finalmente yo había sido la exitosa, y ella casi al final de su vida estaba atrapada en el monótono rolar de un pueblo olvidado salvo por dos de sus hijos. Venía a recordarle su fracaso, y los recuerdos se agolpaban como perros hambrientos en los pasadizos de su mente cada vez menos elástica. Pero a pesar de toda esta menesunda interna y no sin cierta mordacidad dijo: —¿Cómo estás querida?! en un primer momento no reconocí tu voz, de tan acostumbrada que estoy a verte y oírte por la TV, que no pude creer lo que oía. Supongo que llamas por lo de Adelaida —espetó sin esperar respuesta, harta de atender el teléfono que no le importaba siquiera conocer a los interlocutores.

Y sí, así era nomás.

Adelaida había ido ese viernes como de costumbre al cementerio. Limpió y lustró la chapa de los nichos donde reposaban sus padres, con un sólo mármol que los unificaba, ¡así en la vida como en la muerte!, —aunque el viejo fue un cretino que le arruinó la existencia a la pobre Luisa, pero el qué dirán, y como si la muerte mejorara a los atorrantes que parten, le arruinaron el viaje final a la pobre vieja que ni ahí se pudo librar de ese mujeriego y chupandín que le hizo pasar las de Caín— Lustró las placas, cambió las flores, se besó los dedos que irremediamente pasaba por la foto de mamita, ¡que parece que me estuviera vigilando! ¡Era mi sombra! Creo que por eso no he podido casarme, como si ella se interpusiera entre los dos. ¡Sí, repetía en voz alta, ella aún me vigila! Y cada vez que decía eso, los que escuchaban cruzaban los dedos. ¡Es una fotografía muy rara! —Continuaba con el comentario— ¡sus ojos me siguen, no importa hacia dónde me mueva! Y en todo este paneo de miradas seguidoras se le pasaba besar la foto de papito. Se le olvidaba. Siempre en medio del trajín de subir las escaleras hasta los nichos de arriba que

era un trabajo agotador para su osteoporosis avanzada, recordaba las recomendaciones de sus amigas que le decían: ¡no es que te caés y se rompen los huesos sino que se rompen primero y ahí te caés! ¡porque los huesos están desgastados Adelaida! y agregaban - ¡para qué vas tanto al cementerio, poneles una flor en casa y listo! ¡Tenés que modernizarte, dejá que los muertos entierren a los muertos!

¡Sacrilégio para sus oídos! No podía ni quería escuchar tales consejos.

Finalmente terminó la ceremonia y no sabe por qué rumbeó por una de las callejuelas del cementerio por la que nunca pasaba. Tampoco sabía por qué se había quedado con un gladiolo amarillo en la mano. La tarde comenzaba a caer. La luz descendió como una sábana de lino fresca y grácil; había en el aire ese perfume de pinos y las palomas torcazas gorjeaban como suelen hacerlo en todos los cementerios. Sonido de ausencias y redoble de la finitud eterna y la angustia que se clava para siempre en el corazón.

Adelaida pasó suave por una tumba perdida en la tierra y se volvió. La atrajo la desnuda soberbia del olvido. Se estremeció. Ese desamparo, tanta soledad, casi como estar borrada por la mano impiadosa del tiempo que avanza sin importarle nada.

Se sintió implicada en esa historia anónima. Y como un beso de sol al amanecer dejó sobre la gramilla desprolija ese gladiolo amarillo que alargó sus pétalos cerrados hacia una lápida descolorida y desencajada.

Se incorporó y sin volverse siguió su camino. No habría hecho veinte pasos cuando se topó con una mujer sentada en un banco frente a lo que sería un panteón muy, muy viejo. La mujer le sonrió y le hizo una seña para que la acompañara. Adelaida obedeció, casi porque sintió un repentino cansancio, que sólo días después recordó mientras ataba cabos. Además, la mujer tenía una cálida manera de sonreír, aunque –eso lo pensó al día siguiente– lejana, teñida por un romanticismo silente.

-Usted puso una flor en la tumba de la gitana, ahora ella va a venir a agradecerle. -dijo de pronto la mujer mirando hacia adelante.

Me quedé sumamente sorprendida -relataría después Adelaida-Y cuando estaba a punto de levantarme para salir corriendo me dijo:

-No le decía yo, ahí la tiene.

Giré la cabeza y la gitana estaba sentada a mi lado y me miraba con una amorosidad indescriptible. Me tendía su mano derecha y en su sonrisa había una gratitud extraña y resignada. Di un respingo y me levanté para salir corriendo, pero al darme vuelta para buscar refugio en la mujer que me había hablado, el banco estaba vacío. Se habían esfumado las dos. Sólo el frío granito del banco.

Desde ese día no volví al cementerio. Y es esta historia que nunca debí contar la que ha cambiado nuestras vidas.

Cuando regresamos a Buenos Aires, con el material filmado de la entrevista, -comenta la escritora en otra programa de televisión- nos quedamos boquiabiertos, tanto es así que revisamos el material una y otra vez para corroborar posibles errores pero todo parecía estar en orden, además que nadie que nos fuéramos los involucrados en la nota lo había manipulado: el tape contenía las voces de las mujeres haciendo el relato, pero no se veían sus imágenes. Los sillones estaban vacíos. Sólo aparecía yo gesticulando y hablando sola, aunque se podía percibir que me estaba dirigiendo a interlocutores supuestamente sentados en los sillones frente a mí y -lo más escalofriante- había tres tacitas de café al lado de esa bandeja con vajilla de plata.

Si me lo hubieran contado -con toda sinceridad-- no lo habría creído, pero me pasó a mí que soy muy terrenal, no creo en esas cosas.

Cuando la escritora llegó a su casa, abrió la puerta, dejó la cartera y otras cosas que traía en la mano y justo cuando se dirigía al baño,

al pasar por el dressoir del pasillo, quedó petrificada, sobre el mármol blanco esplendía un hermoso gladiolo amarillo que parecía agigantarse al iluminar el ambiente, al reflejarse en el espejo.



Escritos de Oro

VOLUMEN VI



El concurso literario de personas mayores de la Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, es una estrategia que busca potenciar las habilidades literarias de las personas para que desde distintos ámbitos de su cotidianidad puedan manifestar sus opiniones, creencias y aportes a la sociedad mediante la producción literaria a escala nacional e internacional.

Escritos de Oro es la compilación de las obras ganadoras de diversas ediciones y se constituye en el espacio para dar a conocer y posicionar la producción literaria como una manifestación artística a lo largo de la vida.

Esta compilación es un esfuerzo de AGECO, en su 40 aniversario, por plasmar la creación literaria de las personas mayores y dejar su huella en la sociedad.

La Asociación Gerontológica Costarricense, es una organización no gubernamental, sin fines de lucro, de bienestar social, que desde 1980 trabaja en la promoción de un envejecimiento activo, en el fomento de espacios de participación, educación, empoderamiento y defensa de los derechos humanos de las personas mayores.



ISBN: 978-9968-931-79-3



9 789968 931793